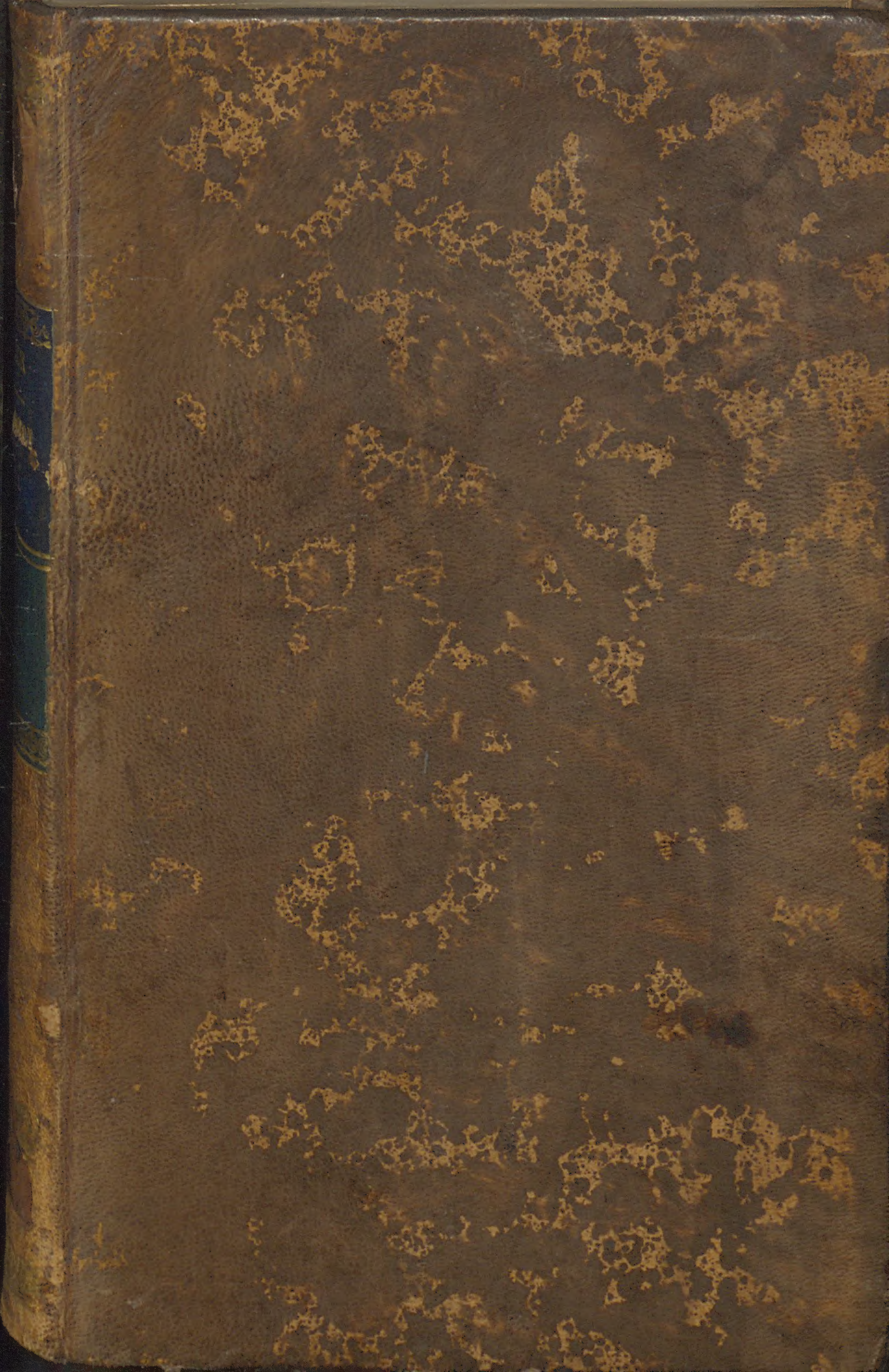
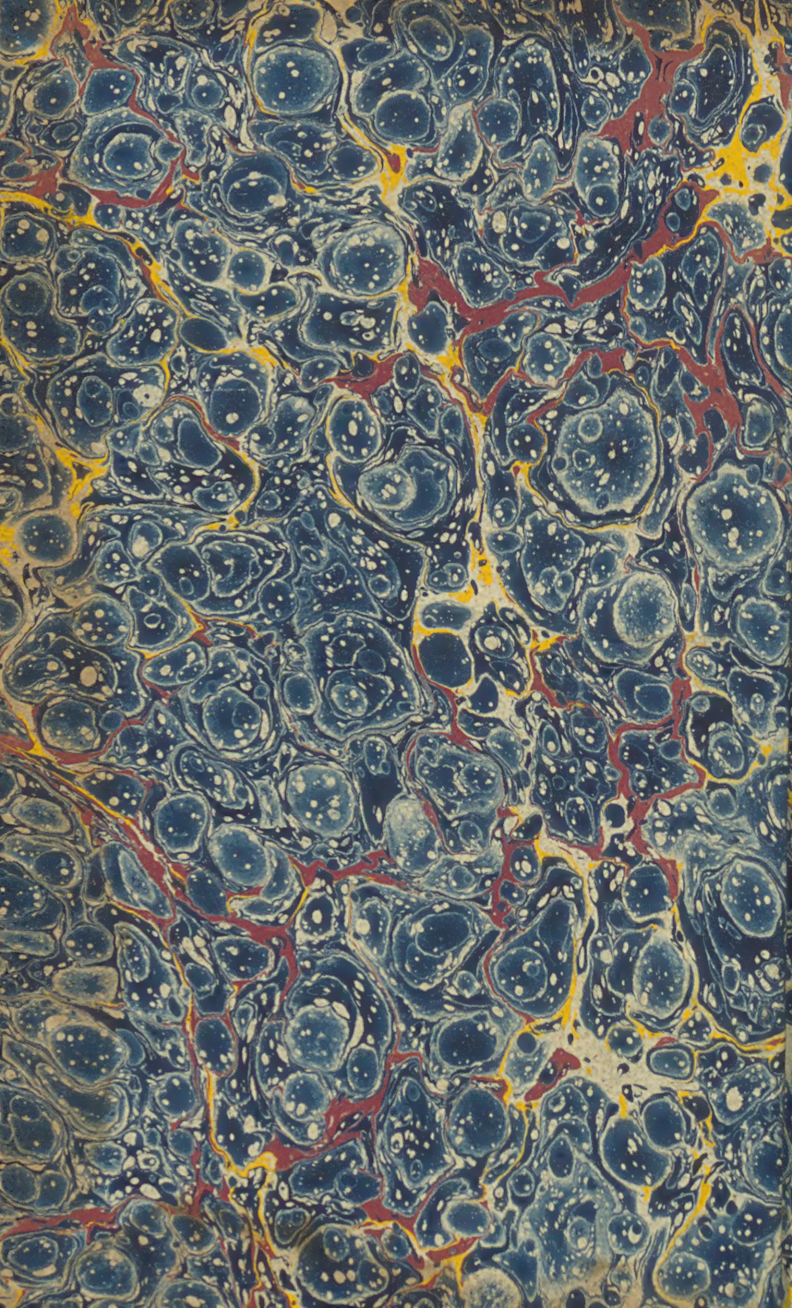
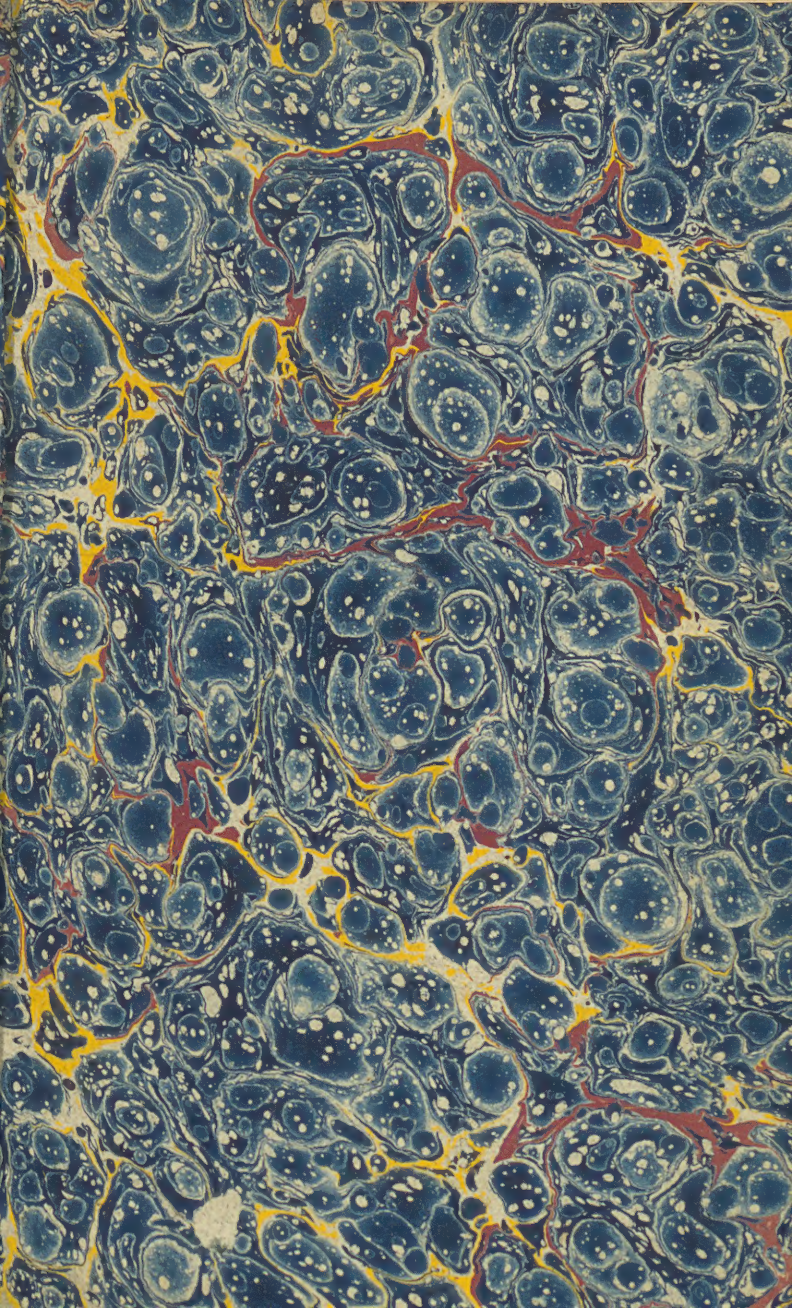


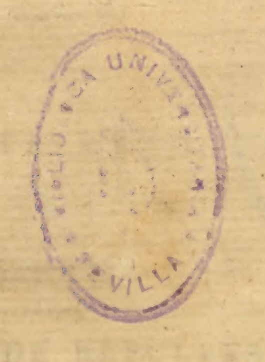




DEL GOBIERNO

considerado en sus relaciones

CON EL COMERCIO.



DEL GOBIERNO

considerado en sus relaciones

CON EL COMERCIO,

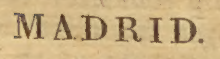
Ó

de la Administracion Comercial en oposicion con los Economistas del siglo XIX.

POR MR. F. L. A. FERRIER.

Traducida al castellano de la tercera edicion francesa.

TOMO PRIMERO.



MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

1826.

ADVERTENCIA.

El Abate Morellet, cuyas memorias se publicaron en 1821, algun tiempo despues de la segunda edicion de esta obra, nos ha conservado una carta de Turgot en la que se espresa de este modo. "El »que no olvide que los estados políticos »se hallan separados entre sí y diversa»mente constituidos, *jamás podrá tratar »bien cuestion alguna de economía políti»ca* (1)": lo cual significa que la economía política es una ciencia de mera especulacion, puesto que para sobresalir en ella es preciso considerar á las naciones de diverso modo del que en realidad son y pueden ser.

Esta singular confesion de Turgot pudiera servirme de respuesta para contestar á los sugetos ilustrados que me han preguntado la razon del segundo título de esta obra: *de la administracion comercial en oposicion con la economía política.* Pero he preferido modificarle, y aun por respeto á la ciencia, impugnar solamente á

(1) Tomo 1, pág. 188.

los escritores que la corrompen. Cuando en el penúltimo siglo se crearon en Francia las Academias, ordenó el gobierno á los astrónomos que no se aplicasen á la Astrología judiciaria y á los químicos que renunciasen á buscar la piedra filosofal. La libertad ilimitada del comercio es la piedra filosofal de la economía política: es de esperar que al fin renunciará á ella y que llegará á ser una ciencia útil como lo han conseguido la Astronomía y la Química, desde que la una abandonó la Astrología y la otra la Alquimia.

Mr. Say, en el curso de economía industrial con que ha concluido el segundo año de sus lecciones, se ha creido obligado á refutar algunos pasages de mi obra. A la verdad lo ha lucido mucho en el concepto de los que, segun las apariencias, no van á oirle para contradecirle. Probablemente será este un ensayo, y pronto pondrá al público por juez en una contienda que acaso no es inútil para los progresos de la ciencia. En este tribunal es donde le esperan sus mismos partidarios, muy ansiosos, sin duda, de verle triunfante; pero demasiado ilustrados para darle la razon, si en vez de confesar errores evidentes y de esplicar contradicciones palpables, cree salir del apuro sosteniendo que sus adversarios no entienden

á Smith, ó que solo escriben en favor del sistema de Colbert, porque estan empleados en la administracion de aduanas. Semejantes razones únicamente prueban la dificultad de hallar otras mejores. Mr. Say ha publicado ya la cuarta edicion de su obra; ahora publico yo la tercera de la mia. No cabe pues duda que una y otra son leidas, y por consiguiente no puede faltar quien las juzgue. Convéngase Mr. Say en que no sean sus discípulos sus jueces, y desde luego me comprometo gustoso á no dejar sin réplica nada de cuanto haya creido deber objetarme.

Entre tanto he aqui algunas revelaciones sobre las cuales llamo toda la atencion del lector. Las personas sensatas que juzgan de los principios del Gobierno por sus operaciones, saben hace mucho tiempo cuán poco aprecia el gobierno inglés los sistemas económicos. Sin embargo, aun no teniamos de esto una prueba por escrito; mas *el estado de la Inglaterra, á principios de* 1822, obra dictada por el ministerio británico y publicada de órden suya, no nos deja ya nada que desear. Despues de haber hablado de la enorme distancia *que siempre existe entre la teoría y la práctica* (1), y de la facilidad

(1) Pág. 72.

con que los hombres se estravian en vanas especulaciones, añade el autor ministerial. "El testo de estas disertaciones y »de estos argumentos trillados estaba á la »vista de los ministros como lo está á la »de sus adversarios, y les era bien facil, »con motivo de una peticion de Manches»ter, compendiar los tres volúmenes de la riqueza de las naciones. ... *pero educados »en otra escuela, han aprendido que la pri»mera necesidad de la nacion es proteger, »conservar y mantener íntegras estas fuen»tes de grandeza marítima y de rentas que »han colocado á la Inglaterra en la situacion »en que se halla &c.*" En otro lugar se lee. "Si los Ministros no han conseguido pe»netrar completamente la profundidad »de las miras especulativas de los que ya »en folletos, ya en discursos, ya en in»formes leidos en el Parlamento... han »abogado por la adopcion general de las »teorías de Smith ó de Turgot, *no se les »puede negar por lo menos el mérito de ha»ber oido estos discursos con paciencia.*" Este último pensamiento es muy gracioso. Vénganse ahora proponiéndonos á Smith como una autoridad en Europa, cuando los ministros ingleses se ven obligados á ponderar la paciencia con que oyen las doctrinas de aquel en la tribuna.

DISCURSO PRELIMINAR.

Despues de la ciencia del gobierno, cuyo objeto es la organizacion moral de las sociedades, la mas apreciada entre los hombres, ha sido siempre la de la administracion; ciencia vastísima, pues abraza todos los intereses positivos de los pueblos, y muy complicada, pues estos intereses varían en cada nacion y aun en una misma, segun las diferentes épocas.

Estas reflexiones ciertas, respecto de la administracion en general, lo son todavia mas particularmente cuando se contraen á la administracion comercial de los pueblos; porque el comercio los pone en mútua comunicacion, y de aqui se originan mil oposiciones y rivalidades, de las cuales no siempre se puede con facilidad sacar partido.

El carácter distintivo de la ciencia de la administracion es reconocer solo un cortísimo número de principios. Sully protegió la agricultura con preferencia al comercio, y obró con mucho acierto, porque entró á gobernar despues que las guerras civiles la habian arruinado. Col-

bert protegió mas particularmente la industria, é hizo igualmente bien, porque ya desde entonces dejaba ver la Inglaterra su designio de apoderarse del comercio del mundo, y era muy prudente impedirla que siguiese sola por un camino que debia conducirla á la soberanía de los mares. Asi pues la ciencia de la administracion depende esencialmente de los tiempos, de los lugares y de los hombres: se funda en hechos y en esperiencias, y resiste á toda teoría absoluta; porque las teorías tienen la fatalidad de ser inflexibles, es decir, de no poder aplicarse á aquellos intereses que por su naturaleza estan sujetos á continuas variaciones.

La ciencia de la administracion comercial (una de las subdivisiones de la ciencia propiamente tal) pasaba en otro tiempo por muy dificil. El mas instruido en ella, si hubiese escrito algunas memorias; solo hubiera tratado de su propio pais, ni hubiera creido que lo que era cierto respecto de la Francia, pais situado entre dos mares, habia de serlo necesariamete respecto de la Alemania, pais enteramente mediterráneo. Trasladado de repente Colbert á Viena y encargado de la administracion comercial, se hubiera seguramente resistido á tomar sobre sí semejante peso, ó por lo menos se hubiera

creido obligado á empezar de nuevo la mayor parte de sus estudios antes de ponerse á la prueba. Pero ya hoy no sucede así: una ciencia enteramente nueva somete á una misma ley á todas las naciones; rica en teorías, que encomia aunque las varía á cada paso, y desprovista de hechos que desdeña; profesa unos principios que se aplican á todos los pueblos, y forma gobernadores para todos los estados: aun hace mas; aspira á tener cátedras desde donde pueda dominar el mundo, y para conseguirlo levanta el grito contra los gobiernos, apellidándolos insensatos y necios. Esta ciencia es la economía política.

Al trazar este primer bosquejo demasiado exacto, por desgracia, de la economía política, *segun hasta ahora se nos ha dejado ver*, sé muy bien á cuán injustas acriminaciones me espongo; pero me lisongeo de que no me será dificil satisfacerlas. Propóngome impugnar sin consideracion alguna las doctrinas; pero no acriminar á las personas, porque ¿qué son las personas cuando se trata de tan importantes intereses? Los principios que voy á sostener son los que sigue la Francia desde el tiempo de Colbert, los mismos que modificados, segun la diferencia de los paises, han elevado la Inglaterra al

grado de prosperidad en que la vemos, y que en todas las naciones han obtenido la aprobacion de los estadistas mas célebres y de los mas ilustres escritores. ¿Y qué autoridad se opone á nombres tan distinguidos, á un Colbert, á un Davenant, á un Forbonnais, á un Necker? Smith. ¿Y qué era Smith? un profesor de humanidades en Edimburgo, como Quesnay, cabeza de los economistas de Francia era un médico de París. ¡Y unos ministros los mas hábiles de Europa han sido declarados ineptos en el tribunal de dos hombres, igualmente inespertos en la práctica de la administracion pública! Si llega un dia en que se escriba la historia de las inconsecuencias humanas, esta ocupará sin duda en ella su debido lugar.

Smith no ha tenido influjo alguno en la administracion económica de la Inglaterra, ni ha ocasionado con sus escritos la menor reforma en su pais; verdad que debe repetirse á cada paso para precaver á los incautos de los peligros de su doctrina. ¿De qué puede pues valer su autoridad? Mas nombradía que Smith ha tenido Quesnay, y sin embargo ¿quién se atreveria á citarle en nuestros dias?

Quince años hace que Mr. Say está pugnando por naturalizar en Francia la doctrina de Smith, y la ha reproducido

con algunas ligeras modificaciones en una obra muy notable por el ingenio y el método con que está escrita. Califica este escritor de *errores añejos* los principios que dirijen la administracion económica de todas las naciones de Europa; y si hubiéramos de creerle, los que profesan estos principios estan dominados de *un antiguo empirismo*. ¡Pero con cuánta fuerza no depone contra Mr. Say esa larga serie de ministros distinguidos, y esa respetable asociacion de escritores que han opinado de diverso modo que él! No se le oculta al mismo Mr. Say. Oigámosle (1). "*Se ha »dicho en apoyo de los errores añejos que »precisamente han de tener algun funda»mento unas ideas tan generalmente adop»tadas en todas las naciones; y que debe»mos mirar con desconfianza unas observa»ciones y raciocinios que destruyen cuanto »hasta hoy han tenido por cierto tantas »personas respetables por sus luces y por »su recta intencion.* Confieso que este ar»gumento puede producir una fuerte im»presion, y acaso poner en duda las ver»dades mas incontestables, si no hubié-

(1) Tratado de economía política, discurso preliminar, tercera edicion, pág. LXVI, cuarta edicion, pág. LXVII. Cito las dos últimas ediciones, y lo mismo haré en lo sucesivo, para que mis lectores puedan verificar las citas con mas facilidad.

»ramos visto recibidas y profesadas por
»todos sucesivamente por espacio de mu-
»chos siglos las opiniones mas falsas, ya
»hoy universalmente reconocidas por ta-
»les. Poco hace que todas las naciones,
»desde la mas rústica hasta la mas civili-
»zada, y desde el ganapan hasta el mas
»sábio filósofo contaban cuatro elemen-
»tos. A nadie se le hubiera ocurrido du-
»dar de la verdad de esta doctrina, que
»no por eso deja de ser errónea; en tales
»términos que el mas miserable ayudante
»de un laboratorio químico se desacredi-
»taria si considerase hoy por elementos la
»tierra, el agua, el ayre y el fuego." Mu-
cho se engaña Mr. Say si cree satisfacer
de este modo á la fuertísima objecion que
él mismo se ha hecho. Que durante mu-
chos siglos hayan permanecido engaña-
dos hombres por otra parte muy entendi-
dos sobre un punto cualquiera de historia
natural, fácilmente se concibe y nada
prueba. Sean ó no elementos el agua, el
ayre, la tierra y el fuego, ¿son acaso me-
nos útiles al hombre? El sol, cuyo pues-
to usurpó la tierra por tanto tiempo en
el centro del sistema planetario, ¿habia
dejado por eso de madurar nuestras co-
sechas? Errores de esta especie no tienen
trascendencia, no ocasionan trastornos,
no inquietan los ánimos, y sobre todo no

ofenden interés alguno; razon por la cual podrian durar mil años sin el menor inconveniente. El mundo fisico seguiria su camino como si no existiesen. ¿Pero sucede otro tanto con los errores que combaten al mundo moral? ¿Es creible que un sistema de administracion, enteramente errónea, y por consiguiente perjudicial, pudiese sostenerse por muchos siglos en diversas naciones, y con aprobacion general de todos los hombres instruidos? ¿Se podrá esplicar cómo se ha conciliado semejante sistema con la prosperidad progresiva de la Europa? El mismo Mr. Say confiesa que el argumento que impugna puede hacer mucha fuerza; y tiene razon, y es lo mas gracioso que él la corrobora cuando cree destruirla.

Asegura Mr. Say que al escribir su obra ha renunciado á todo sistema; y añade: *¿Qué me proponia yo probar? ¿Nada* (1) Bien singular, pretension por cierto; no querer probar nada cuando impugna principios sancionados por la esperiencia y la aprobacion de toda Europa. Mucho me temo que Mr. Say, que no intenta probar nada, haya cumplido demasiado bien su palabra.

(1) Discurso preliminar tercera edicion, pág. LVII. Cuarta edicion pág. LXII.

La economía política trata de la creacion de las riquezas materiales; escudriña, por decirlo asi, todos los secretos del trabajo, todos los misterios de la reproduccion. Pretende por tanto averiguar qué es lo que constituye el valor de las cosas *consumibles*, cuál es en todo tiempo y lugar la medida mas segura de este valor, qué medios materiales han hecho que el trabajo sea mas productivo &c., &c. Si la economía política se limitase á estas investigaciones, cuyos resultados por lo comun tendrian una aplicacion general, no seria peligrosa; pero aspira á mucho mas (1). "Si la economía política descu-»bre las fuentes de la riqueza, si mani-»fiesta los medios de multiplicarla, de »utilizarla cada dia mas sin agotarla »nunca, si demuestra que la poblacion »puede ir en aumento, y hallarse al mis-»mo tiempo mas abastecida de los bienes »de este mundo, si prueba que no son »opuestos entre sí los intereses de los po-»bres y los de los ricos, ni los de una na-»cion á los de otra, y que todas las riva-»lidades son solo vanidad, si la consecuen-»cia en fin de todas estas demostraciones »es que una multitud de males que pasa-

(1) Discurso preliminar tercera edicion, pág. LXIII, cuarta edicion, pág. LXXXIII.

»ban por incurables, son no ya curables »solamente, sino lo que es mas, fáciles de »curar con solo quererlo eficazmente; for»zoso será convenir en que pocos estudios » son mas importantes ni mas dignos de una »alma generosa y de un ánimo elevado." Esta pintura de las ventajas que puede proporcionar la economía política es á mi juicio la mas apropósito para poner de manifiesto su nulidad. ¿A quién se le oculta lo quimérico de estas esperanzas? ¡Dice Mr. Say que la economía política *prueba* que no son opuestos entre sí los intereses de las naciones, y olvida que la guerra es tan antigua como el mundo! La economía política *prueba* lo que no existe, pues considera á los hombres y á los pueblos de diverso modo que á Dios le plugó criarlos; y he aqui por qué es tan peligrosa.

Cuando la economía política trata de las riquezas materiales, prescinde demasiado de las relaciones que aquellas pueden tener con el órden y conservacion de las sociedades, de cuyas relaciones jamás puede prescindir la administracion pública. La economía política, atendiendo solamente al aumento de los productos, fomenta cuanto conduce á este resultado. Y asi Mr. Say acriminando á las corporaciones gremiales hace mencion del arra-

bal de San Antonio de París, cuyos artífices eran, antes de la revolucion, de mucha habilidad, lo que atribuye, acaso con razon, á las franquicias que en aquel tiempo gozaban (1); pero yo, que no puedo olvidar la parte activa que aquel arrabal tomó en los sucesos mas funestos de la revolucion, le citaré mas bien como un argumento en favor del sistema reglamentario; porque este sistema ejercia un influjo moral sobre la clase de los artesanos, acostumbrándolos al yugo de las leyes, por medio del yugo del trabajo; resultado utilísimo que contribuia al bien estar de todos, y que es preciso estimar en mucho mas que una vana perfeccion de la industria, si la especie de independencia á que aquella se debe no ha de proporcionar al estado artesanos hábiles sin esponerle á perder ciudadanos pacíficos.

Pretende la economía política haber descubierto que el interés del dinero crece en razon del riesgo á que se espone el prestamista; pero ya se sabia, y hace mucho tiempo, que todo prestamista codicioso se vale del riesgo verdadero ó supuesto á que se espone, como de un pretesto para oprimir á los desgraciados; pero el gobierno, de acuerdo en esto con la mo-

(1) Tercera edicion, tomo 1. pág. 230. Cuarta edicion tomo 1. pág. 246.

ral, ponia freno á una codicia no menos perjudicial á la sociedad que opuesta á la justicia. La economía política toma la defensa de la usura ¿qué digo? Niega la existencia de la usura, y aun desea que se borre del diccionario esta palabra, usada hoy, segun ella por los rutineros. Siempre se ha considerado el trabajo intelectual como el trabajo por excelencia; y en verdad que solamente las facultades morales engrandecen al hombre. Pero segun la economía política los productos materiales son los únicos que constituyen la riqueza, porque son los únicos susceptibles de acumulacion, y por eso reconoce ella dos clases de trabajadores, y mezcla en la última confusamente al Ministro de Estado con el cómico, y al Sacerdote con el titerero; cosa bien graciosa, y sobre todo tan razonable como moral.

La parte sana é ilustrada de la nacion se duele en todas partes del contrabando, y le tiene por vergonzoso y perjudicial, porque además de los perjuicios que irroga á la industria es siempre una recompensa que la mala fé usurpa á la probidad, una causa perenne de desórden y de escándalo, y un robo al estado. La economía política patrocina abiertamente la utilidad del contrabando, el cual tan solo es crimen *porque la ley le constituye tal,*

cuando en realidad contribuye á la riqueza de las naciones.

Mr. Say es de sentir que sin el auxilio de la economía política no seria posible resolver varias cuestiones teóricas sumamente importantes; citando, en prueba de su opinion las dos siguientes, bien escogidas, sin duda, puesto que él mismo las propone (1). "Una contribucion *ó cual»quiera otra plaga* ¿aumentará la suma »de las riquezas haciendo encarecer los »géneros? ¿Por qué se alteran las rentas »cuando se disminuyen los gastos de pro»duccion, siendo asi que estos gastos de »produccion son los que componen la ren»ta de los productores? Y añade Mr. Say. »En la facultad pues de resolver estas »cuestiones espinosas es precisamente en »lo que consiste la economía política." Mas si solo sirve para esto, pobre ciencia es por cierto la economía política. Pero las cuestiones que verdaderamente conviene proponer son aquellas que dicen relacion á hechos positivos, cuyas causas, bien examinadas, pueden ilustrar á los gobiernos, y estas jamás las resolverá ó las resolverá mal la economía política, dado que no reconoce diferencias de na-

(1) Discurso preliminar, 3.ª edicion, pág. L. 4.ª edicion pág. LIV.

cion á nacion. Como Mr. Say no podia tampoco eximirse de hablar del estado actual de la Inglaterra, con respecto á su papel de banco, convertido sin bancarrota en papel moneda, se esplica en estos términos. "Las notables ocurrencias acaecidas en Inglaterra respecto de las monedas, despues de las primeras ediciones de este tratado, han puesto fuera de toda duda que solo la indispensable necesidad de que haya un agente de la circulacion, una mercancía moneda ha podido conservar el valor de un papel moneda enteramente falto de garantía, con tal que se reduzca su suma á lo que exijen las necesidades de la circulacion (1)." A esto añade Mr. Say que esta circunstancia ha dado lugar á que algunos autores ingleses, muy versados en estas materias, hayan presumido que podria sustituirse el papel moneda á los metales, siempre que se cuidase de que la suma de moneda de papel no escediese de lo que exije la circulacion; y yo no vacilo en asegurar que la conversion del papel de banco en papel moneda sin bancarrota es el fenómeno mas estraordinario de la administracion económica: que este fenómeno, particularmente digno de la atencion de los hombres de

(1) Tercera edicion, tomo I pág. 379: 4.ª id. pág. 407.

estado, está muy mal calificado con el nombre de ocurrencia monetaria que le da Mr. Say, porque del mismo modo podríamos llamar á una simple refundicion de moneda; y por último, que inferir de este fenómeno que solo la necesidad de la existencia de un agente de la circulacion es lo que puede conservar el valor de un papel moneda, falto absolutamente de garantía, es discurrir en contra de la esperiencia de todos los siglos y de todos los paises, pues hasta el dia de hoy únicamente se conoce una nacion en donde asi se haya verificado, y aun esto por razones peculiares á la misma. Es pues preciso ó probar que la Francia se avendria bien con un papel moneda proporcionado á las necesidades de la circulacion, ó confesar que en materia de administracion económica todas las verdades son relativas; y en este caso la economía política será tenida en lo que vale, pues no admite sino principios absolutos.

Si hay en materia de administracion pública alguna verdad incontestable, lo es ciertamente la necesidad de acomodarse á la índole de las naciones. Cada una tiene su carácter peculiar, y por lo mismo aquella institucion que conviene á un pueblo, rara vez conviene á otro. Mejor que nosotros lo sabian los antiguos, co-

mo lo demuestra el respeto con que miraban las leyes de los pueblos conquistados. Estas diferencias son hijas del clima, de la Religion, de las costumbres y de los hábitos; y á pesar de que ya hoy son menos palpables, todavia subsisten y son facilísimas de observar. No hay contribucion que no pueda naturalizarse en Inglaterra, ni traba alguna á que con la mira de favorecer el comercio nacional no puedan someterse aquellos naturales; porque es un pais esencialmente comerciante. En Francia toda visita domiciliaria es mirada como una vejacion: aqui la opinion prepondera sobre la ley y sobre la necesidad misma. El individuo, incomodado en su casa, se considera humillado, ultrajado; y sin embargo este mismo que se irrita contra un dependiente del resguardo cuando desempeña su oficio, ha llevado con paciencia la conscripcion, que es la mas terrible de todas las cargas. ¿Y por qué? Porque la Francia es militar por carácter. La Italia recibió sin notable repugnancia nuestro sistema de contribuciones, y por poco no se subleva con motivo de la conscripcion. Cosa bien singular; aquellos mismos hombres que temblaban al considerar los peligros de la guerra, se retiraban resueltamente á los montes, y en ellos ostentaban contra la gendarme-

der Smith preveer los estravíos á que habia de dar lugar, él mismo la hubiera desechado. Bien pronto presentaré de ello pruebas convincentes. Entre los escritores que se han dejado muy atras á Smith, citaré á los Señores Ricardo y Buchanan, ambos ingleses. El último ha publicado muy recientemente una nueva edicion de la obra de Smith muy apreciada, segun parece, de los economistas ingleses, porque la ha enriquecido con muchas disertaciones, en las que exagera las doctrinas del maestro. El primero ha dado á luz un tratado de economía política, que se ha traducido en Francia en 1819. No alcanzo á comprender la grande reputacion que Mr. Ricardo goza en su pais; pero como quiera que sea, Mr. Say ha llenado la obra de notas. ¿Y qué es lo que ha probado Mr. Ricardo en sus dos tomos? Nada. Concluida su lectura no se saca otra cosa que la molestia de haberlos leido. Ni siquiera hace dudar; porque en ninguna de sus discusiones sabe escitar el interés del lector, y á trueque de desembarazarse de él es preciso concedérselo todo. Por lo comun discurre sobre suposiciones: *supongo que el dinero no varía nunca de valor.... supongo que el valor permutable de las cosas no se altere nunca por circunstancias accidentales.... supongo que las minas per-*

tenezcan á un solo pais.... y tiene la gracia de ensartar treinta ó cuarenta páginas de suposiciones; cosa que, como se ve, no puede dejar de producir resultados de una aplicacion muy usual. Mas no por eso es su obra menos curiosa y menos útil, pues nos presenta á Mr. Say en oposicion casi constante con Mr. Ricardo, á este con Buchanan y á Buchanan con Smith. Y digo que esto es útil, porque tanta discordancia entre los maestros es una prueba de lo poco adelantada que se halla la ciencia, ó bien de que solo se funda en conjeturas, y de aqui inferiremos qué utilidad podrá traer. Previendo Mr. Say la fuerza de esta objecion hace la reflexion siguiente (1). "En materias de economía »política no es prudente deducir siempre »las consecuencias mas incontestables, por»que se funden en el principio mas sólido »ó mejor fundado." Confesion preciosísima; porque echa completamente por tierra toda la economía política; y en efecto, ¿de qué sirve una ciencia *cuando de sus mas sólidos principios se infieren consecuencias incontestables que no es prudente deducir*? Mr. Say añade. "Lo que »verdaderamente interesa en economía

(1) Principios de economía política de Mr. Ricardo. *Nota de la pág.* 419, *tomo* 1.

»política es saber en qué consiste la riqueza, por qué medios se multiplica, y »cómo se destruye; y en estos puntos »esenciales, Smith, Buchanan, Malthus, »Ricardo y Say estan conformes.» Y para mejor probar esta conformidad no hace otra cosa Mr. Say que refutar á Mr. Ricardo, desde el principio hasta el fin de su obra. *Os equivocais cuando no estendeis vuestra consideracion mas que á uno solo de los elementos del valor de las cosas* (1). *Perdeis de vista el principio fundamental* (2). *Es absolutamente quimérica la distincion que sentais entre el precio corriente y el precio natural* (3). *Dais á vuestras proposiciones una generalidad tal que no es posible convenir en ellas* (4). *Partís siempre de un principio que estamos lejos de admitir* (5). *No considerais que hay otra variacion de precio ademas de la variacion relativa* (6)... Y cuando Mr. Say quiere hacer punto, sin embargo de que no ha sido avaro de notas, deja al autor seguir su camino, hasta que saliéndole otra vez al encuentro le opone una disertacion

(1) Principios de economía política de Mr. Ricardo, tomo 1, pág. 9.

(2) Idem tomo 1, pág. 10.

(3) Idem tomo 1, pág. 126.

(4) Idem tomo 1, pág. 249.

(5) Idem tomo 1, pág. 305.

(6) Idem tomo 1, pág. 363.

medianamente difusa, cuyas tres últimas líneas son una refutacion de una buena parte de la obra: por ejemplo (1) *Me ha parecido mucho mas sencillo esponer cuál es en mi sentir el verdadero estado de las cosas, que ir impugnando párrafo á párrafo la doctrina de Mr. Ricardo.* En resúmen, de las ochocientas páginas de los dos tomos de la obra de Mr. Ricardo no hay cincuenta que Mr. Say quiera reconocer por doctrina verdadera: de lo cual ofrecen sus mismas notas un testimonio bastante palpable. Dígame ahora, cualquier hombre de buena fé, qué especie de conformidad es esta.

Segun Mr. Say, lo que realmente importa en economía política es averiguar en qué consiste la riqueza, por qué medios se multiplica, y cómo se destruye. Pero el gobierno sabe mejor que los escritores en qué consiste la riqueza; porque es falso que la haya jamás cifrado en el dinero, haciendo abstraccion del aumento de los productos del trabajo. Todos los discípulos de Smith son en esta parte de la opinion de Say, todos afirman que solo á los modernos se debe el considerar hoy al trabajo como el principal agente

(1) Principios de economía política, tomo 1, página 86, en la nota.

de la riqueza, y todos se equivocan, como lo probaré invenciblemente, citando decretos de mas de doscientos años de antigüedad. Atribuir gratuitamente á los gobiernos doctrinas absurdas, declamar contra la ignorancia, la necedad y las preocupaciones mercantiles, es cuanto saben hacer los escritores de la escuela económica, ni es otro el principio de union que entre sí mantienen, y lo digo sin disfraz. Sin hacerlo asi no se puede escribir sobre estas materias cosa alguna que de antemano no sea objeto de escarnio; pero conformándose con este uso, ya se adquiere el privilegio de escribir despropósitos sin dejar de ser, á juicio de los maestros de la escuela económica, un observador profundo y un escritor exacto. La prueba de esta asercion la tenemos en los elogios que Mr. Say prodiga á Mr. Ricardo, al mismo tiempo que se escusa de verse precisado á refutar por respeto á los principios algunos errores en que este ha incurrido; pero *algunos errores*, quiere decir aqui setecientas cincuenta páginas de las ochocientas de que consta la obra. ¡Con cuánta mayor severidad le trataria Mr. Say si perteneciese Mr. Ricardo á la escuela administrativa, llamada *escuela mercantil*, por los que profesan la nueva ciencia!

Las contestaciones suscitadas entre

los Señores Say y Ricardo han mortificado estraordinariamente á los partidarios de la economía política; porque no han podido dejar de conocer cuanto en el concepto público les perjudicaban; pero este escándalo no era mas que un anuncio de otro mayor. Poco despues se suscitó una contienda de mas séria naturaleza; pues en ella se interesa aquella parte de la doctrina de Say que él considera por la mas importante; y tuvo este por tan grave el peligro, que sin aguardar á que se publicase la traduccion de los principios de economía política de Malthus, dió á luz unas cartas en que le impugna (1). La primera vez es esta que se impugna un libro antes de que el público haya podido juzgarle, y no es posible menos de admirar tanto celo, acordándose que pocos meses antes habia dicho Mr. Say: *en todos los puntos esenciales de la economía política, Smith, Buchanan, Malthus, Ricardo y Say estan conformes.* La nueva obra de Malthus es desde el principio hasta el fin una no interrumpida refutacion de las doctrinas principales de los Señores Say y Ricardo, los cuales ya se habian antes recíprocamente refutado. En adelan-

(1) Publicáronse estas cartas á principios de Agosto de 1820, y la traduccion de la obra de Malthus á fin de Octubre del mismo año.

te, pües, ya sabemos lo que significa esta perfecta conformidad de principios, de que tanto se habia engreido Mr. Say.

Ademas de una infinidad de obras mistas, como las de Mr. Ganilh, en las que se procura conciliar los ánimos divididos por las doctrinas, conozco ya hasta siete tratados de economía política, que con la obra de Smith componen diez y seis volúmenes en octavo; á saber: los de los Señores Garnier, Say, Canard, Dutens, Ricardo, Sismondi y Malthus. Sostengo, pues, y cualquiera puede comprobarlo, que de estos diez y seis volúmenes no se pueden separar seis hojas que los ocho autores citados aprueben completamente. No pretendo decir por esto que en lo que se llama economía política no se encierren los elementos de una ciencia; pero sí afirmo que esta ciencia aun no ha nacido. Ni cómo es posible dudarlo cuando desde la primera página de su obra nos dice Malthus, que á pesar de treinta años de investigaciones, y á pesar de haberse escrito cincuenta tomos, aun no han podido los escritores convenir sobre qué es lo que constituye la riqueza.

Mr. Malthus es de la escuela de Smith, y aunque titula su obra *Principios de economía política*, en realidad solo trata en ella un corto número de cuestiones,

todas puramente especulativas. Examina si hay alguna medida fija de los valores, en qué leyes naturales se fundan los arriendos, de qué causas dimanan la subida y la baja de los salarios, y las ganancias de los capitales; materias muy abstractas, cuya aridez no siempre está compensada con las observaciones del autor, bien que profundas. Esta misma aridez impedirá probablemente que la economía política pueda algun dia llegar á ser una ciencia usual; porque si ha de interesar á los que solo aprecian las verdades aplicables, se introduce ya entonces en los dominios de la administracion pública, y en este caso producirá consecuencias tan peligrosas que perderá enteramente su crédito; y si se limita á discusiones puramente especulativas, fastidiará por su estremada aridez. Mr. Say no ha sabido evitar el primero de estos inconvenientes, y en el segundo han incurrido la mayor parte de los actuales escritores ingleses. Smith ha tropezado en ambos, y por esta razon seria su obra la mas perjudicial de todas, si la obscuridad que tan eminentemente la caracteriza no la hubiese colocado desde su publicacion en el número de aquellos libros que se elogian sin haberlos leido nunca.

Diré algo mas acerca de Mr. Malthus.

Nada mas digno de elogio que la estremada circunspeccion de este escritor en todas las cuestiones de administracion práctica. Jamás se aprovecha de la gran reputacion que le ha grangeado en Europa su *ensayo sobre la poblacion* para dictar sus opiniones, antes al contrario, se ve que la única pasion que le domina es el amor á la verdad. Alaba la economía política porque de ella ha hecho el estudio de toda su vida; pero confiesa que mientras sus escritores no esten mas acordes entre sí *jamás podrán sus inducciones ser admitidas como máximas prácticas* (1). Mas adelante dice: "el primer objeto de la filosofia es esplicar las cosas como en realidad son, y mientras no lo consigan nuestras teorías, *no pueden estas servir de fundamento á ninguna consecuencia práctica* (2)." Asi habla la razon, y ruego á mis lectores tengan presente que el hombre que se esplica de este modo es el mas célebre de todos los escritores de la escuela de Smith; observacion que á la verdad no desarmará á los otros escritores; pero que hará conocer mejor al lector la necesidad del exámen que promuevo.

Mr. Say siente mucho la discordancia

(1) Principios de economía política, introduccion pág. IX.

(2) Idem pág. XV.

que se nota en Francia y en Europa sobre qué sistema de administracion comercial es el preferible, cuando lo que mas deberia sentir Mr. Say es que los escritores mismos de economía política esten tan poco acordes entre sí. Pero Mr. Say se engaña, porque á escepcion de los que han estudiado la administracion económica, solamente en los tratados de economía política, y estos son muy pocos, la Europa entera reconoce por bueno el camino que sigue hace mucho tiempo, y la prueba es que marcha por él con constancia. Veamos lo que sucede en Francia, en Inglaterra, en Rusia, y aun en los Estados-Unidos: jamás en ninguna de estas potencias ha tenido menos crédito la libertad ilimitada de comercio. A los que quieran instruirse en estas materias les aconseja Mr. Say que lean muy pocos libros, *dos ó tres á lo mas* (1), y hablando con franqueza, no podia decir menos, pues si se hubiera limitado á uno solo, designaba con demasiada claridad el suyo. Pero lo que mas particularmente inculca al lector es que huya de las obras de controversia: en lo cual no puedo ser de su dictámen, y por eso deseo ante todo que se

(1) Tercera edicion, tomo 2.º pág. 127: nota. Cuarta edicion, tomo 2.º pág. 149.

lea la obra de Mr. Say, por lo mismo que se trata de una cuestion entre dos ciencias, y que ambas alegan sus razones al lector para que este las juzgue. ¿Ni cómo es posible acertar con la verdad sino se oye á ambas partes? Mr. Say, como escritor ingenioso y elegante, debe en esta contienda llevar mucha ventaja; mas si no puede negarse que son armas poderosas el ingenio y el talento, tambien lo son la razon y la esperiencia de los siglos; y el que sigue las huellas de Colbert, Davenant y Necker, no debe avergonzarse de tropezar alguna que otra vez. Si alguna me veo obligado á reconocer que en algunos puntos he sostenido principios arriesgados, mi error no carecerá de escusa, ni me causará rubor haberme engañado con personas tan entendidas (1).

Mas ¿por qué en discusiones de esta naturaleza, llamar á sus contrarios *protectores natos de toda ignorancia, partidarios de los errores añejos, gentes neciamente preocupadas* (2), *de miras mezquinas y de presuncion grande* (3), *que no dan oidos*

(1) Ya he citado y citaré acaso todavia á Mr. Necker; creo inútil advertir que en esta obra solo le considero como administrador.

(2) Discurso preliminar, tercera edicion, pág. LXIV: cuarta idem, pág. LXVI, LXVII.

(3) Idem tercera edicion, pág. XXI: cuarta edicion idem, pág. XXIV.

mas que á su vanidad y á su interés (1)? ¿Por qué decirles *que quieren hacer reci-bir por fuerza sus opiniones, y que si las defienden con la tenacidad de los necios es porque temen ser convencidos* (2)? ¿*Por qué imputarles el apoyo que en las leyes halla su sistema, y acusarles de que le llevan á efecto por medio de un ejército de empleados y de soldados* (3)? Cuando Smith, despues de haber estado escribiendo toda su vida contra el sistema comercial de su país, aceptó el destino de comisario de las aduanas de Escocia, se puso tambien al frente de un ejército de empleados, y no ha llegado á mi noticia que sus partidarios se lo hayan acriminado, á pesar de que era poco consecuente y delicado; lo primero porque obraba contra su doctrina, y lo segundo porque en su sentir no podia desempeñar aquel destino sin perjudicar á la prosperidad de la Inglaterra. Es una fortuna de la Francia que los encargados de ejecutar las leyes de la administracion comercial las tengan por buenas y por útiles. Nunca se hace bien sino lo que se hace por convencimiento, y si entre los hombres que acabamos de citar

(1) Discurso preliminar, tercera edicion, pág. LXIX. cuarta edicion, pág. LXXI.

(2) 3.ª edicion, pág. XX. 4.ª edicion, pág. XXIV.

(3) Idem pág. LXV, idem pág. LXVII.

hay algunos que hayan defendido con su pluma la administracion, ¿se sabe cuánto han ganado? No quiero poner mas en claro mi idea; pero no puedo dejar de decir que cuando Mr. Say habla de la desgracia en que caen los que impugnan á la administracion y la persecucion que los amenaza (1), elije muy mala ocasion, pues él mismo, muy poco partidario de las doctrinas administrativas, debe ciertamente á la munificencia del gobierno una cátedra de economía industrial, en cuyo desempeño su buen entendimiento sabrá sin duda huir de toda invectiva contra nuestras instituciones (2).

(1) Discurso preliminar, tercera edicion, pág. LXIX. Cuarta edicion, pàg. LXXI.

(2) El gobierno no procede de ningun modo contra los escritores que impugnan la administracion comercial; y hace bien. Tampoco hace nada en favor de los que la defienden, y hace igualmente bien. Sin embargo, cuando el público ve conferir un empleo importante á un administrador que ha sido antes escritor, cree fácilmente que el destino es la recompensa del libro; error que si bien en los tiempos comunes no es de trascendencia, en los de revolucion puede ser fatal. Por esta razon cuando á principios de 1812 se nombró director general de aduanas á un sugeto que habia publicado una obra sobre aduanas, creyeron muchos que en ella se aplaudian las miras del gefe del estado, y que Bonaparte recompensaba de este modo al autor. Pero Bonaparte no era aficionado á los libros ni á los escritores, y si se hubiera propuesto recompensar al autor de una obra sobre las aduanas, probablemente no hubiera ido á buscar al escritor que sentaba como axio-

Los que quieran tomar la defensa del sistema comercial no tienen que temer desagradar á ningun poderoso, porque la independencia de la situacion en que ellos se colocan los pone á cubierto de este peligro, que desprecian por otra parte completamente. Otro es el inconveniente á que se esponen, y que pocos se atreven á arrostrar con calor. Los dispensadores de la reputacion *económica* caminan siempre en columna cerrada; son pocos, muy unidos, y acuden volando á defenderse unos á otros, y los periódicos que estan de su parte son tanto mas dóciles á insertar los artículos que ellos les dan ya compuestos, cuanto en materias tan áridas es indispensable ó lisonjear la malignidad ó conformarse con no ser leido. Y la primera calidad de un diarista, y estaba por decir su primera obligacion, es saber hacer que le lean. En esto son muy dignos de toda escusa los diaristas, mas no es sin embargo menos

ma *que nunca se deben convertir las aduanas en un instrumento de guerra.* Por lo demas deben darse los empleos á los que tienen los servicios y los conocimientos que su desempeño exije. Todo el que sabe leer se formará siempre una idea exacta del talento del escritor por su libro y sin necesidad de recorrer muchas páginas; pero rarísimas veces inferirá de él su aptitud como administrador; porque esta depende mas del carácter que del talento. Un libro es la última de todas las recomendaciones para obtener los altos empleos.

cierto que cuando sale á luz una obra contra la economía política; los que dan cuenta del irreverente libro en que se les impugna, son casi siempre los escritores de la nueva escuela, y ya se deja conocer el espíritu de justicia é indulgencia que animará á semejantes aristarcos. Seria pues una demencia inescusable creer posible grangearse reputacion constituyéndose apologista de la administracion comercial; porque al contrario, no hay medio mas seguro de no lograrla jamás. Solo pueden seguir este camino los que han encanecido en la carrera administrativa, no porque las rivalidades del amor propio no puedan serles á las veces muy funestas, sino porque el convencimiento en que estan de los perjuicios que acarrean las doctrinas erróneas, les hace mirar con indeferencia los que solo redundan en su daño. Un hombre célebre en Europa por sus conocimientos, pero mas distinguido por la agudeza de su ingenio que por su saber, se empeñaba en que yo presentase á Smith en mi prólogo como un coloso, sin perjuicio de que despues destinase todo el resto de mi obra á probar que la suya está plagada de errores. No me he determinado á seguir este consejo; porque no aspiro á los elogios de la escuela económica; y con esto pruebo suficientemente que

tampoco su crítica me inquietará de manera alguna (1).

La primera edicion de esta obra se publicó en 1804, y hasta entonces nadie se habia atrevido á impugnar toda la doctrina de Smith. La empresa pareció atrevida; la audacia del escritor fue causa de la fortuna del libro, demasiado aplaudido, sin duda por unos y denigrado por otros, con un encarnizamiento tal que uno de los periódicos de aquel tiempo no dudó en llamarle *brutal*. Si se me preguntа-

(1) En 1820 ha publicado Mr. de St. Chamans una obra muy notable (del sistema de contribuciones) en que impugna las principales consecuencias de las doctrinas económicas francesa é inglesa, como yo lo habia hecho diez y seis años antes. Ha reproducido sin conocerlas las principales razones en que ya fundé mi refutacion, y antes de haberla yo leido me habia valido igualmente de varios argumentos suyos para esta edicion, mucho tiempo antes preparada para la prensa. Es imposible que impugnando dos escritores una misma obra dejen de combatir los mismos errores, y servirse á veces de las mismas razones: y esto es para el lector un nuevo motivo de examinar con atencion la cuestion que se ventila. Mr. de St. Chamans ha impugnado la doctrina económica inglesa con el solo objeto de establecer una buena doctrina sobre las contribuciones. El fin que yo me propongo en este libro es otro, y por lo mismo ambos se pueden leer con fruto, aunque con diversa idea. Por lo que á mí toca ruego á los que se aplican á la administracion práctica, que se proporcionen la obra de Mr. de St. Chamans, á quien doy mil gracias sin conocerle mas que por su talento, por haber unido sus esfuerzos á los mios. *Nota de la segunda edicion.*

se por qué he tardado diez y seis años en reimprimirla, fácil será mi respuesta; porque he querido tomarme tiempo para fijar mas mis ideas. No he mudado de opinion sobre ninguna de las doctrinas que entonces senté ó defendí, como fácilmente puede verse, comparando el resúmen que hay al fin de cada libro con los de la primera edicion; pero no siempre he seguido el mismo camino, aunque he sacado las mismas consecuencias. Y si todavia no he desempeñado bien mi objeto, estoy nó obstante seguro de haberlo hecho mejor que antes. A decir verdad, esta es una nueva obra, pues he escrito de nuevo mas de la mitad.

No conozco libro alguno que esplique el sistema de administracion comercial de la Francia adoptado desde la supresion de las aduanas interiores; pues el de Mr. Necker sobre la administracion de hacienda, escelente para consultarle por su riqueza de hechos, no llena el vacío que yo encuentro, porque se refiere á un órden de cosas que ya no existe. Creo que mi obra llenará este hueco. Apruébese ó no se apruebe el sistema que actualmente se sigue, siempre es conveniente conocerle, y saber en qué principios buenos ó malos se funda. Pero no bastaba esplicar nuestro actual sistema de administracion

comercial; lo que mas particularmente convenia era manifestar con qué argumentos ha sido impugnado, y qué principios podian oponerse á unos escritores que le pintan como resultado de las preocupaciones mas absurdas. Esta es la consideracion que á pesar mio me ha hecho entrar en una controversia ya inevitable, pues á no ser asi se hubieran contentado los contrarios con oponerme esta ó la otra autoridad. Pero á mi ver mas dificil les será enconcontrar razones que se apoyen en hechos. Las obras que hay que leer para entender el sistema de las doctrinas económicas abrazan por lo menos veinte y cinco volúmenes; y si con uno solo consigo vengar á la administracion comercial, no podrá menos el lector de agradecerme que no haya abusado en demasía de su tiempo; y cuando, como ahora, se multiplican tan asombrosamente los libros, ya es esto alguna cosa. Se lamenta Mr. Say de la manía que tienen muchos de escribir sobre cosas que no entienden, y no le falta razon; ¿pero está bien á los escritores hacer esta observacion? Demasiados libros se escriben sin duda, ó acaso no los suficientes, pues cada dia vemos volver á poner en cuestion las verdades proclamadas el dia antes. La administracion de las cosas nada gana en esto, y la

de los hombres ha perdido mucho. ¿Quién es en efecto el que sabe hoy sacar partido de los hombres? Constantemente se declama contra el aumento de los gastos del gobierno, y no se quiere reconocer que en otro tiempo se pagaba á los empleados con la estabilidad en sus destinos, con el respeto y con la consideracion que se les tenia; y hoy no se conoce otra moneda que el dinero. Sin embargo, con el dinero no se pagan, á Dios gracias, ni todos los servicios, ni á todos los hombres. Pensaba escribir alguna vez sobre este asunto; pero las revoluciones aceleran la madurez del juicio; y antes que llegue la edad de la razon desaparece ya el deseo de darse al público. ¡Es tan vana cualquier ventaja que el hombre logra! y dado que fuera algo, ¡quién está seguro de obtenerla!



DEL GOBIERNO

CONSIDERADO EN SUS RELACIONES

CON EL COMERCIO.

En esta obra me propongo investigar cuáles son los principios en que un estado agricultor y fabricante debe fundar la administracion de su comercio esterior é interior.

Aunque las esplicaciones en que tendré que entrar serán aplicables á todas las naciones de Europa, sin embargo, hablaré mas particularmente de la Francia, por ser mi país, y porque su prosperidad es el mas ardiente de mis deseos, como mi única ambicion la esperanza de contribuir á ella.

Divido esta obra en cuatro libros.

En el primero examino en qué consisten las riquezas de las naciones.

Trato en el segundo de la influencia del dinero en la reproduccion; y esto me conduce á hablar de las variaciones ocurridas en su valor, de los efectos de su escasez ó de su abundancia, de la circulacion, del préstamo á interes, de los bancos, y del papel moneda.

El libro tercero está destinado mas parti-

cularmente á tratar del comercio, manifestando de qué modo contribuyen á la riqueza de las naciones el comercio esterior, el interior, el comercio de economía ó de acarreo, el comercio de las colonias y el comercio de la India.

Por último, esplico en el cuarto el sistema comercial de Francia, esto es, el objeto y el espíritu de las leyes en que se funda la prosperidad y la conservacion de nuestra industria.

Procuraré con toda eficacia ser siempre claro, y si no son infructuosos mis esfuerzos, me prestará el lector toda su atencion sin que yo la reclame; porque en materias tan áridas no hay mejor medio de fijarla que hacerse entender con claridad.

LIBRO PRIMERO.

De la riqueza de las naciones.

CAPITULO PRIMERO.

Qué es lo que se entiende por riqueza respecto de las naciones.

Es imposible escribir con fruto sobre la administracion de la hacienda y del comercio de los estados, sin sentar ante todas cosas qué es lo que constituye la riqueza, y de dónde emana. Tal es el objeto de este primer libro.

Ninguna nacion puede ser feliz si no es independiente de las demas; su independencia procede principalmente de su poder, y su poder de su riqueza. Asi pues, riqueza, poder y felicidad de los estados son tres cosas íntimamente unidas.

No era asi en las naciones de la antigüedad, porque entonces para hacer la guerra no se necesitaba mas que brazos, y los pueblos que tenian menos necesidades debian subyu-

gar á los demas. Mas hoy dia la guerra ocasiona gastos enormes, y no es posible hacerla con fruto, sino cuando se puede prolongarla por mucho tiempo; de aqui es que las naciones mas ricas son tambien las mas poderosas.

Se cita sin embargo en contrario la Suiza, que por mucho tiempo ha sido pobre y feliz. Pero la Suiza no puede proponerse como modelo á las grandes naciones continentales, cuya existencia política depende de otras leyes. La Suiza ha conservado su independencia porque ninguna nacion tenia interes en quitársela; ¿pero ha tenido jamas colonias que defender, ni marina que conservar? ¿Y ha tenido acaso la menor preponderancia en Europa? ¿Y qué es una nacion que no encontrando en que ocupar la poblacion, no ha imaginado recurso mas ventajoso que poner una parte de ella á sueldo de naciones rivales? El ejemplo de la Suiza no es pues suficiente para que las naciones que ocupan una grande estension de territorio no aspiren á ser ricas, ya que la riqueza forma hoy el poder de los estados.

La Polonia siempre se mantuvo en estado de pobreza, y aun conservaba aquellas antiguas costumbres de Europa que tantos recuerdos escitan; pero rodeada de vecinos fuertes y codiciosos perdio su existencia como estado; y esta es la suerte que amenaza

á todas las naciones que no son poderosas pot su riqueza.

Hace algunos años que un hombre de talento y de un carácter escelente se lamentaba de ver que los escritores no hacian consistir la riqueza de las naciones en sus buenas costumbres y en las leyes; pero confundia la riqueza material con la riqueza moral, que son cosas distintas, aunque, si es posible, deben ir unidas. El particular que tiene pocas necesidades es moralmente muy rico; ¿pero cómo es posible decir á las naciones que no tengan necesidades, y que no se apliquen á crear riquezas materiales, cuando las vemos arreglar sus diferencias por medio de ejércitos de quinientos mil hombres? No sigamos el ejemplo de Mably, que dejando ver en sus decisiones la triste acrimonia de su genio, aconsejaba á los estados modernos que se gobernasen por las leyes de Lacedemonia; y consideremos la civilizacion en su estado actual, pues en vano tratariamos de darle otra direccion.

¿Qué es una nacion rica? Mas claro. ¿Qué se entiende por riqueza con respecto á las naciones?

La palabra *riqueza* no tiene un significado absoluto; escluye toda definicion rigorosa.

La riqueza es la abundancia de los haberes: aquel es rico que puede proporcionarse con abundancia todo lo preciso para satisfa-

cer las necesidades de la vida.

Estas necesidades varían ciertamente segun los paises, y aun en uno mismo, segun los hábitos, la calidad y esfera de las personas. Asi que la riqueza es siempre relativa.

Con respecto á las naciones la riqueza es lo mismo que con respecto á los particulares; es decir, la abundancia de las cosas á que da valor la industria humana. Un pueblo bien alimentado, bien vestido, bien provisto, es un pueblo rico; y lo será evidentemente tanto mas cuanto mejor alimentado, mejor vestido y mas provisto se halle.

De donde se infiere que cuantas mas cosas crea anualmente para el consumo cualquiera nacion, tanto mas rica es.

Como la abundancia progresiva de las cosas necesarias para la vida, es decir que se han hecho tales por una consecuencia de los progresos de la civilizacion, es lo que constituye la riqueza de los estados, vamos á examinar de qué modo el hombre se las proporciona y las aumenta.

CAPITULO II.

De la tierra considerada como primer elemento de la riqueza de los estados.

Las necesidades mas imperiosas del hombre son aquellas en que se libra su conser-

vacion: es indispensable que se alimente, que se vista, que se aloje. Los objetos que debe aplicar á estos usos diversos se los suministra la tierra, ya directamente en las producciones de su seno, ya indirectamente proporcionando la subsistencia por medio de otras producciones á los animales de que el hombre á su vez se alimenta ó se sirve.

La tierra que sostiene y alimenta al hombre es su primera riqueza, porque abandonado en el momento de la creacion en un terreno absolutamente estéril, hubiera perecido de miseria. ¿Qué es lo que sucede hoy mismo al viajero que se pierde en los arenales del Africa? Este terreno ingrato que pisa pocas horas, no le ofrece mas que la desesperacion y la muerte.

Otras regiones son tambien funestas para el hombre: en unas partes las aguas estancadas infectan el aire, en otras cubierta la tierra constantemente de nieves ó yelos, se resiste á todo cultivo; en otras la cortan los torrentes, y la trastornan los fuegos subterráneos. ¡Felices los pueblos que están á cubierto de estas causas de destruccion! Nunca el hombre aparece mas grande por su industria que cuando triunfa de los elementos; pero esta lucha, demasiado desigual, solo sirve por lo comun para revelarle su flaqueza.

No se limita la tierra á alimentar al hombre: ofrecele ademas con una prodigalidad

inagotable los innumerables objetos que él acomoda á sus tambien innumerables necesidades, mas no se los presenta en el estado en que los consume; y en esto mismo le hace un nuevo beneficio, porque deja á su ingenio la mayor latitud posible. Y asi es como el hombre á quien la Providencia no podia conceder la facultad de crear sin igualarle con ella misma, se asocia, en cuanto lo permite su naturaleza, por la facilidad de dar nueva forma á los objetos, á la obra misma del Criador; distincion que se enlaza con las ideas mas sublimes, pues al paso que presenta al hombre sometido al yugo de una autoridad que no le es posible desconocer, le coloca sin embargo en una altura infinita sobre todo cuanto existe.

A esta facultad de dar á todo una forma nueva, de injertar, si es permitido decirlo asi, una segunda creacion sobre la primera, han debido las artes el grado de perfeccion sucesiva á que el hombre las ha ido llevando. ¿Quién puede reconocer el lino de nuestros campos, el vellon de nuestras ovejas en los vestidos mas comunes? ¿En qué se parecen nuestra porcelana y nuestros espejos á la arena que para producirlos ha sido preciso vitrificar? Estas innumerables trasformaciones á que se deben cosas tan útiles y magníficas, son unos verdaderos prodigios que no sabemos apreciar debidamente por la simple

razon de que los estamos viendo desde la cuna. Goza de ellos el hombre como goza del astro que le alumbra sin parar la atencion en él y sin comprenderle. Tal es hoy la destreza de la mano del hombre, que mil veces la materia primera á que se aplica es un secreto para el consumidor. Pero esta primera materia procede siempre de la tierra, origen comun de todo cuanto la industria sabe acomodar á nuestro uso.

La riqueza de la tierra consiste en las producciones que cria en su superficie, y en las que lentamente elabora en su seno. Las primeras, que son las que mas inmediatamente contribuyen á la conservacion del hombre, serian suficientes para satisfacer sus necesidades verdaderamente naturales. Mas no por eso le son menos útiles las otras, pues le ayudan á multiplicarlas todas. Prescindiendo de los metales preciosos, que por la circunstancia de poder servir de moneda son los principales agentes de la produccion, ¿qué progresos hubieran podido hacer las artes y la agricultura misma, si no se hubiera descubierto el cobre y el hierro? La piedra y el mármol contribuyen estraordinariamente á hermosear nuestras ciudades, á hacer sólidas y agradables nuestras habitaciones; y hace mucho tiempo que hubiera lamentado la Europa la despoblacion de sus bosques á no ser por el carbon de piedra que sirve de com-

bustible en la mayor parte de nuestras fábricas.

Como el hombre no puede consumir cosa alguna que primitivamente no haya sido estraida de la tierra ó alimentada con sus producciones, la tierra es el primer elemento de la riqueza de las naciones. Pero si se deja el terreno abandonado á sí mismo, crece la cicuta, y la cizaña sofoca el grano bueno. La produccion, á no ser por la mano que la dirije, no seria mas que un caos espantoso; pero aparece de repente el hombre, trabaja, y todo muda de aspecto en el universo.

CAPITULO III.

Del trabajo, segundo elemento de la riqueza de los estados.

Desde que nace el hombre está sujeto á necesidades muy imperiosas. No puede conservarse sin satisfacerlas, y no puede satisfacerlas sin trabajar; y por tanto le es absolutamente necesario el trabajar. Esta es una ley dura que debe observar con todo rigor; es una ley penal, porque el hombre se complace en la ociosidad; ley comun á todos, porque aun la posesion de la propiedad que permite vivir sin trabajar, es el resultado preciso de un trabajo anterior de que se va-

len los que poseen para vivir del de los demas pagándolo (1).

El hombre trabaja porque está forzado á trabajar; pero la autoridad que le fuerza, paternal en el momento mismo en que le castiga, ha querido que hallase su bien estar en lo mismo que al parecer habia de hacerle desgraciado. El hombre ansia por disfrutar, cuanto mas trabaja mas produce, y cuanto

(1) La tierra es un laboratorio químico admirable.. "La naturaleza ha regalado gratuitamente al hombre "este inmenso laboratorio dividido en una multitud de "secciones acomodadas á diversas producciones; pero "han venido algunos hombres y apoderándose de ellas "han dicho: *á mí me corresponde esta seccion; á mi aquella; lo que ella produzca será esclusivamente mio.*" (Notas de Mr. Say á la obra de Mr. Ricardo, tom. 1.° pág. 82) y mas adelante, hablando Mr. Say de la renta de los hacendados, le da el nombre de beneficio anual de *su útil* usurpacion. Este modo de presentar el origen de la propiedad, es á mis ojos tan falso como peligroso. En los principios de cualquiera sociedad hay siempre mas tierras que las que pueden cultivarse: las toma el que quiere, y en esto no veo ni siquiera posibilidad de usurpacion, porque usurpar es apoderarse por medio de la fuerza ó de la astucia, y no hay necesidad ni de artificio ni de fuerza para apropiarse una cosa que á nadie pertenece, cuando por otra parte está a la mano. El primer ocupante de un terreno es pues su legítimo propietario: su derecho nace de la misma ocupacion por el trabajo que supone. Y cuando Mr. Say despues de haber hablado con una suma impropiedad de usurpacion, dice, que esta usurpacion ha sido util, hace un nuevo mal, porque hay palabras que jamas deben andar unidas. *Nota de la segunda edicion.*

mas produce, mas consume; pero el consumo, objeto principal del trabajo, es siempre su compensacion. Así es como el premio del trabajo está en el trabajo mismo, que le es tanto menos molesto cuanto mayor es el ardor con que á él se aplica. El hombre no solo se acostumbra á él, sino que adquiriendo cada dia mas habilidad y mas destreza, el mismo grado de trabajo le proporciona mas y mejores productos; de donde se deduce que sin trabajar mas, aumenta sus consumos, al paso que perfecciona su industria. Supongámosle establecido en un terreno enteramente inculto; sin duda alguna le costará mucho mas trabajo encontrar la planta de que puede alimentarse entre una multitud de otras inútiles ó perjudiciales, que si se hubiera tomado la molestia de cultivar un campo. Pero demos que en vez de mantenerse de yerbas, frutas ó granos, tenga que vivir de la caza; en este caso las contínuas correrías á que indispensablemente se verá precisado, le espondrán sin cesar á todo el rigor de las estaciones. Tendrá que recorrer los bosques sin estar seguro de encontrar lo que busca, y si halla alguna fiera, acaso tendrá que luchar con ella. ¡Cuántas inquietudes, cuántas fatigas y peligros! ¿Y para qué? Para adquirir la subsistencia de un solo dia.

Jamas se hubieran desenvuelto las facultades productoras en el hombre si hubiera

siempre vivido errante por los bosques; pero la soledad es contrario á su destino. Aunque el hombre se reproduce como todo cuanto existe, solamente él forma familia. El hombre es el elemento de la familia, del mismo modo que la familia es el elemento de la sociedad; y esta nace de la asociacion de muchas familias que reuniendo su industria naciente, van mejorando sucesivamente su suerte ó condicion. El primero que cercó con un vallado su campo y le sembró, es seguro que tuvo imitadores en sus vecinos. Descubriéronse nuevas semillas, nuevas plantas útiles, y esto dió lugar á permutas mútuas, asi como se fueron comunicando de unos á otros las nuevas operaciones ó métodos de cultivo. Toda especie de trabajo y toda invencion se aplicaba en estos primeros tiempos á los productos de la tierra que alimenta al hombre. Mas los trabajos de la agricultura no dan ocupacion á todos los hombres ni en todas ocasiones; nacen pues mil géneros de industria, cada uno tiene la suya, y los mismos productores consumen los productos de estos trabajos groseros y escasos en un principio. Adquiriendo despues mas destreza, llegan con el tiempo á producir mucho mas que lo que para su uso personal han menester. Entonces truecan lo que no necesitan, se aumentan las comodidades de la vida, y va echando las primeras raices el comercio que aun no ha nacido.

Tal es el camino que constantemente siguen las sociedades en direccion hácia la riqueza, la cual se forma de lo que el hombre arranca á la tierra, y del valor que con su industria añade á los productos que ha conseguido. Por manera que el trabajo se emplea en dos cosas muy distintas, en el terreno y en los productos del terreno mismo. No quiero hacer ahora mencion de una tercera clase de trabajo, cuyos productos puramente materiales, llamarán nuestra atencion mas adelante. El trabajo que se ejercita en el terreno tiene por límite necesario la estension misma del terreno, porque una nacion no puede cultivar mas que el terreno que posee, al paso que el trabajo sobre los productos del terreno no tiene mas límites que los del ingenio humano. Por eso no puede decirse con verdad que cuando una nacion ha llegado á tener cultivado todo su terreno, no tiene ya medios de aumentar su riqueza. Esto podria decirse á lo mas respecto de su riqueza territorial; y aun entonces habria que asegurar, cosa imposible hasta ahora, que no solo está cultivado todo el terreno, sino que no puede estarlo mejor. Concíbese sin embargo que pueda llegar un dia en que asi suceda. Al contrario, no es posible imaginar límites algunos al trabajo industrial, que jamas carecerá de elementos, pues se ejercita sobre cuanto existe, y aun sobre sus mismos

productos, que puede modificar continuamente. Por lo general lo que la tierra suministra á la industria como materia primera tiene muy poco valor. El trabajo es el que le aumenta, y á veces tan estraordinariamente, que puede considerarse por nulo el de la materia primera. Luego que se ha recogido el lino de la planta que le produce, acabó ya la tierra cuanto en esta parte tenia que producir: la industria hace lo demas, y aqui la industria es todo: falta despues empozarle, ponerle á secar y rastrillarle. Ya entonces vale dos veces mas que cuando se recogió de la tierra. ¿Y qué sucederá cuando esté ya hilado y tejido? Mucho será si el valor del lino en bruto que entra en una pieza de lienzo de valor de cuatro mil francos, llega á ciento: esta diferencia representa el trabajo del hombre; y será todavia mucho mayor si en vez de lienzo se trata de encaje. Hay vestido de encaje que cuesta cincuenta mil francos: calcúlese qué valdrá el lino que se ha invertido en él tal vestido.

El lino mismo que he tomado por ejemplo nos presenta en uno solo entre todos los productos de la tierra el elemento de una infinidad de productos de la industria. Convertido desde luego en hilo, despues en lienzo, en batista, en encaje, cada modificacion que se le da, le hace primera materia de la modificacion siguiente, pues el lino es el ele-

mento del hilo, como el hilo lo es del lienzo. Sucede tambien en los trabajos de la industria que vuelve á empezar de nuevo la reproduccion cuando parecia haberse ya terminado, como se verifica en el lienzo que se convierte en elemento del papel, y éste del carton. La mano del hombre es el agente por esceleneia de estas perpetuas transformaciones que constitnyen la industria, y todo el valor que ella da á los productos que crea es una nueva riqueza que le debemos, y que no tiene límites, porque el trabajo mismo tampoco los conoce.

. Aunque se aumenta la produccion cuando se aumenta el numero de los que trabajan, crece tambien sin embargo sin aumentarse los trabajadores, pues basta que adquieran mas destreza ó habilidad. Se duplican evidentemente los productos cuando se consigue hacer con un solo operario lo que exigia dos. Cuando no tenia el hombre mas instrumento que sus manos para labrar la tierra, ¡cuánto tiempo no tendria que invertir en esta operacion! La azada fue pues una invencion utilísima; ¿y que es todavia esta herramienta en comparacion del arado? Con este instrumento una sola familia cultiva el campo que antes requeria el trabajo de diez, y la industria ha conquistado los nueve decimos restantes. La industria se ha ido tambien enriqueciendo sucesivamenie con mil descubrimien-

tos que han facilitado y hecho mas productivo el trabajo. Multiplícanse estos todos los dias; y haciendo el hombre que todos los elementos le ayuden, se ha vengado en ellos, por decirlo asi, de la necesidad que tiene de trabajar, y los hace compañeros de su flaqueza. El viento que produce las tempestades, el torrente que asola los campos, hacen dar vueltas á la piedra que muele su principal alimento. Ni le sirve con menos utilidad el fuego: rey de la creacion, todo lo aplica el hombre y todo lo acomoda á sus necesidades, que ha sabido ennoblecer de este modo.

Si tuviese el hombre que fabricar con sus mismas manos todas las cosas de que usa en la actualidad, apenas bastaria el trabajo constante de cincuenta personas para que una sola pudiese subsistir con comodidad; pero su ingenio ha suplido aqui á su fuerza, y las máquinas auxilian su flaqueza. Se ha suscitado muchas veces la cuestion de si privando las maquinas de trabajo al pueblo causan un mal que no puede compensarse con ventaja ninguna. No puede negarse que cuando se establecen de nuevo las máquinas, ocasionan la desgracia de muchos individuos, porque por una consecuencia indispensable queda sin ocupacion un numero considerable de brazos, que no siempre pueden hallar trabajo en otras profesiones, ó á quienes les

cuesta infinito adquirir la destreza que para ellas se requiere. Pero no por eso deja de ser una adquisicion preciosísima el descubrimiento, cualquiera que sea, de un modo de fabricar con mas economía; y es preciso convenir que á la larga las máquinas enriquecen á los pueblos porque aumentan los objetos de consumo y proporcionan su adquisicion á precios mas baratos. Su inconveniente consiste pues unicamente en el simple transito de un órden de cosas antiguo á otro nuevo; transicion que no siempre es repentina, y que si el gobierno tiene un poco de prevision y de sagacidad debe procurar hacer insensible (1).

(1) La cuestion de la utilidad de las máquinas es una de las mas controvertidas, señaladamente en estos últimos tiempos; sin embargo, á mi ver, puede resolverse en pocas páginas. Los que se oponen al establecimiento de las máquinas se fundan en el gran número de personas que con su introduccion quedan de repente reducidas á la miseria; y este es ciertamente un argumento poderoso; ¿pero una vez que se alega contra las máquinas modernamente inventadas, no hubiera podido citarse tambien contra las que les han precedido? Y á tener valor esta observacion, debia haberse proscrito el uso del arado, con el cual se trabaja mas en una hora que con la azada en veinte y cuatro. Reflexionando con atencion sobre los pasos progresivos de la industria, no es posible dejar de notar que cada diez años se presentan productos desconocidos antes, que proporcionan nuevas comodidades, al paso que dan origen á otras necesidades nuevas. ¿Y en donde se hallarian los brazos necesarios

CAPITULO IV.

De la moneda, tercero y último elemento de la riqueza de los estados.

Enriquecido el hombre por la tierra y por el trabajo, todavia puede crear incesan-

para crear estos productos nuevos, si antes los medios mas espeditos de trabajar no permitiesen hallar estos brazos en los ramos antiguos de industria? Es preciso reconocer ademas que los brazos que de este modo pasan de una clase de trabajo á otra, no bastan siempre para tener provisto el mercado, pues de tres siglos a esta parte vemos irse aumentando constantemente la poblacion en Europa, á pesar de la progresiva simplificacion de los métodos industriales. Si este resultado es innegable, como yo creo, está ya resuelta la cuestion.

Las provincias mas ricas y mas pobladas de Francia son seguramente Flandes y Normandia, y tambien son entre todas las antiguas, las en que mas se ha generalizado sin comparacion el uso de las máquinas.

Es otra verdad igualmente incontestable que en los paises en que va en aumento la riqueza, es decir, donde la misma cantidad de trabajo proporciona constantemente mas productos, tambien va en aumento la poblacion. ¿Y por que? Porque en este caso cada individuo se halla mejor provisto de todas las comodidades de la vida. Lo contrario sucede en los paises pobres: faltando las comodidades de la vida, todo se entorpece, suspendiéndose tambien el aumento de la poblacion por haberse suspendido el de la riqueza.

Aun en los paises en que hay mas frecuentes ocasiones de trabajar, la invencion de maquinas nuevas

temente otros nuevos productos; pero es de advertir que mientras produce solamente para su consumo personal, no puede aun ha-

es siempre una causa de inquietud, y demasiadas veces de desórden. Asi que al tiempo en que se establecen las máquinas causan siempre mal, y este mal puede por mil circunstancias complicarse de una manera tal que sea indispensable la intervencion del gobierno para remediarle, ya oponiéndose á los efectos de una transicion demasiado precipitada de un estado de cosas á otro, ya proporcionando en obras públicas trabajo á los brazos que han quedado ociosos. Entre las circunstancias á que hago referencia, ocupa el primer lugar la diminucion de la salida en el despacho de los géneros, porque si al establecimiento de las máquinas se agrega esta diminucion de salida, no cabe duda alguna que el peligro seria doblemente mas grave. Tal es la actual situacion de la Inglaterra (escribíase esto en 1820); pero no hay que persuadirnos que examinando esta cuestion solo respecto de la Inglaterra, vengamos á parar por necesidad á reprobar las máquinas. Seria preciso resolver antes el problema siguiente, que me bastará solo enunciar: *Habiendo conseguido la Inglaterra el monopolio del comercio del mundo solamente por el bajo precio de sus productos industriales; ¿cómo puede conciliarse la conservacion de este monopolio con la supresion de las máquinas?* Pero el ejemplo de lo que está sucediendo hoy en Inglaterra solo puede considerarse en la cuestion general de la utilidad de las máquinas como una escepcion de los principios, pues los principios corroborados con la esperiencia universal de todas las naciones hacen palpable que la introduccion de las máquinas es un bien efectivo, eternamente duradero, aunque adquirido á costa de un mal pasagero, que todo gobierno debe y puede remediar siempre con su solicitud y prevision. *Nota de la segunda edicion.*

cer grandes progresos la industria, porque esta empieza solo cuando empiezan las permutas. Si uno necesitase trigo, seria indispensable buscar quien le tuviese de sobra, y tener, para dársela en cambio, alguna cosa que este pudiese necesitar, y convenirse despues en las condiciones de la permuta, convenio bastante dificil, porque el valor respectivo de los objetos permutables se regula unicamente por la necesidad ó el capricho. Asi que antes de poder verificar una de estas permutas dejarian de efectuarse mil. Seria pues eterna la infancia de la industria si no se hubiera hallado un medio de facilitar las permutas adoptando un agente cualquiera, una moneda, cuyo principal objeto es poner en comunicacion al individuo que produce con el que consume.

Cuando estos cambios ó permutas se verificaban en especie, como sucedia al principio, debió observarse y se observó efectivamente que el uso general de ciertos géneros proporcionaba á sus poseedores una gran facilidad para permutarlos por los géneros que necesitaban. Debió pues procurar todo el mundo proporcionarse estos géneros de uso general para tenerlos de reserva; y por lo mismo, como el trigo tiene esta circunstancia, sirvió desde el principio para las permutas. Descubriéronse despues los metales, que por su propiedad de utilidad y de agrado se hi-

cieron objeto de los deseos de todos; su escasez aumentó su valor; podian guardarse con mas facilidad que el trigo; en un volúmen mas pequeño presentaban mayor valor; ventajas todas que facilitaban su uso y su traslacion de unos parajes á otros. Y de aqui es que se ocurrió fácilmente la idea de servirse de los metales como medio de permuta, y se generalizó naturalmente este uso.

El primer resultado de la adopcion de la moneda fue la multiplicacion de todos los productos del trabajo. Las naciones poseedoras de plata, y que la emplearon por sí mismas como moneda, fueron mucho mas ricas que las que continuaron el sistema de permutas en especie. Y fueron mas ricas, *no á causa del valor de la plata que poseían, sino en razon de los medios que esta misma plata les proporcionaba para crear anualmente mas productos.*

Desde este momento varió enteramente de objeto la utilidad de la plata. Mientras era considerada únicamente como una de las producciones de la tierra y de la industria, no contribuia á la riqueza general mas que por su valor. Pero desde que se ha convertido en moneda, no es posible ya consumir ni crear cosa alguna sin ella. Es el vehículo del trabajo, el gran instrumento de la produccion, y por consiguiente es tambien la moneda el tercer elemento de la riqueza de los estados.

Ruego á los lectores que consideren de qué modo se multiplican hoy todas las cosas que consumimos. Si se trata de los productos de la tierra, vemos que el terreno que los ha dado ha sido comprado y pagado á dinero, que los operarios que le han cultivado y recogido han recibido su salario ó jornal tambien en dinero, y que sucede lo mismo al carretero que los lleva al mercado, en el cual el mismo consumidor tiene igualmente que pagarlos con dinero; y si hablamos de los productos de la industria no podremos negar que los inmensos edificios en que se fabrican, se han levantado á fuerza de brazos que solo el dinero ha puesto en movimiento. Con dinero hay que comprar las primeras materias á que se aplica la mano del hombre, y esta misma mano, cuyo trabajo es preciso recompensar, se pone siempre en movimiento tambien por el dinero. Por último, cuanto ella crea, el dinero lo compra, el dinero lo almacena, el dinero lo divide, y el dinero lo transporta hasta el mercado, á donde el consumidor va tambien con el dinero á dar fin á esta serie de transacciones, en que sucesivamente aparecen de nuevo la cosa producida y el dinero que la paga.

Ya se considere el dinero como medio de consumo, ya como medio de produccion, el resultado es siempre el mismo. En la mano del que trabaja, el dinero es medio de pro-

duccion, y en la del que gasta, es todavía mas; es el mandato de producir, porque se manda producir, se obliga á producir siempre que se tienen medios para pagar la produccion. Es pues de tal naturaleza la utilidad de la moneda, que ni el consumidor ni el productor pueden ya nada sin ella, y que teniéndola, todas sus facultades duplican su actividad. El dinero pues concurre á la creacion de todas las cosas, en cuya abundancia consiste la riqueza; y ademas es por sí mismo una riqueza, puesto que sin él no es posible crear ni consumir cosa alguna.

En el estado actual del comercio, ningun género, ningun producto de la industra puede hacer las veces del dinero. Si hasta cierto punto, como veremos mas adelante, las instituciones que el crédito ha fundado proporcionan medios de reemplazar el dinero, solo lo consiguen creando una moneda ficticia: esta hace, á la verdad, los oficios de la verdadera; siempre es pues una moneda.

Sobre nada se ha disputado mas que sobre la utilidad del dinero como riqueza por sí y como elemento de la riqueza de los estados. El segundo libro de esta obra, en que me propongo tratar de la influencia del dinero sobre la reproduccion, contribuirá, segun espero, á desvanecer todas las dudas. El dinero enriquece á los particulares porque les proporciona los medios de procurarse una

renta: y enriquece al estado porque multiplica las permutas, y por medio de las permutas la reproduccion. Son estos dos efectos que en nada se parecen uno á otro. ¿Los han confundido los gobiernos? ¿Han podido persuadirse alguna vez que el dinero enriquece á los estados del mismo modo que á los particulares? Nó; y lo demostraré evidentemente. Mientras llega este momento decimos que la invencion de la moneda ha fijado el idioma del comercio, si no creando el comercio mismo, á lo menos su principal instrumento. El comercio tuvo su orígen en la dificultad que los trabajadores encontraban en convenirse entre sí al tratar de permutar sus propios productos por los agenos. El resultado indirecto del comercio es ciertamente multiplicar los productos; pero su objeto inmediato es reunirlos despues de creados, trasladarlos cerca del consumidor, y ofrecerlos en abundancia y con mucha variedad para que en todo tiempo y lugar se provea fácilmente.

La invencion de la moneda ha originado pues entre los que producen y los que consumen una infinidad de relaciones nuevas, á que ha sido indispensable dar tambien nombres nuevos, y por tanto es importante conocer esta lengua. Llamase agricultura al trabajo que se emplea en la tierra, y al que se ejerce sobre los productos de la tierra

trabajo de las fábricas ó de las manufacturas, esto es, fabril ó *manufacturero.* El comercio comprende en sus grandes especulaciones asi los productos de la tierra como los de las fábricas porque se apodera de ellos, los proporciona al consumidor y los transporta de un paraje á otro. El que los reune y reserva para el consumidor ha tomado el nombre de comerciante. Ya no se hacen pues las permutas en especie: el comerciante vende y el consumidor compra; pero siempre es una mercancía lo que compra, y siempre la paga con moneda (1).

Por manera que en el mismo momento en que la plata se convirtió en moneda, se convirtió tambien en mercancía todo producto del trabajo, porque, en realidad, solo desde aquel momento se han podido vender los productos, regatear, comprar y pagar; cosas todas que suponen la existencia de la moneda, y por cuya razon la mercancía ya no es moneda, asi como la moneda tampoco es ya mercancía. Aqui no hago mas que indicar estas verdades fundamentales, porque volveré á tratar de ellas mas adelante.

(1) Me persuado que no se me objetará lo que sucede en la costa de Africa, en donde todavia se hacen algunas permutas en especie, á no ser que se quiera fundar una regla sobre lo que en realidad es una escepcion á ella.

CAPITULO V.

De los diversos sistemas de economía política.

Ya hemos visto que la tierra, el trabajo y la moneda, son los tres elementos fundamentales de la riqueza de los estados. Se puede valuar la influencia relativa de cada uno de ellos; pero jamás debe el entendimiento considerarlos aislados, pues no existe nacion alguna en la que no se hallen íntimamente unidos; lo cual prueba que se apoyan mútuamente, y sobre todo que son absolutamente indispensables.

Con efecto, un pueblo rico por su terreno, careceria de cuanto necesita para vivir si con su trabajo no fecundase la tierra; y aun siendo ya trabajador, tendria una industria transitoria y débil si por medio de la adopcion de la moneda no hubiera sabido facilitar la permuta de cuanto produce. Y asi la tierra, el trabajo y la moneda son no solo los elementos creadores de la riqueza nacional, sino que son unos elementos forzosos, indispensables, y sobre todo inseparables, pues no es posible suprimir ninguno sin que al momento se sofoquen en el pueblo los progresos de todas las facultades creadoras.

Como estos tres elementos de la riqueza

de las naciones se auxilían mutuamente, se puede, considerándolos en abstracto, ver en cada uno de ellos el elemento por escelencia, y tener al que se haya reputado mas importante por fundamento ó basa de un sistema, en que hará el papel de elemento único. Cada uno de los tres será elemento único, pues considerados asi, no tendrian sin el otro ninguna influencia, ó apenas se percibiría, y de este modo tendremos por riqueza aisladamente ya la tierra, ya el trabajo, ya la moneda. Las consecuencias que de estos principios vayamos deduciendo serán unas veces justas, y otras erróneas; pero sean erróneas ó justas, siempre se habrán deducido de un principio cierto; y todo el error procederá de haber considerado por verdad absoluta lo que no pasa de la clase de una verdad puramente relativa.

Lo que he presentado en el párrafo anterior como una suposicion, existe en realidad, y todos los escritores que han tratado de la riqueza de los estados, se dividen en tres clases: unos tienen por único elemento de la riqueza á la tierra; y estos son los economistas franceses: otros, como los economistas ingleses, sostienen que la riqueza consiste únicamente en el trabajo; y por último, estas dos clases de escritores se empeñan en impugnar á otra tercer clase mucho mas antigua, que defiende, segun ellos pretenden,

que la riqueza consiste únicamente en el oro y la plata. Tal es el estado actual de la ciencia económica en Europa; y como vemos, no ha hecho grandes progresos, pues todavia no presenta una sola verdad, aun de las elementales, en que todos convengan. Esta discordancia tiene muy molestas consecuencias, y entre òtras la de suscitar mil trabajos, y embarazos, de que no tendria que ocuparse la administracion pública si hubiese unidad de doctrina. Acaso se ha prolongado esta discordancia solamente porque una vez adoptado cualquiera de estos sistemas, se ha creido preciso impugnar y desechar los otros, cuando hubiera sido mas útil investigar lo que cada uno tenia de bueno, y procurar si fuese posible conciliarlos entre sí. Habiéndome convencido de que todos estos sistemas se fundan en una verdad relativa, he conseguido esplicarme cómo es que conducen á consecuencias diferentes. Tratase de una cuestion que se presenta bajo de tres aspectos, y si se prescinde al examinarla de uno de los datos del problema, forzosamente resultarán tres soluciones, en vez de que examinados simultaneamente todos los datos, no habrá mas que una sola y única solucion; y en este caso de tres verdades relativas, habremos hecho una sola verdad absoluta; y la teoría será completamente buena, porque se ha tenido presente cuanto puede servir para

fundaria, y muy principalmente porque estará conforme con los hechos y con la esperiencia de los pueblos.

Asi es que los economistas franceses que consideraban á la tierra como riqueza única, sacaron la consecuencia de que era perjudicial toda contribucion que no se cargaba inmediatamente sobre la tierra. Esta doctrina prevaleció al cabo de treinta años de disputas, y ocasionó la supresion repentina de todos los impuestos indirectos, á los cuales ha sido preciso recurrir de nuevo, y este ensayo nos ha costado lo bastante para que no se vuelva á intentar. Podriamos abstenernos de manifestar los peligros del sistema económico frances, si no hubiesen sobrevivido algunos de los errores que habia canonizado. Mas adelante tendré ocasion de indicarlos, y ahora empezaré refutando el principio en que se funda todo este sistema.

El trabajo, como ya hemos dicho, considerado en general, se ejercita ó sobre la tierra, ó sobre lo que ella produce. El hombre que ejerce su industria sobre la tierra, saca de ella un producto que le suministra lo que para su sustento ha menester, y ademas otros productos que entregá al propietario de la tierra: esto ultimo no es resultado de trabajo alguno, ni reintegro de antipacion alguna, ni de un consumo; es el *producto líquido* de los economistas.

Aplicado á las cosas que se sacan de la tierra, el trabajo da tambien al que se ocupa en él un producto que le mantiene; pero ninguna otra cosa. Aquel valor que el tejedor aumenta al hilo cuando le convierte en lienzo, es el reintegro de las cosas que consume, mientras se halla en el telar la pieza de lienzo que está fabricando. Es un valor sustituido á otro valor, y aqui no hay producto líquido para nadie.

Quesnay fue el primero que creyó observar esta diferencia, y sorprendido de ella, la convirtió en fundamento de un sistema. Se calificó de estéril el trabajo de las manufacturas, ó sea fabril, y se tuvo por cosa evidente que esta clase de trabajo no podia aumentar en lo mas mínimo la riqueza de los estados: se graduó de inútil, contra lo que antes se habia creido, cuanto se habia hecho para fomentar la industria, y con mayor razon se condenaron todas las trabas puestas á la introduccion de los productos de la industria estrangera, reputando necia y absurda la política de las naciones modernas en esta parte. *Dejar hacer, dejar introducir* fue el gran precepto, la regla única de conducta que debian seguir los gobiernos; y si querian adoptarla y por añadidura agregar el beneficio de la única contribucion, les hubiéramos debido muy pronto gozar de un nuevo siglo de oro.

Los hombres de sana razon no tuvieron que aguardar las lecciones de la esperiencia para conocer que esta teoría era tan falsa como peligrosa; pero al impugnarla combatieron mas sus consecuencias que sus principios. Defendieron á los artesanos, á los cuales no se podia con razon graduar de estériles, y mucho menos equipararlos con los criados, como lo hacia esta escuela. Manifestaron ademas cuanto importa la conservacion de la moneda, de la cual tampoco hacian aprecio los economistas. Y por último, clamaron sobre todo contra la única contribucion, que segun este sistema, habia de aumentar el producto líquido de los propietarios, cuando en realidad no hubiera hecho otra cosa mas que destruirlos, pues vemos que en Inglaterra, por ejemplo, las rentas de los propietarios territoriales reunidas no llegan ni con mucho al valor total de las contribuciones que cobra el gobierno.

Esta reflexion no tenia réplica. Como el producto líquido de todas las tierras de un país no es siempre igual á las contribuciones que se exijen al mismo país, era indispensable que contribuyesen otras clases ademas de los propietarios. Era pues evidentemente cierto, por una consecuencia natural, que la contribucion no grava esclusivamente á los propietarios de tierras, y por lo mismo el producto líquido no es mas que una distincion

falsa en teoría, puesto que en la práctica es un absurdo.

El producto líquido de los economistas es sin embargo una cosa real y efectiva, si se prescinde de la propiedad de la tierra, es decir, de lo que cuesta adquirirla. Al contrario, si se toma en cuenta la propiedad como es debido, cuando se trata de los intereses de las naciones civilizadas, el producto líquido de la tierra no es mas que el beneficio del capital con que se pagó la tierra. Bajo este nuevo aspecto, todo capital puede dar un producto líquido, y todo producto líquido procede de un capital: en otros términos, el producto líquido no es mas que el alquiler de una cosa que se posee, y cuyo goce ó beneficio se cede. El interes del dinero es un producto líquido: el que posee una máquina, una fábrica, un molino, y los alquila ó arrienda, saca tambien un producto líquido: lo mismo sucede si se cede el derecho de caza ó pesca, ó cualquiera otra cosa de esta naturaleza; y nótese bien, que estas clases de *productos líquidos* son exactamente semejantes al de los economistas. Todos estos productos forman una renta, que no es reembolso de anticipaciones, reintegro de consumo ni salario alguno: no es, en todo el rigor de este sistema, otra cosa mas que el producto líquido que tanto preconiza.

Si suponemos un pais enteramente nuevo, en donde las tierras pertenecen al primero que se apodera de ellas, aqui desaparece el arriendo y con él el producto líquido; porque es falso que en este caso puedan los labradores encontrar en la venta de sus géneros mas que salarios y beneficios. No me cansaré de repetirlo: el producto líquido es inherente á la propiedad, á cualquier especie de propiedad que puede cederse, y á cuyo uso puede ponerse precio: existe en todo género de industria. Y por haber creido, erradamente, que solo la tierra daba un producto líquido, incurrieron los economistas en el error de considerarla como la única riqueza: he aqui el vicio fundamental de su doctrina.

Los economistas ingleses tienen por cabeza á Smith, el cual, al parecer, solo escribió para tender un lazo á todas las naciones européas. Muchos, que hablan de Smith sin haberle leido, se imaginan que es el mas valiente defensor del sistema administrativo inglés, y se engañan grandemente. La administracion inglesa es esencialmente prohibitoria, y Smith impugna las prohibiciones. La Inglaterra se va apoderando insensiblemente de todos los mercados de Europa, fomentando por medio de primas la esportacion de los productos de su industria; y Smith tambien está contra las primas. La Inglaterra debe los progresos de su marina á la famosa

acta de navegacion; y Smith álaba y critica alternativamente dicha acta. Y asi es que en Inglaterra los encargados de la administracion pública no aprecian en nada la doctrina de Smith, y admiran que sea tan aplaudido en el pais que ha producido á Colbert, este detractor suyo.

Hasta el principio de la revolucion era casi desconocido Smith en Francia, aunque habia publicado su obra de la *riqueza de las naciones* en 1776. Diéronle nombradía los economistas franceses, á quienes impugnó, aunque lijeramente, complacidos de hallar en la obra de Smith, ya que no su propia teoría, á lo menos sus mas principales consecuencias; y en esto manifestaron habilidad y reconocimiento; habilidad porque solo este medio les quedaba para sobrevivir á Smith, y reconocimiento porque este escritor, al paso que los impugna, les prodiga los elogios mas pomposos, pues llama á Quesnay *autor ingenioso y profundo, y á sus discípulos personas de gran talento y saber*, y dice *que su sistema es tan noble como generoso.* Los contemporaneos no han tenido á bien confirmar estos magníficos elogios, ni aun respecto al talento y al saber; y es innegable que hoy dia apénas se lee ya escrito alguno de cuantos publicaron los economistas franceses.

Cuando apénas tenia ya partidarios esta doctrina, vieron los economistas franceses un

medío de conservar su crédito constituyéndose apologistas de Smith, cuya escuela apoyaron, ó mas bien fundaron en Francia. Anunciáronle como un grande hombre; se les creyó porque ellos lo decian, y esto es mucho mas fácil que leer á Smith, escritor difuso, pesado, oscuro, y por consiguiente fastidioso en sumo grado; pero los que han tenido la paciencia de leerle, se han guardado bien de confesar cuanto la han ejercitado. Nadie quiere pasar por tonto; y cuando se lee un autor que se ha hecho célebre, el lector modesto que no le entiende, lo atribuye mas bien á torpeza propia que á la oscuridad del libro. Mas no por eso deja de citarlo, venga al caso ó no venga, aunque no sea mas que para hacer ver que le ha leido, sin curarse de si manifiesta al mismo tiempo que no le ha entendido.

El que dude de que asi es como se ha estendido en Francia la reputacion de Smith, no tiene mas que ver las innumerables obras económicas publicadas de 30 años á esta parte; y le ruego que observe que ni en una sola dejan de citar á Smith como una autoridad, aun aquellos mismos escritores cuya teoría es mas opuesta á la del escritor inglés.

Los puntos capitales de la doctrina de Smith son: que el trabajo es lo único que crea la riqueza; que el gobierno jamás puede con su influencia multiplicar los produc-

tos; que las prohibiciones, los privilegios, las primas son invenciones de un sistema mezquino, evidentemente contrario á la naturaleza de las cosas, y por consiguiente al aumento de la riqueza de los pueblos: que es preciso fiar al interes particular el cuidado de decidir qué es lo que conviene mas para el interes general; que el dinero es siempre una mercancía; que ninguna nacion debe aflijirse por la salida del dinero, porque cuando hace falta, se compra ó se reemplaza con papel, ó si no se suple por medio de las permutas en especie; y por último, que cuantos ministros, sin escepcion alguna, han dirijido bajo otros principios la administracion comercial de trescientos años acá en las naciones modernas, han sido unos ignorantes, indignos del distinguido cargo que se les habia confiado y de la celebridad que algunos de ellos han conseguido.

Pero continuemos la parte histórica de las tres escuelas en que he distribuido los escritores que han tratado de la riqueza de las naciones. La escuela de que me falta hablar no admitia otra riqueza que el dinero. Esta escuela se hubiera aproximado mucho á la verdad si solo hubiera considerado en el dinero la influencia que ejerce sobre la produccion. En este caso se reduciria la cuestion á examinar si se ha dado demasiado valor á esta influencia; si es cierto, segun lo sostienen

las otras dos escuelas, que nunca puede perjudicar á las naciones la escasez de moneda &c.; y aun cuando estos dos puntos de controversia se decidiesen afirmativamente, no por eso se habria de inferir que la escuela administrativa haya desconocido las verdaderas fuentes de la riqueza pública. Solamente podria inferirse, que fundándola en la abundancia de las cosas consumibles, es decir, en la tierra y en el trabajo, daba á la intervencion de la moneda una influencia estremada; y estaria aun muy lejos de merecer las tachas de ignorancia, ineptitud y barbarie con que la desacreditan los escritores de las otras dos escuelas, que dudosas al parecer de la bondad de la causa que defienden, creen que la mejoran atribuyendo á sus contrarios principios absurdos que jamás han profesado.

El marqués de Mirabeau tenia tan alto concepto del doctor Quesnay, que no duda en considerar su *cuadro económico* como uno de los tres mayores descubrimientos que se han hecho desde el principio del mundo. Smith, aunque libre de esta ridícula infatuacion, dice no obstante, que el sistema de los economistas es el que mas se aproxima á la verdad, porque segun él, no consiste la riqueza de las naciones en los metales preciosos, sino en las cosas de consumo que anualmente se crean ó reproducen. Tambien á su

vez es Smith objeto del entusiasmo de sus discípulos, no solo por haber dicho que la riqueza consiste en otras cósas que en el oro y la plata, sino por haber sido el primero que señaló su verdadero orígen en el trabajo. De este modo *sale brillante la ciencia económica de las tinieblas en que la sumergiera la familia mercantil; y la posteridad será deudora á Smith de que por este gran descubrimiento sea esta ciencia la mas bella de los tiempos modernos.*

Ni se crea que este tan magnífico elogio está sacado de algun libro oscuro, ni de uno solo; hállase en cuantos libros se han escrito sobre la administracion en estos treinta años últimos. Es preciso poner en su verdadero lugar una exageracion que no depone mas en favor de nuestro entendimiento que de nuestra instruccion, y restituir á nuestros antiguos administradores el concepto de racionalidad, de que con injusticia suma se les ha despojado.

Enrique IV deseaba que no hubiese en su reino un solo aldeano que no pudiese *poner en su puchero una gallina los domingos*; afectuosa espresion del mejor de los reyes de Francia. Sabia muy bien que no era posible conseguirlo sin disminuir el número de gentes ociosas que inundaban los lugares. Por esto se empeñaba tan ardientemente en el establecimiento de las fábricas que Sully con-

sideraba bajo otro aspecto. "*No sé*, le dijo un dia, no sin desagrado, *por qué capricho os oponeis á un proyecto capaz de enriquecer el reino, desterrando la ociosidad del pueblo* (1)." Disminuir el número de los ociosos de un pais, enriquecerle desterrando del pueblo la holgazanería, es ciertamente, segun yo lo creo, considerar el trabajo como uno de los primeros elementos de la riqueza pública; y seria de ver que yo presentase á Enrique IV como el verdadero autor de *este grande descubrimiento*, si no supiésemos todos que es tan antiguo como el mundo.

Al mismo fin se han dirijido constantemente los esfuerzos de este Monarca, y de todos los ministros que desde Sully han estado al frente de los negocios. El decreto de 1601 sobre la reduccion del interes (repárese bien en las fechas) se funda en la necesidad de volver los capitales á la agricultura y á las fábricas, porque muchos *de nuestros vasallos prefieren vivir de sus rentas y ociosos en las ciudades*. En otro segundo decreto de diciembre de 1665, tambien sobre la reduccion del interes, se dice que es para *multiplicar los medios de trabajar*, haciendo que se apliquen al comercio las sumas que inútilmente se invierten en imposiciones. El mismo espíritu ha dictado igualmente el decreto de agosto

(1) Mem. de Sully, lib. 16.

de 1669; y son muy dignas de atencion en él las espresiones siguientes. "Como el comercio es el fecundo manantial de la abundancia en los estados *á proporcion de la industria y del trabajo de los súbditos &c.*" Otro decreto de 1670 abrevia las formalidades de los procesos, con el fin de que *los litigantes vuelvan á su trabajo.* El de 1701, en que se bajaron los derechos de aduanas, empieza de este modo: "queriendo *procurar mas ocupacion y trabajo á los artesanos.*" En todos se trata de aumentar los productos del trabajo, y este aumento ha sido siempre el objeto de la administracion.

Desde Enrique IV por lo menos, es pues en Francia una verdad vulgar la opinion de que el trabajo es el creador de la riqueza, y asi es que no hay escritor alguno antiguo que no le considere como fundamento de su doctrina. Aun en los libros mas despreciables se halla esta verdad: á tal punto era usual y corriente. En la indigesta compilacion que se publicó en 1756 con el título de *Intereses de la Francia mal entendidos*, obra en que hay ciertamente tantas contradicciones como páginas, disparata su autor sobre todos los principios, á escepcion de este: de la *suma del trabajo general* (1), dice, *depende la riqueza de la república. No se hacen los esta-*

(1) Tom. 1. pág. 174.

dos superiores unos á otros sino á proporcion que esta suma es mayor; y ella decide de la grandeza y anonadamiento del estado. La atencion del ministerio debe pues dirijirse hácia este objeto con preferencia á todos los demas.

Veinte años antes que el escritor citado habia ya Melon sentado el mismo principio: "los estados se hacen poderosos por el núme- »ro de trabajadores que va en aumento en ca- »da profesion (1). Saber hacer con un solo »marinero, un solo mozo de labor, un car- »retero, un artesano, lo que antes no se ha- »cia sino con dos, es saber duplicar el núme- »ro de los ciudadanos; y en este sentido *mul- »tiplicar el número de los trabajadores, y hacer »mas suave el trabajo, es la obra maestra del »saber humano.*"

Forbonnais, escritor mas moderno todavia, pero que alcanzó el tiempo de las doctrinas económicas, y que las impugnó toda su vida, porque preveía lo peligrosas que son, Forbonnais insiste cincuenta veces sobre la necesidad de aumentar el trabajo y de hacerle mas fructuoso. Por los años de de 1767 decia: "No pueden ser consideradas como riqueza la tierra y la industria sino las ponemos en movimiento (2). Son unos bienes que *solo por medio del trabajo* se hacen producti-

(1) Ensayo político sobre el comercio, pág. 96.
(2) Observaciones económicas, tomo 1. pág. 4.

vos (1). Asi pues ninguna otra cosa hay que desear sino el aumento de la *utilidad del trabajo y de la produccion* (2)."

Si de todas estas citas, que pudiéramos aumentar infinitamente, no resulta que mucho tiempo antes de Smith teniamos ya ideas exactas acerca de lo que constituye la riqueza, habrá que renunciar á demostrar cosa alguna. Hallando Mr. Say bastante particular que el abate Galiani, en no sé qué libro oscuro haya representado el trabajo como el creador único de las riquezas, pregunta si habrá tomado de aqui Smith uno de los fundamentos de su doctrina; sin reparar que esta misma doctrina de que el trabajo crea la riqueza, hace mas de tres siglos que forma la parte esencial de nuestros decretos y de nuestras obras sobre la administracion pública. He aqui otro ejemplo todavia: "En ningun pais es mas rigurosa que en España la prohibicion de la extraccion del numerario; y sin embargo, de ninguna parte se estrae tanto; y á pesar de la abundancia con que entra alli el oro y la plata, *la pereza de sus habitantes* la hace una de las naciones menos ricas de Europa." Este testo está sacado del informe general sobre hacienda que se leyó en el consejo el dia 17 de junio de 1717, ciento cuatro años ha-

(1) Observaciones económicas, tom. 1. pág. 10.
(2) Idem, tomo 1. pág. 134.

ce (1). Vemos pues que nuestros administradores no se contentaban con sostener que el trabajo crea la riqueza, sino que añadian que sin el trabajo cualquier pais, á pesar de la abundancia del oro y de la plata, será de los menos ricos de Europa: ¿y á quién hablaban de este modo? Al Soberano, á quien no le decian por otra parte una cosa nueva, pues ya entonces, y aun mucho antes, poseía la administracion estas verdades que la esperiencia habia hecho usuales.

Mr. Say hace en su discurso preliminar una larga enumeracion de los escritores anteriores á Smith que han tratado de la economía política. De todos habla con poquísima consideracion, sin esceptuar á Montesquieu, á quien acusa (¿quién lo creería?) de no haber tenido idea alguna de la naturaleza y del orígen de la riqueza. Aparece por último Smith; y á la verdad que si es tan grande como se supone su superioridad, no dejará de sorprender á todos el modo de presentarle en la escena: veámoslo.

«En 1776 publicó Adan Smith su obra »titulada: *Investigaciones sobre la naturaleza y »las causas de la riqueza de las naciones.* De»mostró que la riqueza consiste en el valor »permutable de las cosas; y que es tanto ma-

(1) Véase su fecha en la grande obra de Forbonnais sobre la hacienda de Francia.

„yor la riqueza de cualquiera, cuanto ma-
„yor es el número de las cosas que posee,
„que tengan valor; y que como el valor
„puede darse, añadirse á una materia; pue-
„de la riqueza crearse, fijarse en cosas que
„antes no tenian valor, y tambien conservar-
„se, acumularse y destruirse.

„Examinando qué es lo que da á las co-
„sas este valor, halla Smith que es el trabajo
„del hombre... Desde este instante el oro y
„la plata amonedados no son mas que una
„porcion, y esa muy pequeña, de nuestras
„riquezas (1)."

¿Y qué? ¿son estos los principales derechos de Smith á la gratitud de la posteridad? ¿Es á Smith á quien somos deudores del descubrimiento de que no habria riqueza si no fuese por el trabajo del hombre? ¿Nos ha revelado él que la riqueza no consiste en el oro y la plata? Fabricantes todos, que no sacais beneficio de vuestra industria sino porque el trabajo crea valores, ¿ignorariais acaso esta primera calidad del trabajo sino hubiera venido Smith á descubrirosla? ¿No sabriais sin él que los valores pueden acumularse, conservarse, y destruirse? ¿No os imaginabais que sereis tanto mas ricos cuantas mas sean las cosas que poseais y que tengan valor? Y despues de presentar á nuestro respe-

(1) Tercera edicion, discurso preliminar, pág. 44. Cuarta edicion, idem pág. 47.

to estos descubrimientos tan preconizados, esclama Say lleno de admiracion: "cuando se »lee á Smith con la atencion que se merece, es imposible dejar de conocer que antes »que él escribiese no existia la economía po»lítica."

Cualquiera lector imparcial puede graduar qué aprecio merece una exageracion que quiere hacer pasar por descubrimientos modernos del ingenio unas verdades triviales en todas partes; y este furor de acusar á la administracion de que siempre ha hecho consistir la riqueza en los metales preciosos, cuando está ya demostrado que hace mas de dos siglos que asi todas sus doctrinas como todos sus esfuerzos conspiran al aumento de los productos del trabajo; porque *la plata sin el trabajo no obsta para que los estados permanezcan pobres.* Los escritores de la escuela económica han calumniado sin duda alguna á la administracion, y para hacerse célebres, y para manifestar la inmensidad de sus servicios, no han reparado en decir: he aqui las tinieblas en que estabais antes de venir nosotros al mundo. Pero ellos son los que han supuesto las tales tinieblas, que son una invencion de su ingenio. Esto es lo que he querido demostrar en este capítulo, y no habré dejado de hacer algo si, como creo, queda ya fuera de duda un punto tan importante.

CAPITULO VI.

Del trabajo intelectual y de los productos inmateriales con respecto á la riqueza.

El hombre, ser material é intelectual, tiene dos naturalezas diversas; esto es lo que le diferencia de los brutos, y por lo que deberia haberse desechado con aversion toda idea ó pretension de asimilarle aun fisicamente con los animales. Al considerarle haciendo abstraccion de su noble orígen, se le ha colocado, sino me engaño, entre el mono y el murciélago. ¿Y qué es lo que ha ganado el hombre en tales comparaciones? ¿Y qué juicio formaremos de la ciencia si nos conduce á tan melancólicos resultados?

El atributo mas escelente que el cielo ha dispensado al hombre es el de las facultades intelectuales. Siempre y en todo aquello en que el hombre ejercita su entendimiento, desempeña un ministerio noble; y el trabajo intelectual es el trabajo por escelencia: ni seria dificil hacer ver que aun en los productos mas groseros de la industria, la invencion es obra del entendimiento, y que este ha hecho siempre mas que la mano.

Hácense todavia mucho mas importantes estas verdades cuando se contraen al orden social. ¿A qué debe su orígen? ¿qué le sostiene? ¿qué le perfecciona? El entendimien-

to. ¿Y qué le trastorna? la fuerza material. El órden social no es mas que el triunfo del entendimiento sobre la fuerza, ó por mejor decir, la sumision natural de la fuerza al entendimiento con la mira del bien de ambos; y las revoluciones, de cualquier especie que sean, deben siempre su orígen á un trastorno de estas dos potencias que sucesivamente gobiernan el mundo.

La preeminencia de la cabeza sobre el brazo es el fundamento de la civilizacion: todos los pueblos le han reconocido y reverenciado; y siempre y en todas partes, el grado de inteligencia que presupone cualquiera profesion, es la medida de la consideracion ó aprecio de que goza. Este modo de apreciar los trabajos de la sociedad no solo es exacto moralmente, sino tambien en sus relaciones con la riqueza propiamente tal, porque como no puede negarse que la riqueza es la facultad de subvenir á todas las necesidades, basta que los pueblos tengan necesidad de los productos inmateriales, para que la creacion de estos productos sea tambien una riqueza, y la primera de todas cuando se trata de la conservacion moral de la sociedad ó del individuo. En el estado actual de la sociedad, vive el hombre una vida doble: goza y padece con el entendimiento y con el cuerpo, cualquiera que sea su clase ó condicion, porque a todos ha sido concedido el don de la palabra. Necesita pues, si es permitido de-

cirlo así, operarios para las necesidades de su espíritu como los ha menester para las de su cuerpo; y he aqui el orígen de tantos productos inmateriales, de cuya utilidad no es posible dudar, cuando hay consumidores que los solicitan y los pagan. ¿Se creerá rico, ni podrá decir que nada le falta el hombre que inquietado en la posesion de unos bienes que otro le disputa, no tiene un abogado que pueda ayudarle á hacer valer su derecho desconocido; ó si herido por la espada del enemigo defendiendo su patria no encuentra una mano diestra que le cure la herida y le libre de la muerte que le amenaza? Y porque ni el abogado ni el cirujano crean cosas materiales, cosas que duren, ¿habreis de sostener que estas profesiones son gravosas al pais, y que jamás en vuestro dictámen aumentarán su riqueza?

Tal es positivamente la doctrina de Smith. Este escritor distribuye en dos clases todos los que trabajan en una nacion: los productos que crean son, ó materiales ó inmateriales; materiales si se trata de cosas palpables, susceptibles de duracion; inmateriales si el objeto creado se consume apénas se produce, como la consulta verbal del abogado ó del médico, la leccion de un catedrático en su escuela, el discurso de un ministro en el parlamento. De estas dos clases de productos, solo los primeros contribuyen á la ri-

queza de la naciones. El trabajo que crea productos inmateriales es un trabajo estéril, que Smith infama consiguientemente con la denominacion de trabajo infructuoso.

De donde se infiere que todo trabajo que depende del ingenio del hombre, de su fuerza moral, debe reputarse por nada como riqueza; y que á este trabajo se deberá preferir por necesidad la industria del leñador, solo porque puede mediar una ó dos horas entre el momento de atar su carga de leña y el de ponerla en el horno. Resultará tambien (y este despropósito notado ya es mucho mas chocante) que habrá que graduar del mismo modo y colocar en el mismo predicamento al cómico y al sacerdote, al titerero de la plaza en su tablado, y al ministro de estado en el parlamento: comparaciones que con solo indicarlas bastan para condenar el libro que las autoriza, porque toda doctrina que degrada al hombre como ser inteligente, es inútil á la sociedad, y debe desecharse por falsa y peligrosa (1). Pero la distincion que

(1) Smith coloca en primera línea entre sus trabajadores estériles al Monarca, á todos los magistrados civiles, á todo el ejército y á la marina, y despues añade: "deben tambien colocarse en la misma »clase alguna de las profesiones mas serias y mas im»portantes, algunas de las mas frívolas; los eclesiás»ticos, los curiales, los médicos, los literatos de to»da clase, como tambien los cómicos, los titereros, los músicos, los cantores, los bailarines de la opera."

hace Smith entre los productos materiales é inmateriales del trabajo es directamente contraria á su mismo sistema, segun el cual consiste la riqueza en la abundancia de las cosas que se consumen. ¿Y son cosas que se consumen los productos del trabajo inmaterial? He aqui toda la cuestion; y á mi modo de ver, presentada asi se podrá resolver con facilidad.

No solo son cosas consumibles los productos del trabajo inmaterial, sino que la mayor parte de ellos, gracias á los progresos de la civilizacion, son de una necesidad tan universal como imperiosa, pues la falta de ellos en cualquiera nacion haria carecer á esta de una cosa necesaria y seria por consiguiente una señal evidente de pobreza.

¿A quién se podrá persuadir que un enfermo no preferirá las visitas de su médico, á este ó el otro mueble, bien material, que puede comprar mas barato, y aun legarle á sus viznietos?

(*Smith traduccion de Garnier*, *tom* 2. *pág*. 313). No trato de acusar á Smith ni á sus sucesores de que hayan querido con estas comparaciones menguar en lo mas mínimo el respeto que se debe al ejercicio de los cargos mas distinguidos del orden social ¿Pero por eso se desconoce acaso menos en esas espresiones el respeto que se debe á la decencia publica? ¿Se ofende menos á la justicia? Y si ademas esta parte toda de la doctrina de Smith fuese completamente falsa, aun en economia política, ¿qué censura no mereceria el autor? Pero esto es lo que voy á examinar. *Nota de la segunda edicion.*

¿Y será mayor el bien estar de los habitantes de un pais porque la nacion posea grandes almacenes de productos materiales? Para graduar este bien estar, ¿no habremos de hacer algun caso del concepto que forman los mismos interesados? y si como nadie puede ponerlo en duda, hay algunos de estos productos inmateriales que son de un precio inmenso para la mayor parte de los hombres, ¿no es evidente que son, como todos los demas, una conquista hecha á la ociosidad, y por consiguiente un elemento nuevo de prosperidad para los pueblos, cuyos trabajadores serán mas en número, y cuyos consumidores estarán mas provistos de cuanto han menester? . . . .

Asi el médico que me vuelve la salud con sus remedios ó me alivia mis males con su cuidado, el abogado que defiende el derecho que se me disputa, el catedrático que me instruye en los secretos y en las bellezas de la literatura estrangera; todos estos creadores de productos inmateriales contribuyen á la riqueza pública tanto como el carpintero con su obra; pues aquellos por su industria se proporcionan medios de existir como éste, y aun mejor; lo que les pone en estado de poder proporcionar la subsistencia á otros; y acaso el carpintero mismo es el primero que á no ser por ellos moriria de hambre.

Para decir, pues, si contribuye ó no á la

riqueza pública, jamás es necesario examinar á qué profesion está dedicado el que trabaja. Basta saber que su industria le da los medios de subsistir honradamente; y debe tenerse por riqueza lo que anualmente gana.

Y por lo tanto se colocarán en la misma categoría el arquitecto, el pintor, el fabricante, el médico, el abogado; y nada mas racional, pues deben á su trabajo los medios de proveer decentemente á sus propias necesidades y á las de su familia, y de contribuir en union con todas las demas clases de la sociedad á la defensa comun, ya con su persona cuando peligra la seguridad del estado, ya con su dinero para mantener la fuerza pública.

Se reputará asimismo por trabajador útil al criado, porque el estado de doméstico es tambien una profesion, una especie de industria, la mas ínfima de todas si se quiere; pero por la cual muchos subsisten, y esto solo basta para que el administrador no la desestime en el cálculo de la riqueza del pais.

¿Y por qué se ha de tener por menos productivo el servicio de un criado que el de un artesano? ¿No me es permitido llamar á mi casa á un artesano para que trabaje en su oficio en mi servicio? y si puedo ocuparle de este modo, ¿quién me disputará el derecho de quitarle de la mano el escoplo para que en su lugar tome el cepi-

llo, y limpie mis vestidos? ¿Qué diferencia hay entre este hombre, cuando se ocupa en hacer muebles para mi servicio, y cuando con el mismo objeto sacude y limpia mis vestidos? ¿Quién puede ver aqui otra cosa mas que dos géneros de industria igualmente útiles al que las ejerce, y que contribuyen igualmente á la riqueza general, puesto que yo que los pago, hallo que tambien contribuyen á mi comodidad?

Lo único que diferencia los productos inmateriales es su carencia de duracion; pero jamas es la duracion de un producto la medida de su utilidad y de su valor. Un tintero de plomo puede durar diez siglos, y cuesta una peseta; y uno de porcelana cuesta cuarenta, y á veces no dura diez minutos.

El particular que invierte mucho dinero en productos materiales, conserva siempre en su poder un valor cualquiera de que puede formar un capital en caso necesario, cuando de los productos inmateriales una vez comprados, nada se saca. Esta es una diferencia sustancial respecto de los particulares que pueden empobrecerse; pero respecto de una nacion es absolutamente nula, porque ¿qué recursos puede encontrar en una inmensa coleccion de muebles? Asi pues, se arruina para siempre la nacion en que mengua el trabajo, cuando esta diminucion no es efecto de circunstancias transito-

rias. En vano poseerá millones en mercancías, no por eso se dilatará un instante su decadencia. Y por otra parte, ¿en dónde las ha de vender? ¿qué le darán en cambio? ¿y de qué le servirá el precio que por ellas consiga?

La abundancia de espejos, de dorados, de relojes, de pinturas, anuncia que el pais es rico; del mismo modo que en la casa de un particular estas mismas cosas indican la opulencia de su dueño; pero no consiste en ellas: manifiestan sí que tiene una gran renta; pero no son ellas la renta misma, son solo un efecto de la renta, no su causa. Que duren mucho ó poco estos objetos de adorno nada importa. Su valor es el fundamento del aprecio que de ellos se hace, *no porque existe aun el valor, sino porque ha sido creado y pagado, y porque pagándole se ha hecho trabajar y se ha dado de comer á muchas personas.* Y este resultado, el único importante, se verifica tambien en todos los productos del trabajo inmaterial. Asi pues, el trabajo inmaterial contribuye igualmente á la riqueza nacional por el valor de los productos que crea.

El poder y la riqueza de los estados no consiste ciertamente en el gran número de los trabajadores de productos inmateriales; pero siempre este gran número es una señal de la opulencia del pais, porque ordinaria-

mente no abundan sino cuando todos los demas géneros de industria dan ocupacion superabundante á todos los brazos que pueden emplear.

No pretendo negar que pueda ser á veces una señal de decadencia el ansia con que la clase trabajadora prefiere las profesiones inmateriales: mas no hay que buscar la causa de esto, ni en la naturaleza de los productos creados, ni en su duracion, porque depende de razones morales, agenas de nuestro asunto y que me basta insinuar. Es una desgracia que haya en un pais muchos artistas, abogados, cómicos, maestros de música &c., porque su misma multitud hace temer que se envilezca la profesion, y que degenere en un arte mecánico: la multitud de abogados prueba que hay muchos pleitos: la de cómicos que el pueblo ha tomado aficion á diversiones frívolas en detrimento de las costumbres antiguas: y la de maestros de música demuestra haberse sustituido en la educacion las cosas de agrado á las de utilidad. Estos inconvenientes dependen, como ya lo he dicho, de causas agenas de mi asunto; pero seria una grosera equivocacion el inferir de aqui la inutilidad del trabajo inmaterial en general. Aun cuando fuese de desear que fuese menor el número de las gentes que se aplican á las profesiones inmateriales, no por eso dejan de contribuir á la riqueza publica,

y con este género de trabajo puede tambien aumentarse la poblacion, como igualmente todos los demas recursos del estado.

A nadie se oculta que cuando nuestros grandes artistas viajan por los paises estrangeros rara vez vuelven á Francia sin traerse testimonios nada dudosos de la utilidad de su trabajo inmaterial; y el mas famoso evanista que llevase á Inglaterra un surtido de muebles de su fábrica no volveria en verdad con mas guineas que Rode ó Baillot con solo haber llevado el arco de su violin.

No hay pues trabajo alguno estéril, ni puede haberle, porque quien dice trabajo dice produccion (1), y vice versa. El trabajo tiene por objeto directo el bien estar particular del trabajador, y el bien estar del público es una consecuencia inmediata del

(1) Los economistas habian ya aplicado la palabra estéril á todo trabajo diverso del de la agricultura; y á tener una idea exacta del significado de la palabra trabajo, jamás le hubieran regalado el epiteto de estéril. Efectivamente, la idea del trabajo envuelve siempre la idea de produccion, de creacion, y es esto tan cierto que se emplea la palabra trabajo para designar una produccion agena de la voluntad del productor, ó independiente de la cosa producida. En este sentido se dice la *naturaleza trabaja*; espresion metafórica de una admirable exactitud y de la que nadie ha pedido esplicacion. Raya casi en lo imposible observar un raciocinio inexacto sin notarse al mismo tiempo un abuso de palabras. (*Nota de la segunda edicion*).

de los particulares, porque el uno nace del otro. Asi pues, toda profesion que sin ofensa de la moral dá al que la ejerce de que vivir, es como medio de riqueza útil á la sociedad toda. Y es útil porque con esta clase de trabajadores aumenta la sociedad el número de habitantes que se proporcionan una renta con su industria.

Aunque Mr. Say se limita en general á reproducir los principios é ideas de Smith, en este punto se ha separado de su maestro, y despues disiente de sus propios principios, pues con respecto á los produtos inmateriales ha sostenido dos doctrinas enteramente diferentes. Se ha separado de Smith impugnando con mucha razon el epiteto de estériles aplicado á los trabajos cuyos productos se consumen al paso que se crean (1); pero aun entonces defendia con Smith "que toda la industria de los médicos, por grande que sea, toda la de los funcionarios públicos, la de los jueces, abogados, militares, sacerdotes, cómicos, cantores, criados, jamas aumentará en un ochavo la masa de las riquezas sociales." (2). La razon que para esto alegaba Say, y habló solo de la razon económica, era de bien poco peso. "Si bien para el médico su renta es una cosa real (3), esta ren-

(1) Primera edic. tomo 1. pág. 360 y 362.
(2) Idem tomo 2. pág. 164.
(3) Idem.

»ta, igualmente que la de todas las clases que »producen cosas inmateriales, es nula para »la sociedad; porque lo que ganan los mé-»dicos lo han perdido necesariamente otras »personas." Esta palabra *perdido* usada tan fuera de propósito descubria enteramente el vicio de este raciocinio; porque es evidente que el que paga á su médico no sufre una pérdida, sino que hace un cambio, compra un producto. Y esto es lo que cree ahora Mr. Say. "Con respecto al productor de pro-»ductos inmateriales, como el médico y el »abogado, el valor que recibe es una com-»pensacion del valor que él da, que es su »dictamen. Este dictamen es un producto del »talento y del trabajo del médico ó del abo-»gado; trabajo y talento que constituyen su »fondo productivo. Si fuese un negociante el »que comprase estos dictamenes permutaria »alguno de los productos que forman su ren-»ta por otros productos que constituyen la »renta del abogado ó del médico. Verificada »la permuta cada una de las partes consume »por sí los productos que ha adquirido con »su renta propia (1)": y tres líneas despues sienta Mr. Say *que la suma del trabajo anual de todos los particulares forma la renta anual de la nacion*; lo que no deja ya duda de que

(1) Tercera edicion tomo 2.º pág. 58. En la cuarta edicion se ha alterado algo este paso: véase tomo 2.º pág. 80.

Mr. Say considera hoy los productos inmateriales como una cosa que contribuye á componer la renta anual de la sociedad; doctrina enteramente contraria á la que acababa de defender.

Los productos inmateriales que contribuyen á la riqueza general abriendo un manantial de nuevas rentas contribuyen igualmente á ella favoreciendo la acumulacion. Mr. Say y todos los escritores de la escuela de Smith sostienen que no son susceptibles de acumulacion los productos inmateriales (1). Pero aquí es preciso hacer una distincion muy importante, porque si se habla de los productos mismos, no cabe duda en que es imposible su acumulacion, porque el carácter esencial de tales productos es consumirse al paso que se crean. Pero esta simultaneidad de creacion y de destruccion es comun á una infinidad de productos materiales que frecuentemente nacen y mueren en un mismo año, en un mismo mes, y aun muchas veces en el mismo dia, sin que por eso pueda decirse que disminuyen la riqueza nacional. Tampoco observo por otra parte que se acumulen mas los objetos que pudieran durar eternamente; y prescindiendo de aquellos que tienen por primera materia la pie-

(1) Tercera edicion, tomo 2.° pág. 119. 424. Cuarta edicion, tomo 2.° pag. 141. 450.

dra, el mármol ó los metales, lo que se crea en un siglo casi nunca llega al siguiente, ó si llega es sin valor alguno. Si fuese posible restablecer todos los coches que existian en tiempo de Luis XIV, no parece probable que quisiese nadie usarlos: y ciertamente su posesion á nadie haria rico. La acumulacion verdaderamente útil, la que influye en la riqueza pública es la que aumenta los medios de produccion. No se trata pues de conservar ni de amontonar los objetos que la industria produce, sino de convertir en instrumentos ó medios de trabajo los beneficios de otro trabajo anterior, lo cual se consigue por medio de la economía, y bajo ciertas condiciones de que hablaremos mas adelante. Nadie dirá por cierto que es imposible economizar en los productos inmateriales consumidos apénas creados, pues estas economías que ordinariamente aumentan el capital productivo de la nacion, se verifican siempre en dinero, y nada impide al abogado ó al médico que ahorren anualmente del producto de su trabajo ocho ó diez mil francos para invertirlos en operaciones agrícolas ó industriales; y esto es, ni mas ni menos, lo mismo que con los beneficios de su industria hace el fabricante de paños ó cualquier otro productor de objetos materiales; y ocho ó diez mil francos ahorrados fabricando y vendiendo paño son respecto de la nacion exac-

tamente lo mismo que si fuesen el resultado de la economía del abogado en los beneficios de su bufete; sin que haya mas diferencia, y esta en favor del abogado, que la de que su profesion es mas noble, no solo porque se ocupa en la defensa del débil, sino porque esta defensa supone en aquel á quien se pide mas talento que el necesario para tejer el paño y venderle.

Cuando estan bien repartidas las contribuciones no se hace distincion de las clases de trabajo. En Inglaterra el que llegaba á ganar anualmente cincuenta mil francos líquidos, fuese fabricante ó abogado, pagaba de contribucion cinco mil: uno y otro contribuian pues á los gastos públicos en una proporcion exactamente relativa á su renta, y por consiguiente servian ambos á la vez, al al pais y al gobierno. Ambos en efecto habian trabajado de un modo útil para si, puesto que el consumidor los habia pagado; útil para el consumidor una vez que este les habia dado su dinero en cambio de haber satisfecho sus necesidades; y útil por fin al estado porque le daban a titulo de contribucion y en dinero una porcion ó parte del producto de la profesion ó industria que ejercian.

Mr. Malthus define la riqueza *abundancia de los objetos materiales, necesarios, útiles ó agradables al hombre*, y tiene por eso que

reconocer los trabajadores estériles de Smith. Hácelo sin embargo con repugnancia y aun indica otra clasificacion (1) del trabajo con arreglo á la importancia de sus productos; en la cual, si se admitiese, ocuparia el primer lugar la agricultura, la industria fabril y comercial el segundo, y el tercero los trabajadores estériles de Smith, suprimiendo por supuesto el desdichado epiteto de estéril, que ciertamente no puede aplicarse á unas personas que adquieren con su trabajo el bien estar y la subsistencia. No se puede oponer á esta nueva clasificacion ninguna objecion justa; y con todo el mismo Mr. Malthus la desecha al fin; pero las razones que á ello le deciden me parecen de muy poco peso. Ya que se consideran como riqueza los productos inmateriales, ¿por qué, pregunta Malthus, no se han de reputar por productos de esta especie, y tener por riqueza *los esfuerzos que empleamos para refrenar nuestras pasiones*? ¿Por qué? porque estos *esfuerzos* no crean valor alguno que pueda permutarse por dinero. Asi es que el aficionado que canta una aria en una tertulia jamas puede confundirse con el cómico que la canta en el teatro; porque el uno trata solo de divertirse y el otro de ganar su subsistencia: el uno

1 Principios de economía política, tomo 1.° desde la pág. 22 á la 32.

se divierte y el otro trabaja, y la prueba de que el actor trabaja es que el espectador tiene que pagarle al entrar en el teatro y aun antes de oirle. Un producto inmaterial, del mismo modo que un producto material, no es pues riqueza sino cuando posee un valor permutable; y esta línea de separacion entre los productos inmateriales que son riqueza y los que no lo son es tan palpable, tan facil de reconocer, que lejos de ver en ella una objecion, reconozco al contrario su oportunidad.

Mr. Malthus reconoce que los trabajadores estériles de Smith promueven sobre manera la produccion "por la facultad que go»zan de comprar á los verdaderos productores »un valor igual al que ellos mismos han re»cibido en pago." ¿En pago de qué? Ciertamente de un producto. ¿Con que los creadores de productos inmateriales son tan verdaderos productores como los otros? Que la cosa creada se llame servicio ó producto nada importa con tal que no se niegue que tiene un valor. Asi pues el médico que recibe cuarenta francos, por ejemplo, por asistir á una junta ha creado un valor de cuarenta francos; y si asi no fuese, ¿quién seria el mentecato que se los pagaria? Es preciso pues confesar, ó que los trabajadores estériles roban la renta que ganan, en cuyo caso convengo en que nada producen,

ó que esta renta es el precio de un valor creado, y entonces preciso es conceder que efectivamente producen.

Al volver á considerar definitivamente la distincion de Smith, y admitiéndola *como la menos imperfecta, bajo el aspecto de la precision*, Mr. Malthus se espresa en estos términos. "Esta distincion establece una línea divisoria que separa las riquezas de las demas clases de valores, distingue los objetos materiales de los inmateriales, lo que dura de lo que no dura, lo que es susceptible de acumulacion y evaluacion absoluta de lo que carece de cualquiera de estas dos propiedades ó de ambas." Pero todas estas pretendidas ventajas de la distincion de Smith son precisamente los inconvenientes de ella; pues cuando se trata de riqueza, lo que importa no es ni la naturaleza del producto creado, ni su duracion, ni la facilidad con que puede valuarse, ni la posibilidad de ser acumulado materialmente, si no su valor. Y cuando Mr. Malthus nos dice *que la distincion de Smith establece una línea divisoria que separa la riqueza de las demas clases de valores*, en vez de elogiar, critica agriamente este sistema; porque *separar las riquezas de las demas clases de valores* no es otra cosa que separar la riqueza de la riqueza. ¡Graciosa definicion por cierto!

Concluyamos: los productos del trabajo

intelectual son los primeros en el órden de la creacion en que el hombre interviene como agente.

Los productos del trabajo inmaterial, de cualquiera especie que sean, siempre que no estén en oposicion con la moral, son útiles asi al productor como al consumidor y al estado; que es exactamente lo mismo que sucede con los productos del trabajo material.

CAPITULO VII.

Confirmacion de los principios sentados acerca de la riqueza de las naciones. Elementos del precio de las cosas. ¿Son sinónimos valor y riqueza? Salarios y ganancias.

He dicho que la riqueza es la abundancia de los bienes; y sin meterme en cuestiones puramente teóricas, he sentado que cuanto mas abundan en cualquiera pais las cosas de consumo, tanto mas rico es dicho pais.

No puedo menos de recordar que por cosas de consumo es preciso entender todo cuanto el hombre puede crear, ó proporcionarse por medio del trabajo, ó mediante una permuta, prescindiendo siempre enteramente, ya de la naturaleza de estas mismas cosas, y ya de su duracion, pues basta que les demos un valor á todas para que sea útil su multiplicacion.

Será pues mas rico relativamente aquel pueblo que tenga para su consumo mas objetos que otro, bien sean productos materiales, bien inmateriales.

Si nos hemos de formar una idea exacta acerca de la riqueza y de sus progresos en todas las naciones, es preciso imaginarnos la sociedad enteramente en la infancia, y suponiéndola compuesta de un determinado número de personas, de ciento por ejemplo, hacerla llegar en 25 años, sin mas auxilio que sus brazos y su terreno, á un grado de civilizacion, para el cual se necesitarian en realidad muchos siglos. Esta reducida poblacion trabaja incesantemente, se toma un trabajo increible, y á pesar de eso al formarse la asociacion apénas encuentran los trabajadores por resultado de tantos esfuerzos mas que un alimento miserable. Se hallan mal alojados, mal vestidos y casi carecen de todo. Pero poco á poco va el trabajo produciendo mas, hácese en un dia lo que antes en una semana, ó en una hora lo que antes en veinte y cuatro: no solo ha adquirido la mano mas destreza, sino que se auxilia con nuevos instrumentos: ha buscado y hallado apoyo en los agentes que la naturaleza le suministra; y por fin cada operario consigue de este modo trabajar mas y mejor que los cien trabajadores juntos al principio. Cada uno tiene ya entonces cien

veces mas objetos que consumir, y la sociedad es cien veces mas rica puesto que el mismo trabajo crea centuplicados productos.

Cuando se examina la riqueza contrayéndonos á paises muy civilizados como las naciones europeas, ya la cuestion se presenta muy complicada por infinitas circunstancias accesorias, que sin embargo no dificultan mas su solucion. La moneda, las letras del comercio, los bancos, los cambios, los seguros no son otra cosa que unos instrumentos inventados para el servicio de la industria. Siempre es el mismo el objeto que hay que conseguir, á saber, el crear cuantos mas objetos se pueda con el menor trabajo posible.

La economía política, que acusa á la administracion de no haber conocido jamas en qué está la riqueza, y de creer que consiste en los metales (lo cual es falso) no ha podido hasta ahora decir nada que satisfaga acerca de la riqueza de los pueblos; pues cada nuevo escritor de esta escuela impugna á los anteriores, mientras le llega tambien su vez de ser impugnado. Smith denomina trabajo estéril el que crea productos inmateriales. Mr. Say al contrario, lo llama productivo. Defiende que no consiste la riqueza en los productos mismos del trabajo, sino en el valor de ellos (1), y segun Mr. Ri-

(1) Tercera y cuarta edic. tomo 1.° pág. 2.

cardo, hacer consistir la riqueza en el valor de los productos del trabajo es un error capital (1). ¿Qué es lo que en el sentir de este último escritor constituye el valor de una cosa cualquiera? La cantidad de trabajo necesaria para producirla y ponerla en venta (2). No, dice Say; el principal fundamento del valor de una cosa es su utilidad (3): y entre tanto se aglomeran volúmenes sin que la ciencia dé un paso hácia adelante, si es que ya merece el nombre de ciencia lo que hasta ahora solo ha servido para confundir las ideas.

Establezcamos, pues, algunos principios que no admitan impugnacion.

En todas las cosas consumibles hay dos clases de valor: valor de utilidad y valor de permuta. El primero es la estimacion moral del servicio que puede prestar el objeto; el segundo es la facultad que se tiene en el objeto de poner en movimiento, en ejercicio, de pagar una cierta cantidad de trabajo; facultad que se espresa por el precio en dinero que se pide por la cosa. El valor de utilidad puede muy bien ser inmenso, y muy moderado el precio, como se verifica con la

(1) Principios de economía política, tomo 2.° página 85.

(2) Idem tomo 1.° pág. 118 tomo 2.° pág 231.

(3) Tercera edicion, tomo 1.° pág. 3. Cuarta edicion, tomo 1.° pág. 4.

mayor parte de los alimentos usuales, empezando por un vaso de agua. Por el contrario, puede ser exorbitante el precio en dinero, y casi nulo el valor de utilidad, que es lo que sucede con las piedras preciosas, las pinturas y la mayor parte de las producciones de las artes.

De donde se infiere que no hay que buscar el principal fundamento del valor de una cosa en su utilidad. Mr. Say es de la opinion contraria; pero tiene que confesar, que segun la economía política (1), "aun la cosa „*mas inútil* y mas incómoda tiene lo que lla„mamos su *utilidad*..... si algunos convienen „en pagarla;" y á la verdad todo esto es un raciocinio falso apoyado en una miserable definicion.

Si fuese la utilidad el principal fundamento del valor de los productos, en aumentandose la utilidad creceria tambien el valor; y y basta tener ojos en la cara para ver que no sucede asi, y que muchas veces no es la utilidad lo que se paga, sino mas bien la imposibilidad de ser util, es decir, la frivolidad; y gracias si no pasa de esto.

No cabe duda que un producto que para nada absolutamente sirviese, no tendria ninguna especie de valor, y si cuando Say considera la *utilidad* como el primer fundamen-

(1) Tercera edicion, tomo 2.° pág. 484. Cuarta edicion, tomo 2.° pág 506.

to del valor ha querido solo esplicar la propiedad que tiene la cosa de poder convenir á este ó el otro individuo en tal ó cual circunstancia, entonces dice bien, á escepcion de la palabra utilidad, que aqui no podia usarse oportunamente, porque no puede reputarse útil lo que únicamente tiene valor por un capricho, un antojo ó la vanidad.

Sentadas estas verdades, y una vez adoptada la distincion entre el valor de utilidad y el valor de permuta, todavia no será fácil determinar cuáles son los fundamentos del precio de las cosas consumibles. Seria imposible hacerlo si la solucion hubiese de contraerse á un solo principio, y esto esplica cómo se han confundido los señores Say y Ricardo en estas interminables discusiones. Ambos se equivocan y ambos aciertan segun el aspecto en que consideran la materia. En general los elementos del precio de cualquier artefacto son los gastos que hay que hacer para fabricarle, y por gastos es indispensable entender todas las anticipaciones y todas las utilidades Este es el sistema de Mr. Ricardo. Yo le apruebo siempre que Mr. Ricardo convenga en que aquella parte del precio que constituye las utilidades subirá ó bajará, esto es, será mayor ó menor, segun sea mayor ó menor la oferta del género comparada con la demanda. He aqui el sistema de Mr. Say, y yo tambien le

apruebo igualmente con tal que Mr. Say reconozca que el reintegro de los gastos de produccion es el primer elemento, un elemento forzoso de todo valor venal. Y efectivamente ¿quién no conoce que se suspenderia al momento toda produccion sino se verificase con utilidad el reintegro de todas las anticipaciones que ocasiona? Examinada asi en general la cuestion admite ya muchas soluciones particulares, segun puede ó no guardarse por algun tiempo la mercancía, segun que el tiempo, el capricho, la moda le son mas ó menos favorables, segun que la fábrica está mas ó menos acreditada, que tiene ó no otras rivales, que hay ó no el surtido suficiente, ó bien mayor, ó menor que el consumo. Todas estas circunstancias y otras muchas son el regulador de varios precios; de donde infiero que en esta materia no son admisibles las teorías absolutas puesto que siempre habrian de sufrir una infinidad de escepciones.

Otra cuestion hay ademas no menos controvertida: á saber, si riqueza y valor son una misma cosa. Vamos ahora á examinarlo; pero antes manifestaremos en qué está la dificultad.

Si la riqueza consiste únicamente en el valor permutable de los productos, será tanto mayor la riqueza cuanto mas subidos sean los precios: y en este caso la carestía de los géneros será un bien. Pero cuanto mas se enca-

recen los géneros, menor es el consumo, y los habitantes de un pais serian tanto mas ricos cuanto menos facilmente pudiesen satisfacer sus necesidades; mas estas dos circunstancias se escluyen mutuamente.

A nadie se le ha ocurrido llamar riqueza al aire, al agua, á la luz, ni á ninguna de las demas cosas que la naturaleza ofrece gratis al hombre. La palabra riqueza supone siempre la idea de un valor permutable, porque quien dice valores dice riqueza, y vice versa. Pero en los diversos produtos que el hombre acomoda ó aplica á su uso, solo hay una cosa importante, y es que sean los mas perfectos que pueda ser con el menor trabajo posible. Cuando un sombrero cualquiera cuesta veinte y cuatro francos, ¿servirá por eso mejor que sino costase mas que doce? Es claro que no, y seria muy de desear que en efecto no costase mas que doce francos; esto es, que costase menos trabajo, porque el trabajo, economizado en la fabricacion de los sombreros, podria invertirse en crear otros productos que hagan falta á la sazon. Y asi habria siempre en el pais el mismo número de trabajadores; pero estos mismos crearian mas cosas, habria mas objetos que consumir, y por tanto estarian todos mejor alimentados, mejor vestidos, mejor alojados, en una palabra, serian mas ricos.

Mas para venir á parar á este resultado ha sido preciso suponer la disminucion de todos los valores permutables, esto es, de todos los precios. Si se admite que valor y riqueza son sinónimos, es indispensable suponer siempre y tener presente que la riqueza de un pais no depende solamente del valor permutable de los objetos que fabrica; que este valor, este precio de venta que se saca de un objeto cualquiera, solo representa por lo comun el mayor ó menor trabajo que ha tenido en su creacion el que le ha fabricado, y los beneficios de su industria; que cuando se fabrica ó crea con menos trabajo se facilita la creacion de otro producto nuevo; y por último, que el aumento de la riqueza consiste en que vaya creciendo la abundancia de productos cada vez mas perfectos, independientemente de lo que se llama precio en dinero, valor permutable ó de cualquier otro modo. (1)

(1) Cuando se consigue fabricar una mercancía cualquiera á precio mas barato, ya por el descubrimiento de una manipulacion nueva, o por la invencion de nuevas máquinas, sucede por lo comun que crece la produccion, porque la baratura aumenta los pedidos. Como las utilidades son siempre relativas al valor de las cosas que se crean, es cierto que el sombrerero gana en la fabricacion de dos sombreros de á doce francos cada uno, tanto como ganaba antes en uno solo cuando no podia fabricarlo por menos de veinte y cuatro. En este caso las utilidades ó ganancias son las mismas. Esta es la solucion de una de las dos cuestio-

De las cuestiones anteriores se originan otras varias, en especial la siguiente: siendo una de las principales causas de los progre-

nes propuestas por Mr. Say en su discurso preliminar, y que gradúa de *espinosas* para ensalzar la economía política. "¿Cómo es que componiéndose la renta de los productores de los gastos de produccion, no se altera esta renta por una diminucion en los gastos de produccion?" ¿Pero es seguro que no se alteran nunca las rentas por una diminucion en los gastos de produccion? En otros términos: cuando la produccion de un género cuesta una mitad menos, ¿es cierto que se duplica la necesidad de ese género? No; y bajo este aspecto está presentada la cuestion en términos muy inexactos. Hay por otra parte una infinidad de mercancías cuyo consumo no puede aumentarse nunca sensiblemente, y á veces jamás. Citaré en prueba las espadas que usan algunas clases de la sociedad, los uniformes de la corte, las fajas de los oficiales generales, las condecoraciones civiles y militares &c. Es claro que aunque bajase á una mitad menos el precio de todas las insignias de una órden cualquiera, no por eso venderia el comerciante una sola mas que antes. No hay pues que preguntar por qué no se altera la renta de los productores con la diminucion en los gastos de produccion, puesto que muchas veces sucede positivamente lo contrario.

Menos feliz ha sido todavia Mr. Say en la eleccion del segundo problema *espinoso* que ha propuesto á nuestra penetracion: ¿*una contribucion, ó cualquiera otra calamidad que encarece los géneros, aumenta la suma de la riqueza*? Presentar de este modo la cuestion es resolverla; porque ¿quién es tan loco que repute por causa de riqueza una contribucion? ¿Pero qué es lo que se propone Mr. Say al asimilar la contribucion con una calamidad? Sin duda que le agrada la comparacioncilla, pues la repite nada menos de cuatro veces en su obra. *Nota de la segunda edicion.*

sos de la riqueza la diminucion de precio en los productos del trabajo, diminucion que es el resultado de una creacion mas perfecta, ¿será tambien ventajoso que los salarios y las utilidades se reduzcan al mínimo posible?

Cuando bajan los salarios se venden mas baratos los objetos de consumo, porque estoy muy lejos de convenir con Mr. Ricardo en que crecen las utilidades del fabricante en razon de lo que se disminuyen los salarios. Es verdad que esto es lo que sucede algunas veces, pero por lo general se verá el efecto contrario, que es lo que debe resultar de la libre concurrencia de los productores que siempre tienen mas ó menos urgencia de realizar sus anticipaciones y de dar pronta salida á sus géneros, y por lo mismo estan siempre prontos á rebajar algo en los precios. No hay mas escepcion á esta regla sino respecto de aquellas mercancías en que por la escasez de su primera materia ó por otras causas, son habitualmente mayores los pedidos que el surtido. La rebaja en los precios, cuando es producida por una diminucion en los salarios, permite sostener la concurrencia con el estrangero, facilita la adquisicion de los productos á un mayor número de consumidores, y bajo estos dos aspectos, la diminucion de los salarios es un bien; pero es un mal en el sentido de que la clase jor-

nalera no saca el fruto de su trabajo, y crea la riqueza sin tener parte en ella. Este es un espectáculo espantoso para la humanidad, sin haber por otra parte medio alguno de mejorar la suerte de los jornaleros; porque si ganan poco es porque su número es escesivo. ¿Ni qué se puede hacer en favor de los pobres cuando los brazos se disputan el trabajo? La Inglaterra, con ser tan rica por su industria y su agricultura, tiembla hoy al considerar esta cuestion, en que ya se interesa la política, pues tan grave la han hecho las circunstancias. La diminucion de las ganancias ó utilidades produce menos desgraciados que la de los salarios; pero perjudica mucho á los progresos de la riqueza. Cuando las utilidades se aproximan á su mínimo posible es una prueba de que hay en el pais mas capitales y mas trabajadores que los que necesita el consumo del pais. Y asi en este caso es completamente errónea la teoría que sostiene, que la baratura aumenta los pedidos, porque los mayores consumidores son al mismo tiempo los mas ricos productores, y porque ganando menos gastan menos. En otra parte haré ver el error de la doctrina ecnnómica acerca de los consumos que Mr. Say por interés hacia la riqueza, quiere reducir á la nada, como si fuese posible segregar el consumo de la produccion, y considerar por rico á un pueblo cuya existencia estuviese rodeada de privaciones y nece-

sidades. Cuando los brazos y los capitales son muy solicitados, el trabajo recibe una grande remuneracion, y por consiguiente hay disposicion á trabajar mas, porque apénas se somete el hombre al imperio de necesidades nuevas, crece su ansia de disfrutar, y sus conatos para producir se proporcionan siempre á la progresion del deseo de multiplicar sus consumos. El ejemplo de los habitantes de nueva España, que segun Mr. Humbold solo trabajan dos dias por semana, y se estan mano sobre mano los otros cinco, es solo una escepcion á esta regla general. Y aun habria que averiguar si estos hombres groseros sienten el imperio de estas necesidades de que hablo, primer estímulo que es preciso escitar; pero que una vez esperimentado arrastra al hombre y le domina para siempre, como sucede en las naciones europeas, y á decir la verdad en las de todo el mundo. Esta mezcla de trabajos y de placeres, esta sucesion de desagrados y satisfacciones esplican perfectamente cómo en vez de oponerse se concilian entre sí la acumulacion y el consumo. Así pues andan muy bien unidas las grandes ganancias con un consumo y una produccion tambien grandes, sin que esto se oponga á lo que he dicho anteriormente que la diminucion del valor de los productos es un elemento de riqueza, porque la diminucion de valor

que enriquece es la que proviene, no de una diminucion de las utilidades, sino de la mayor habilidad de los trabajadores, del descubrimiento de manipulaciones nuevas, ó de la invencion de nuevas máquinas.

De esta última distincion resulta que no siempre puede tenerse por señal de riqueza la diminucion del valor de los productos, y que se espresa de un modo demasiado absoluto Mr. Say cuando dice: "*Tanto mas rico es cualquiera pais,* „*cuanto mas baja el precio de los generos.*" Porque para que la diminucion de los precios sea favorable á la riqueza, es decir, aumente los productos del trabajo, es indispensable que proceda de haberse mejorado las operaciones industriales, pues lejos de ser útil produciria un efecto contrario si la diminucion de los precios naciese de la abundancia escesiva de brazos ó de capitales, porque una reduccion demasiado considerable en los salarios ó en las utilidades priva á los productores de los medios de consumir ó gastar, y es evidente que lo que no se consume llega con el tiempo á no crearse.

Seria conveniente, aunque es muy dificil, determinar con alguna exactitud cuándo empieza á ser perjudicial la subida de los salarios y de las utilidades. Unos salarios ó unas utilidades muy considerables, levantando desmedidamente los precios, menguarian

el número de los consumidores; porque no todos, ni con mucho, se mantienen de salarios ó de utilidades. Pero en punto á los salarios lo que hay que desear es, que el jornalero saque de su trabajo los medios de mantenerse él y su familia, en tales terminos que una pequeña diminucion en su jornal no le obligue á tener que recurrir á la beneficencia pública ó á la de los particulares. Las utilidades son bastante considerables cuando sin retraer de gastar permiten todavía la acumulacion. Mas en esto, como en todas las cosas, lo mejor será á igual distancia de los términos estremos, y por lo mismo impugnaremos tanto á los economistas que sostienen que carestía y riqueza son sinónimos, como á sus contrarios cuando defienden que la riqueza se aumenta con la diminucion de los precios (1).

(1) Despues de haber dicho Mr. Say que *un pais es tanto mas rico cuanto mas baja el precio de los géneros*, lo cual solo es cierto cuando esta diminucion de precios procede de una mejora en las operaciones del trabajo; refuta en una nota á Dupont de Nemours porque deseaba el encarecimiento de los géneros y repetia con todos los discípulos de Quesnay la famosa máxima de que *abundancia y carestía son opulencia.* Añade Say: "Melon, Forbonnais y todos los escritores del sistema esclusivo incurren uniformemente en un mismo error." Veamos esta pretendida uniformidad. Dice Melon que "la carestía de los géneros es indiferente para el que es igualmente comprador y vendedor; que es perjudicial para el que no hace mas que

Si son exactas estas nociones acerca de las tres cuestiones de economía política, mas controvertidas en el dia, y si he conseguido facilitar su inteligencia no dejará de agradecerme el lector que haya reducido su discusion á pocas páginas, porque han dado lugar á largas contestaciones, en las cuales, sino me engaño, no siempre es fácil descubrir la verdad.

Aun me falta algo que decir acerca de Mr. Say, y de lo que entendia por riqueza hace poco tiempo "No se me oculta, decia en su primera edicion (1), que hay muchos productos durables, pero de una corta duracion, como los géneros que no pueden conservarse la carne, las frutas, las legumbres, y otros que por sus efectos se parecen mucho á los productos inmateriales. La abundancia de estos géneros puede ciertamente servir para que todos se alimenten bien;

comprar, y ventajosa siempre al que vende mas que compra." (Ensayo político sobre el comercio página 204). Estas proposiciones son exactísimas La opinion de Forbonnais es positivamente contraria á la que le atribuye Mr. Say. "Lo que hace rico á un estado es la abundancia anual de las producciones... "Cuanto mas abundante es el género, otro tanto menor es la utilidad de los productores: *asi que no puede decirse, como sostienen los economistas, que la carestia con la abundancia es opulencia.*" (Observaciones economicas tomo 2, página 157, 158). *Nota de la segunda edicion.*

(1) Tomo 2.º pág. 165 y 166.

„pero dificilmente puede enriquecer la na-„cion:" mas como este raciocinio es tambien aplicable á la mayor parte de los productos que sirven para la manutencion diaria del hombre, porque la existencia de estos productos es por lo comun sumamente pasagera; deberia inferirse que puede una nacion hallarse mejor alimentada, mejor vestida, mejor provista, sin ser por eso mas rica. Y si esto es asi, ¿en qué consiste la riqueza? A la verdad Mr. Say tiene hoy otra idea de ella, y toda esta doctrina ha desaparecido efectivamente de su obra.

Paréceme que habiendo caido Mr. Say en un error tan grave, no hubiera hecho mal en manifestarse menos dispuesto á criticar á la administracion que todos los escritores de la escuela económica pintan como inepta. "Su-„lly (habla todavía Mr. Say) (1) dice en ver-„dad, que la agricultura y el comercio son „los dos pechos del estado; pero lo dice de „un modo vago y por un sentimiento confu-„so." En esta ocasion es Mr. Say altamente injusto, porque la espresion de Sully es por el contrario terminante y positiva, y tan precisa como enérgica, como todas las espresiones que brotan de un sentimiento profundo. *La agricultura y el comercio son los dos pechos del estado*, esto es, el trabajo invertido en

(1) Tercera ediccion discurso preliminar pag. xxxv. Cuarta edicion, idem pág. xxxix.

la tierra, y en los productos de la tierra. Jamás se espresarán tan bien cuantos escriben tratados de economía política; y ya comprendo que la espresion les desagrada.

CONCLUSION.

No existe ningun principio absoluto del cual pueda invariablemente deducirse el valor permutable relativo de los diversos productos que el hombre crea y consume. El principio mas general es que el precio de una cosa cualquiera resulta de la cantidad de trabajo que cuesta; y otro principio de una aplicacion casi tan general como el anterior, es que el valor permutable de los productos sube ó baja segun que son mas ó menos buscados.

No se puede comprender riqueza en las cosas en que no hay valor. Pero la riqueza y el valor no son cosas de tal modo idénticas que no pueda aumentarse la riqueza general cuando se disminuya el precio de cada objeto de consumo, á consecuencia de haberse facilitado mas la produccion.

La diminucion de los precios no contribuye en nada al aumento de la riqueza cuando procede de una reduccion esorbitante en los salarios y en las utilidades.

Cuando la diminucion de los salarios llega hasta el punto de privar a los jornaleros

de los medios de vivir cómodamente con su trabajo, es una calamidad para la humanidad que padece y para la sociedad y el estado, porque se plaga de indigentes, y porque su tranquilidad se ve amenazada.

Si llega á ser escesiva la diminucion de las utilidades, entonces conspira á desanimar á los trabajadores; quita á los productores los medios de consumir, entibia el deseo de acumular, y por estos dos medios conduce á la diminucion de la riqueza.

Resumiré los principios que he procurado establecer en este libro.

La abundancia de las cosas consumibles es lo que constituye la riqueza de una nacion.

Esta riqueza tiene tres elementos principales.

1.º La tierra; porque ella es la que alimenta al hombre, y le presenta en sus producciones la primera materia en que ejercita su industria.

2.º El trabajo; porque sin el trabajo, ó no produciria la tierra ó produciria mal; y porque dando despues el trabajo una nueva forma á los productos de la tierra les hace adquirir un valor nuevo y debido enteramente á la mano del hombre.

3.º Y por ultimo, la moneda; porque es la que facilita y multiplica las permutas, y con las permutas la produccion, de la cual ha llegado a ser el agente mas activo.

Cada elemento de estos, considerado en

abstracto, puede servir de base ó fundamento de un sistema de economía política. Pero siempre estos sistemas serán falsos y erróneos en sus resultados, porque como el problema se funda en tres datos, es imposible resolverle bien no teniéndolos todos presentes.

El trabajo intelectual es el trabajo por escelencia. Los productos inmateriales sirven para satisfacer necesidades tan verdaderas y reales, como los productos materiales. Unos y otros contribuyen igualmente á la riqueza de los estados.

Puede aumentarse la riqueza, que como hemos visto, consiste en la abundancia de productos cuando se abaratan los precios por haberse mejorado ó perfeccionado las manipulaciones de la industria; pero esta diminucion de precios es un mal siempre que es producida por una diminucion forzosa de los salarios y de las utilidades.

Los escritores de la escuela administrativa en Francia han creido siempre que la riqueza de los estados consistia en la agricultura y las fábricas. Hace ya muchos siglos que todos los esfuerzos del gobierno se dirigen á aumentar los productos del trabajo, como lo demuestran invenciblemente los antiguos decretos sobre el comercio, y de ellos es de donde Smith ha tomado la idea de que el trabajo es la riqueza por escelencia.

LIBRO II.

Del dinero considerado bajo el aspecto de su influencia sobre la reproduccion.

Al manifestar en el libro primero que son tres los elementos de la riqueza de los estados era mi principal objeto hacer ver lo erróneo de todos los sistemas en que no se hace aprecio mas que de uno solo de estos elementos. Por eso no debia estenderme mucho en mis observaciones acerca de la influencia del dinero en la reproduccion; pero ya es tiempo de acabar de establecer hasta qué punto se estiende. ¿En qué sentido es el dinero riqueza? ¿En qué casos le conviene el nombre de mercancía? ¿Es cierto que mengüe el valor del dinero cuando empieza á haber abundancia de él? ¿Qué es préstamo á interés? ¿Hay algun medio de suplir el dinero cuando escasea? ¿No es este el objeto de los bancos? ¿Puede ser el papel moneda tan útil en todas las naciones como lo ha sido últimamente en Inglaterra? Estas cuestiones nacen del asunto mismo de que vamos á tratar, y cierto que merecen toda la atencion del lector.

CAPITULO I.

Alteraciones que ha esperimentado el sistema de las permutas ó cambios.

Ya hemos visto que al empezar á formarse las sociedades políticas se hacian en especie las permutas, y no es dificil inferir en qué estado se hallaria entonces la industria. Adelantó mucho desde el momento en que se recibió, como agente ó medio para permutar, un producto cualquiera con el cual se valuaban todos los demás. Sin embargo, no podia decirse todavía en verdad que esistia ya la moneda, porque el trigo, la sal, el tabaco, que sirvieron para este fin, eran poco cómodos y á propósito, aunque contribuian segun su utilidad relativa á aumentar las cosas consumibles.

El transcurso del tiempo tenia que convertir en todas partes en moneda los metales preciosos, sin que haya que recurrir para esplicarlo á imaginar que los pueblos se hayan convenido en atribuir un valor á una cosa que no le tenia, porque es imposible tal convenio, y porque bastan, para que así se haya verificado, las diversas propiedades de los metales; propiedades de utilidad y de agrado, igualmente apreciables para todos. No habia pues una necesidad de convenirse en dar á los metales un valor convencional,

pues le tienen muy real en sí mismos, sin lo cual jamás hubieran llegado á hacer el papel que vemos.

Al principio el metal destinado para las permutas tenia solamente la forma de una barra, y los trozos ó pedazos de plata, y aun los de cobre, se recibian asi al peso; pero era muy embarazosa su circulacion, porque siendo de este modo muy facil engañar, el vendedor tenia que andar continuamente haciendo ensayes y pesando. Era pues sumamente incómodo y embarazoso haber de cortar y fundir á cada paso estas barras de metal, pues no hay decir que habia otro medio para completar los pagos grandes ó para pagar cantidades pequeñas.

El deseo que tenian los soberanos de desembarazar al comercio de todas estas dificultades, les sugirió la idea de marcar todo el metal que circulaba, y desde este momento tuvo ya una ley y un valor conocido. Ya no fué preciso ni pesar ni ensayar, y sin temores ni dificultades se pudo negociar por mayor y menor, y estendiéndose con facilidad el dinero por todos los canales de la circulacion, se multiplicaron y ensancharon estos con gran beneficio de la industria, cuyos progresos habian sido hasta entonces lentos y vacilantes.

Esta alteracion perfeccionó el sistema de las permutas, y suministró á todos los pue-

blos en que se verificó, un elemento de riqueza nuevo y mas activo que los que ya poseian, puesto que sin él los otros dos (la tierra y el trabajo) hubieran siempre permanecido casi inertes, porque faltaba un medio de comunicacion facil entre los productores y los consumidores.

Asi, pues, desde el origen de la sociedad hasta nuestros tiempos se cuentan cuatro periodos en el sistema de las permutas.

1.º Permutas en especie.

2.º Permutas por un producto cualquiera de un uso tan general, que en todos tiempos pudiese permutarse tambien por otro.

3.º Permutas por metales dados y recibidos á trozos, mediante el peso y el ensaye.

4.º Permutas por moneda de metal acuñada por el soberano.

Parando la consideracion en las cuatro principales alteraciones que ha sufrido el sistema de las permutas, se advierte bien facilmente que en los dos periodos primeros debian ser estas muy poco frecuentes, y absolutamente limitadas á los individuos de una misma aldea, ó á lo mas de una misma tribu. En el tercer periodo las permutas pudieron ya realizarse de nacion á nacion; pero solamente en el cuarto han tomado toda la estension ulterior que han tenido y tienen. Los resultados inmediatos de esta cuarta modifi-

cacion ó periodo son los progresos de la navegacion, los descubrimientos que ha producido, los adelantamientos de las artes y de las manufacturas, ó mas bien la division del trabajo. Unos efectos tan notables exijen que examinemos detenidamente todos los oficios que desempeña el dinero convertido ya en primer instrumento del comercio. Esta será la materia del capítulo siguiente en el cual trataré especialmente de la circulacion.

CAPITULO II.

De la circulacion del dinero. En qué sentido es el dinero riqueza. Digresion sobre [illegible] Steuart.

El fenómeno de la circulacion del dinero tiene alguna analogia con el de la circulacion de la sangre en el cuerpo humano; y aun por eso casi todos los escritores al hablar de la riqueza pública han comparado entre sí los dos fenómenos. En estos últimos tiempos se ha repetido esta misma comparacion en una obra en que su autor la exagera estraordinariamente, pues llega hasta señalar las semejanzas que encuentra entre todas las ramificaciones del trabajo, y las de la *aorta*, *de la arteria y de la vena pulmonar* &c. De esta comparacion resulta que puede asimilarse el almacen de un negociante á uno de lôs

ventrículos del corazon, y su caja al otro *ventrículo*. Queriendo el mismo autor dar una idea exacta de los beneficios de cada una de las operaciones del comercio, dice en otra parte: la *ganancia del vendedor es igual al producto de la fuerza del mismo vendedor multiplicado por la latitud y dividido por la suma de las fuerzas.* Sin duda que cuando Mr. Canard usaba este lenguaje se proponia que su libro no saliese de las manos de un numero muy corto de personas, y no cesa uno de admirarse de que escribiendo sobre la economía política haya podido satisfacer su ambicion con que los médicos y los matemáticos sean los únicos que le entiendan (1).

No hay una sola persona que no pueda juzgar por sí misma de los efectos de la circulacion del dinero. Esta moneda de cinco francos que está ahora en mi mano pasa en un momento á la del librero en cambio de una obra que me vende; y en la misma mañana pasara de las manos del librero á las del papelero, de las de este á las del carnicero, y despues á las del panadero. Al cabo de una hora habrá pasado por diez manos diferentes, y Dios sabe por cuantas pasará en el resto del dia. Pues todas estas operaciones,

(1) Ignoro si es muy leida en el dia la obra de Mr. Canard. Acababa el instituto de premiarla cuando publiqué yo la primera edicion de mi obra. *Nota de la segunda edicion.*

que con tanta rapidez se han repetido, no húbieran podido efectuarse, ó hubiera sido preciso un espacio muy largo de tiempo, si todos los individuos entre quienes se han hecho hubieran tenido que buscarse y ajustar sin un agente intermedio que facilitase su convenio. Este agente intermedio es la moneda.

Ya se deja conocer por este ejemplo, cuán útil es para la industria una moneda de cinco francos que circula con tanta rapidez; y de aqui puede inferirse que cuanto mas rapida es la circulacion en un pais, mayor es la creacion de la riqueza; verdad incontestable, pero que no tiene aplicacion alguna. La circulacion no puede ser muy rápida sino respecto de las transacciones de poca importancia, y en general mengua, á proporcion que estas se hacen mas cuantiosas. En el almacen de un vendedor por menor se agolpan las cantidades pequeñas, pero á escepcion de lo que va sacando para su gasto diario, el dinero que recibe asi poco á poco, entra en su caja, y se acumula en ella hasta juntar la cantidad que necesita para proveer por mayor á su tienda de los objetos que ha vendido por menor, ó pagar obligaciones anteriores, contraidas del mismo modo. Saliendo entonces el dinero de sus manos irá á parar á las del mercader por mayor, el cual tambien lo pondrá en caja hasta tener

reunido el suficiente para cumplir con los fabricantes que le surten, y realizar igualmente sus pagamentos, que necesariamente deben ser mas crecidos. De este modo aumentado ya el capital, se invertirá en nuevas reproducciones que le dividirán y le volverán á la circulacion, ya mediante la compra de materias primeras, ya mediante el pago del jornal de los operarios.

Facil es de conocer que todas estas translaciones de fondos deben ocasionar lentitudes, y que muy frecuentemente está parado el dinero, y aun casi puede decirse que el único que está siempre en movimiento es el que se emplea en la compra de mantenimientos.

Todo el numerario de Francia se gradua en dos mil millones; y calculando su poblacion en veinte y ocho millones de personas, corresponde á cada una algo mas de 71 francos. La renta total de Francia, esto es, la suma de todas las rentas individuales de los franceses, segun unos cómputos, cuya rigorosa exactitud nada importa para el caso presente, puede calcularse en ocho mil millones; y á este respecto corresponde á cada individuo cerca de 285 francos. Vemos pues que por medio de la circulacion se proporciona cada uno anualmente mas del cuadruplo del capital numerario que le correspondiera si se repartiese con igualdad entre todos los habitantes

el numerario existente en la nacion (1).

Pero los 285 francos que corresponden á cada persona en la distribucion por igual de

(1) A cada paso se encuentran estados de las rentas de Francia ó de Inglaterra, pero en ninguna parte puede uno formar una idea satisfactoria de qué es lo que constituye la renta de una nacion. ¿Deberemos pues admirarnos de que los escritores que han procurado averiguar á cuánto ascienden las rentas de Francia varíen en sus resultados desde tres mil hasta ocho mil millones? Nada pone mas de manifiesto la imperfeccion de los métodos; porque ante todas cosas es preciso convenir en las bases, y estas son todavia poco seguras. ¿Habrán de considerarse como rentas de un pais los productos del trabajo inmaterial llamado estéril por Smith? ¿Se comprenderán tambien los productos del trabajo material que se consumen dentro del año? Yo respondo afirmativamente que sí á estas dos cuestiones en que los escritores estan muy discordes; pero no las discutiré en esta obra destinada únicamente á esplanar principios que puedan tener una útil é inmediata aplicacion. Me contentaré con rogar al lector que observe, que puesto que la renta de un pais se compone de la renta de todos sus habitantes, será forzosamente inexacto todo cálculo en que no se compute por parte de la masa general de la renta la particular de una o de muchas clases de individuos, y esta primera observacion me hace sospechar con gran apariencia de razon que son muy bajos casi todos los cálculos que hasta el dia se han hecho de las rentas de Francia y de Inglaterra. Sobre el computo de las rentas de Inglaterra pueden verse los estados del Doctor Beck y del gobierno, é igualmente el ensayo de Mr Federico Gentz sobre la hacienda de la gran Bretaña; y respecto a Francia, ademas de las obras de los economistas, á Forbonnais, la balanza del comercio, la memoria de Mr Gerboux sobre el desamonedamiento del oro, las consideraciones sobre la orga-

todas las rentas del pais, no son mas que un resultado de la circulacion, pero no constituyen la circulacion misma. La moneda de cinco francos que he dado al librero, y que ha pasado despues por veinte manos diferentes, supongamos, ha proporcionado á cada individuo una ganancia cualquiera. Imaginando que la ganancia en cada operacion sea de 50 céntimas, la utilidad total subirá á diez francos; y de este modo tendremos que una sola moneda de cinco francos, mediante la compra sucesiva de mercancías por veinte veces su valor, ha hecho circular un capital igual á veinte veces el mismo valor, ó lo que es lo mismo igual á cien francos.

Los ocho mil millones en que se gradua la renta de Francia son, pues, el resultado de una circulacion material de valores, dificil de calcular, pero que debe reputarse por diez veces mayor, y que es producida por dos mil millones en numerario.

Los beneficios de una circulacion tan activa, esto es, de tan grande multiplicidad de transacciones comerciales, son verdadera-

nizacion social de Francia y de Inglaterra; y Mr. Deguer *Nota de la primera edicion.* Debe verse ademas el libro de Mr. Chaptal sobre la industria francesa, obra abundante en cálculos, pero escasa de doctrina, porque Mr. Chaptal ha querido decir la verdad, pero sin indisponerse con la escuela economica, y esto le ha obligado á conceder cosas que no puede la razon aprobar. *Nota de la segunda edicion.*

mente incalculables; y si aun fuese posible negar que se deben al dinero, quisiera que se me dijese si hay una sola nacion que haya llegado á tener alguna prosperidad careciendo de este instrumento para efectuar las permutas.

Smith se detiene muy poco á hablar del mecanismo tan importante de la circulacion. Se contenta con observar que la proporcion que hay entre la suma de numerario en circulacion, y el valor total del producto anual que aquella pone en movimiento, la graduan los escritores ya en un décimo, ya en $\frac{1}{20}$, ya en $\frac{1}{30}$ de este mismo valor. Admitiendo este último dato cada moneda de cinco francos crea anualmente un valor de ciento cincuenta francos. ¿ Y es un bien semejante manantial de riqueza? A esta cuestion sencilla y facilísima de resolver queda pues reducida en adelante la de si es ó no útil conservar y aumentar el dinero, considerado como medio de permuta.

Pero aqui me salen al paso los partidarios de Smith, y tomando la palabra por él, me dicen. *Es falso que el dinero pueda crear valores; el dinero no crea nada. El dinero hace circular los productos del trabajo. Solamente el trabajo es productor.*

Si: el dinero sirve para hacer circular los productos del trabajo, y por eso mismo los crea. Si yo no tuviese la moneda de cinco

francos y quisiese adquirir la obra de literatura que puedo pagar con ellos, tendria que ofrecer al librero otro valor en una mercancía ó género que acaso á él no le acomodaria: el librero mismo sin esa moneda no podria pagar al papelero mas que en libros, y acaso á este tampoco le acomodarian los libros; y del mismo modo el papelero á su vez no podria pagar mas que en papel á su sastre, á su zapatero y al sombrerero y demas: ¡qué embarazos y qué trabas para la circulacion! Así, pues, generalizando el ejemplo, puede decirse que no se verificaria ninguna de estas permutas sino existiese una moneda que conviene á todos. Pero, como nadie produce sino para permutar, cesaria la produccion desde el momento en que no fuese posible ó en que fuese muy dificil permutar los productos. En este caso no tendriamos ni libreros, ni sastres, ni sombrereros, ni fabricantes de papel: permaneceriamos aun en el primero ó segundo periodo del comercio, y nuestra civilizacion se pareceria poco mas ó menos a la de los pueblos de Africa, que aun se sirven de la sal ó de las conchas como moneda en sus permutas.

En las notas de que Mr. Say ha llenado la obra de Mr. Ricardo (tom. 1. pag. 3) leo el paraje que sigue: "se ha considerado la »permuta como fundamento de la riqueza »social, pero en realidad no la aumenta de

»modo alguno. Antes de realizarse la permu»ta de dos valores; por ejemplo, de una me»dida de trigo y de un par de tijeras, esta»ban ya creados; la riqueza que en ellos re»side es anterior á toda permuta, y aunque »los cambios ó permutas son muy importan»tes en la economía social, aunque son indis»pensables para facilitar á los consumidores »la adquisicion de los productos, no por eso »puede decirse que la produccion ó el con»sumo de las riquezas consiste en las permu»tas mismas." La produccion ó el consumo de las riquezas no consiste ciertamente en las permutas; pero no se verificarian en verdad si la moneda no las facilitase, y cesaria la produccion, porque solo para permutar se produce. En este sentido se ha considerado, y con sobrada razon, la permuta como fundamento de la riqueza. No tratamos, sin embargo, aqui de los productos que se consumen sin que preceda permuta, esto es, por los mismos que los crean, porque estos productos jamás son objeto de comercio.

Smith no ha fijado bastante la consideracion en la revolucion que ha causado en el sistema de permutas la introduccion de la plata como moneda. Si hubiera apreciado debidamente sus efectos, reconociera sin duda que de esta época datan los progresos del comercio en todas las naciones. Pero no empeñado siempre en sostener que el dinero no es

mas útil que cualquiera otra mercancía, hubiera discurrido de otro modo, y habria sin duda dicho: el pais que crea anualmente un valor de 10, 20 y aun 30 mil millones no posee por lo comun mas de mil millones en numerario. Estos mil millones no son mas que $\frac{1}{30}$ de su riqueza total: luego son solo una parte sumamente pequeña de esta misma riqueza, y por lo mismo no se empobreceria la nacion si la perdiese; luego &c.

Sorprendido el lector de tan falsas consecuencias, acaso preguntará cómo puedo yo atribuir á Smith una lógica tan rara. Todos dicen que sin los mil millones en numerario no se hubiera verificado la produccion de los treinta mil en valores. Conviene pues conservar estos mil millones que prestarán el mismo servicio el año próximo, el otro y el otro, y siempre. Asi que, mil millones en numerario que duran siglos, y que cada año producen treinta veces su valor, son sin duda alguna mas utiles, que los mismos mil millones en mercancías, porque en esta forma nada crean, y porque las mercancías se consumen en un año, en un mes y aun en un dia. Smith jamas hubiera comparado ambas cosas, y....

Estais engañado. En la obra de Smith se halla el raciocinio que yo le atribuyo y en los mismos términos que le refiero; he aqui al pie de la letra su conclusion. "El dinero

„forma siempre una parte del capital de la „nacion (1); pero una parte pequeña y *siem-* „*pre la menos útil al estado.*"

Al ver este modo de graduar la importancia del dinero no puedo menos de acordarme de la conducta de uno que se volvió loco con la lectura de los economistas. Era este desgraciado dueño de una casa edificada sobre estacas, y calculando el valor total y el de cada una de las partes de la casa encontró que las estacas no valian mas que $\frac{1}{30}$ del valor total, y á cada paso se decia él á sí mismo; esta es la parte que menos vale, y llevado de esta idea iba haciendo serrar ya una, ya dos, ya diez estacas, pretendiendo sacar de ellas mayor utilidad. Al fin tantas llegó á serrar que la casa se hundió.

El valor de la casa representa el de los productos anuales de una nacion. Las estacas sirven de cimientos á la casa, como el dinero á la riqueza pública. Si se quitan las estacas se viene al suelo la casa; como si se extrae el dinero desaparecen los medios de permutar, el trabajo y la riqueza; y se arruina el pais.

"Cierto que seria muy ridículo, sigue „Smith, empeñarse seriamente en probar que „no consiste la riqueza en el dinero, sino „en las cosas que se compran con él, y de

(1) Tomo 3 pág. 22.

»las cuales adquiere el dinero todo su valor »por la misma facultad de comprarlas con él." Pero el dinero con que se compra, es al mismo tiempo el que produce. Smith nos presenta aqui una porcion de ideas abstractas de que no es posible dejar de sacar peligrosas consecuencias. En efecto, si al considerar el dinero prescindimos de la posibilidad de permutarle ó darle en cambio de otras cosas, hallaremos que no nos sirve ni para vestirnos, ni para alojarnos ni para nuestro sustento. ¿Y probará esto que el dinero no es riqueza? ¿qué importa poco que la nacion le tenga en abundancia? ¿qué no debe procurarse su conservacion? ¡Rara lógica por cierto! Pero, por qué, si el dinero es indispensable para la creacion de todos los valores, pues sin él no es posible producir ni comprar producto alguno, ¿os habeis de obstinar en negar que el dinero por sí mismo es riqueza? Yo os aseguro que lo es, y en un sentido mucho mas lato que el que la misma palabra riqueza espresa. El dinero es mas que riqueza, puesto que es el creador de todo género de riqueza; es el alma del mundo mercantil.

Voy á la casa de un fabricante y le pregunto cuál es el valor de los productos anuales de su fábrica, y al oir decir que pasa de un millon admiro las utilidades de una industria tan floreciente. Pero mi buen fabricante me interrumpe, y volviendo la vista hacia

los telares en que yo no habia hecho alto, me dice con aire de vanidad, esta sí que es mi riqueza. ¡Cómo! ¿estas maderas toscas que no valen la centésima parte de lo que sale al año de la fábrica? Sí señor, esta es mi riqueza, me replica: ¿no conoceis que sin los telares no podria yo producir nada?.... Concluyamos pues; el dinero es en una nacion lo que los telares en una fábrica, y para dar su justo valor al principio de Smith de que "*el dinero forma siempre una parte del capital de la nacion, pero una parte pequeña, y siempre la menos util al estado*; deberemos traducirle de este modo: *los telares forman siempre una parte del capital del fabricante; pero una parte pequeña y siempre la que es para él menos util.* Escusada es y ociosa, á mi entender cualquiera otra refutacion.

Esta comparacion del numerario de un pais con los telares que enriquecen al fabricante, da una idea sumamente exacta del servicio que hace la moneda. No consiste la utilidad del dinero en su valor sino en la influencia que ejerce en la riqueza, porque multiplica los productos. El gobierno jamás ha estimado el dinero sino en razon de esta influencia, y cuantos escritores precedieron á los economistas le habian considerado igualmente bajo el mismo aspecto. Recórranse sus numerosas obras, y en todas se hallará que el dinero es un instrumento indispen-

sable de la reproduccion, y en todas nos convenceremos de que solamente en este sentido se le da nombre de riqueza.

¿Y se imagina nadie que un hombre sensato haya podido creer y publicar que la Francia poseyendo dos mil millones en numerario es rica en el mismo sentido que se llama rico á un simple particular cuando posee quinientos mil francos en metálico?

Cuando se dice que es rico el particular que posee quinientos mil francos en metálico, no se quiere decir otra cosa sino que puede gastar anualmente la renta de quinientos mil francos. Y cuando se llama rico al pais que tiene dos mil millones en efectivo, no se quiere decir que pueda gastar la renta de esos dos mil millones, porque seria una necedad; sino que con esa cantidad tiene los medios suficientes para mantener una circulacion de valores, diez, veinte ó treinta veces mas considerables, ó lo que es lo mismo que puede crear estos valores. Pues estos medios de producir que debe al dinero es lo que se llama riqueza. ¿Habrá quien sostenga todavia que esta denominacion no es exacta?

Asi pues, cuando procuran los gobiernos impedir la salida del dinero, no por medio de leyes prohibitorias que jamás lo logran sino por medio de un buen sistema comercial que facilita su inversion dentro del pais; cuando los gobiernos tienen por perjudicial

la estraccion del numerario en pago de mercancías; si se lamentan de la pérdida de este numerario no es ciertamente por su valor, porque este entra necesariamente en el pais en forma de mercancías; sino porque este valor que entra no puede producir en la circulacion los mismos efectos que el dinero; porque no puede hacer el oficio de moneda, esto es, pasar en un dia por ochenta manos diferentes, y dar origen en cada transicion á una produccion nueva.

"El ingles Steuart, á quien se puede »tener por el principal escritor del sistema »esclusivo, del sistema que supone que nin»gun pais se enriquece sino con lo que otros »pierden, se ha engañado sobre manera cuan»do ha dicho que no puede aumentarse la »suma de la riqueza interior cuando cesa el »comercio esterior &c."

He tenido por conveniente trasladar aqui este pasage de la obra de Mr. Say (1); porque no es uno solo el error que contiene, y porque su refutacion ilustrara algun tanto á mi juicio la materia de que tratamos.

Desde luego, no es Steuart el principal escritor del sistema esclusivo, suponiendo que por sistema esclusivo entiende Mr. Say el que de tres siglos acá sigue la administracion. Steuart no goberno pais alguno y

(1) Tercera y cuarta edicion tomo 1 pág. 20.

escribió su libro viajando por Europa, instruyéndose en todas partes, y sin dársele gran cuidado de si el capítulo que estendia en Amsterdam estaba ó no en contradiccion con el que habia escrito en Padua. A escepcion de algunas ideas muy exactas sobre la poblacion, sobre las monedas y sobre los bancos, en los cinco volúmenes de Steuart apenas se hallan cincuenta páginas que puedan leerse con fruto en el dia, y ciertamente no llegan á cuatro las que podamos oponer á los errores de las doctrinas económicas. La administracion no reconocerá ciertamente por suyo á este escritor.

Antes de pasar adelante quiero que se observe, que seria un error muy grosero el persuadirse que en algun pais arregla su conducta la administracion á los principios de algun escritor. No porque no esté pronta á recibir instruccion de cuantos puedan proporcionársela, sino porque es imposible que no encuentre en sus mismas operaciones, esto es, en las consecüencias que de ellas se derivan, la prueba de si son utiles ú perjudiciales. Las reclamaciones á que pueden dar lugar las operaciones de la administracion, ¿no la han de tener continuamente alerta? ¿Ni cómo puede concebirse que en un pais como Inglaterra en donde las quejas y reclamaciones pueden tener cuanta publicidad se quiera, no se haya reducido al gobierno á

mudar de sistema, sino fuese porque generalmente se cree que el mejor es el que sigue la administracion? Por otra parte los escritores que no han servido en la administracion, no encuentran obstáculos en nada; y no es otra la razon de que sus teorías sean tan absolutas y de tan poca utilidad. Pero la administracion en todo encuentra resistencia; ¿ni cuál otro es su oficio sino el de ajustar y conciliar? De donde se sigue, que si bien no camina de prisa, á lo menos adelanta con seguridád: ni en los buenos libros se desconoce este resultado ¿Pero qué obras son las que mas instruyen á los empleados en la administracion? Las de sus antecesores; y aun por lo mismo, á pesar de las alteraciones que en los dos siglos últimos han sufrido las rentas de toda la Europa; todavia merecen ser estudiadas las memorias de Sully. Lo mismo digo de Davenant, uno de los mas hábiles empleados que ha tenido la Inglaterra, de Forbonnais, y principalmente de Mr. Necker, cuya obra *de la administracion de hacienda* es una guia indispensable para los que se destinan á la administracion económica, á pesar de algunas patéticas inocentadas que contiene, y eran de moda cuando se escribió. Siempre serán útiles semejantes obras, siempre apreciadas, sin que el gobierno haya de seguir ninguna, porque su conducta incompatible con todo sistema tiene que ajustarse

al curso de los sucesos, á las alteraciones que origina la política, las revoluciones del comercio y de la industria, y por último, á los progresos de los conocimientos humanos; resultado natural de la esperiencia sucesiva de los siglos.

Pero volvamos á Steuart. No siempre esplica satisfactoriamente los principios de la administracion, ni esta puede, lo repito, reconocerle por suyo: con todo, en muchos puntos se le puede defender muy bien, y Mr. Say le acrimina á veces con mucha injusticia.

Steuart prodiga la palabra riqueza dándole mil acepciones diversas. Usala á veces en el sentido de abundancia de los metales, y entonces dice que cuando llega á cesar el comercio estrangero no puede aumentarse la suma de la riqueza interior; y en esto á la verdad tiene razon, porque solo el comercio estrangero puede proveer de numerario á las naciones que no tienen minas. ¿Pero desconoce Steuart por eso las verdaderas causas de la riqueza? ¿Se podrá decir con razon que segun él la riqueza consiste esclusivamente en el oro y la plata, como quiere dar á entender Mr. Say? Veamoslo.

"La riqueza y el lujo de las antiguas »ciudades comerciantes procedian tambien de »su industria. Nada se tenia de valde, y »cuando se veian precisadas á guerrear se

»vean tambien forzadas para pagar las tro-»pas, á disipar sus riquezas, ó a abandonar »el manantial de ellas; *el trabajo de sus ciu-»dadanos industriosos* (1).

»Desde que los metales preciosos se han »convertido en objeto de comercio y suplen »todas las cosas, son igualmente una medi-»da del poder de las naciones, y de aqui es »que la adquisicion ó por lo menos la con-»servacion de una proporcionada cantidad de »estos metales ha llegado á ser á los ojos de »los gobiernos prudentes un objeto de la »mayor importancia (2).

»El numerario esá la verdad una parte de »nuestra riqueza; pero no puede ser nunca su »medida (3).

»Es incalculable lo qua pierde una na-»cion con la interrupcion de su comercio y »de sus fábricas; y apenas pueden repararse »los perjuicios y consecuencias que resultan »de la ociosidad involuntaria de las clases in-»dustriosas: perecen, se espatrian, se estin-»gue el genio y aficion á la industria, y en »una palabra, se arruina todo (4)."

Por estos pasages, y por otros ciento de

(1) Investigacion de los principios de economía política tomo 2 pág. 138.

(2) Investigacion de los principios de economía política tomo 2 pág. 143.

(3) Id. tomo 2 pág. 339.

(4) Id. tomo 4 pag. 181.

que he hecho mencion, se vé claramente que la riqueza en el concepto de Steuart, de acuerdo en esto con la administracion, *consiste en la abundancia de los productos del trabajo*, porque dice este escritor, *cuando llega á faltar el trabajo á las clases industriosas todo está perdido*: espresion que pone á Steuart enteramente á cubierto de la imputacion de hacer consistir la riqueza solo en los metales.

¿Y es acaso mas fundado el cargo que hace Mr. Say á Steuart de que este supone que una nacion no se enriquece sino con lo que las demas pierden, *error en que han incurrido todos los gobiernos de Europa y del mundo*? Ya vemos que Mr. Say se constituye aqui preceptor del linage humano. *Todos los gobiernos se imaginan que lo que un particular gana lo ha perdido indispensablemente otro, y que no gana una nacion sin que otra por necesidad pierda, como si no pudiese aumentarse el valor de las cosas &c.* y Mr. Say se deshace, bien inutilmente por cierto, en probar que pueden las naciones aumentar su riqueza sin perjudicarse unas á otras. Este es el pensamiento de Mr. Say cuando dice que *de todo se hace riqueza*, espresion favorita suya, porque espresa en su concepto una de aquellas importantes verdades que la economia politica nos ha revelado. Pero desgraciadamente esta grande verdad es una de las mas triviales; y nadie la ha entendido mejor que Steuart á

quien acusa Mr. Say de que la ha desconocido. He aqui como se esplica Steuart.

"Divido la ganancia y la pérdida en »positiva, relativa y compuesta. *La ganancia »positiva* no supone pérdida para nadie; re»sulta únicamente de un aumento de trabajo, »del adelantamiento de la industria ó de la »habilidad; y produce el efecto de aumentar »el bien estar del público.

»*La pérdida positiva* no supone ganancia »para nadie; procede de la cesacion de la »utilidad ó de los efectos de esta misma cesa»cion, y puede considerarse como disminu»cion del bien público.

»*La ganancia relativa* supone pérdida para »alguno; indica la oscilacion de la balanza de »las riquezas entre varias personas; pero no su»pone aumento alguno en el capital de la nacion.

»*La pérdida relativa* indica por el con»trario que alguien gana, y tambien las os»cilaciones de la balanza, pero sin disminu»cion en la masa general.

»Llamo *compuestas* aquellas ganancias y »pérdidas que son en parte relativas y en »parte positivas, y porque en una misma »transacion pueden ambas subsistir simultá»neamente (1)."

He copiado exactamente esta teoría de las ganancias y pérdidas porque es aplicable

(1) Investigacion de los principios de economía política, tomo 1 pág. 378 y 379.

á todos los casos; pero lo que hace á nuestro intento, lo que resuelve la cuestion que ventilamos es *esta ganancia positiva* de que habla Steuart, *esta ganancia que no supone pérdida para nadie*, esta ganancia *que es resultado de un aumento de trabajo, de industria ó habilidad, y que al cabo aumenta el bien estar del público.* Pregunto yo, ¿no es esta aquella riqueza *que se crea de todo*, y cuyo descubrimiento atribuye Mr. Say á la nueva ciencia? ¿y qué gana la ciencia en que se le atribuyan descubrimientos que nadie reclama de puro antiguos; pero que no es posible que la economía política presente como suyos sin manifestar al mismo tiempo su miseria?

He dicho que la teoría de Steuart sobre las pérdidas y las ganancias es aplicable á todos los casos; y con efecto, si es cierto que pueden las naciones aumentar su riqueza sin perjudicarse unas á otras, tambien lo es que muchas veces lo que enriquece á un pueblo es lo que á otro le perjudica. El mismo Say nos suministrará un ejemplo bien notable de este movimiento de las riquezas; ejemplo de que me aprovecharé mas adelante.

Tengo por conveniente, despues de esta digresion sobre Steuart, esponer la opinion que ha manifestado últimamente Mr. Malthus acerca de los escritores que repugnan admitir en sus teorías la influencia del dinero. El párrafo es muy curioso, y me complazco en

citarle tanto mas cuanto Mr. Malthus es de la misma escuela que impugno.

"Los escritores teóricos de economía po-
»litica, huyendo de manifestar que conside-
»ran por demasiado importante el dinero,
»acaso se han mostrado dispuestos en dema-
»sía á prescindir de él en sus raciocinios. En
»abstracto es cierto que no es el dinero lo que
»hemos menester, sino los géneros; pero en
»la realidad no hay género ninguno por el
»cual podamos vender en cualquier momento
»todas nuestras mercancías; que pueda opor-
»tunamente suplir como agente de la circu-
»lacion, y proporcionarnos como él los me-
»dios de proveer á la subsistencia de nues-
»tros hijos, de comprar haciendas, ó de dis-
»poner para dentro de uno ó dos años de la
»habilidad de los jornaleros. Es imposible ab-
»solutamente, sin un agente de la circulacion,
»hacer ahorros algo considerables, y aun los
»mismos fabricantes prosperarian con suma
»lentitud si tuviesen que acumular en especie
»el salario de sus operarios. No debemos
»pues maravillarnos de que les sea mas nece-
»sario el dinero que otras mercancías, y po-
»demos estar seguros de que en los paises ci-
»vilizados pronto se entorpecerá la industria
»del arrendador ó del fabricante que no
»pueda vender sus productos, en términos de
»sacar de ellos una utilidad en metálico. En
»la distribucion de la riqueza, y en los ade-

»lantamientos de la industria hace el agente »de la circulacion un papel tan importante, »que al discurrir sobre esta materia no es po-»sible prescindir de él, sin esponerse á graves »errores" (1).

En este capítulo he querido manifestar por segunda vez la suma cautela con que es preciso leer los escritores que acusan de ignorante al gobierno. Creo haber demostrado igualmente que no depende del valor del dinero la suma importancia con que los gobiernos miran la conservacion y el aumento del numerario, sino de la propiedad que tiene como moneda, de dar mayor actividad á la circulacion y á la produccion. Este es el sentido que debe darse á la palabra riqueza cuando se aplica al dinero que una nacion posee. Insisto tanto en estas verdades triviales, y que son el fundamento del sistema comercial, porque han llegado á obscurecerlas á punto de no ser conocidas, como lo probaré mas adelante en los dos capítulos siguientes. El último tratará mas particularmente de las variaciones que sufre en su valor el dinero, segun su abundancia ó su escasez.

(1) Principios de economía política tomo 2, página 39. Nota.

CAPITULO III.

Del dinero, signo, prenda ó medida de los valores. En qué sentido es mercancía el dinero.

El importante oficio que hace el dinero con su intervencion en todas las transacciones de la sociedad, y sus efectos sobre la prosperidad pública, han debido llamar contínuamente la atencion de los primeros que se aplicaron á investigar sus causas. Asi es que cuantos han escrito sobre estas materias, todos han tratado estensámente del dinero considerado bajo el aspecto de moneda, y no puede dudarse que la mayor parte se han formado de él unas ideas verdaderas. Sin embargo, no siempre han designado el dinero con denominaciones exactas, y de esta misma inexactitud de las espresiones se han aprovechado algunos para decir de los escritores que las usaron, que han hablado del dinero sin saber siquiera qué cosa era el dinero.

Forbonnais llama al dinero *prenda de los géneros*: Montesquieu *signo del valor de las mercancías*: Condillac *medida de los valores*. Tambien Smith llama al dinero *medida de los valores*, y usa indiferentemente de las espresiones, *signo de los valores*, *medida de los valores*

"El dinero, dice Condillac, no es signo »de los valores. Cuando se da esta denomina»cion al dinero parece que se le considera »como un signo arbitrario, y que solo tiene »un valor convencional (1)."

Esta observacion es justa. ¿Pero quién no conoce que aplicada al dinero la denominacion *de signo*, no tiene la rigorosa acepcion que quiere darle Condillac? La censura que hace de los que han usado esta espresion, está pues reducida á una simple crítica de palabras; y sin embargo como se ha pasado despues á sostener que tenian una idea absurda del dinero los que le han llamado signo, se ha inferido de aqui que cuando escribian acerca del dinero no podian decir sino absurdos.

Pero el mismo Condillac, que se empeña en que el dinero no es un signo, le llama medida. Mas como la invariabilidad es el carácter esencial de toda medida, de aqui es que el dinero ni es medida ni signo. Asi pues impugna Condillac una espresion viciosa, solo para sustituirle otra casi tan viciosa como la primera.

Digo casi tan viciosa, porque se puede con mucha razon considerar al dinero como medida de los valores en una época determi-

(1) El comercio y el gobierno, parte primera, capítulo XIV, parrafo último.

nada; pero entonces es una medida puramente relativa, y nada mas.

Conviene ciertamente servirse siempre de espresiones exactas; pero cuando el contesto de la frase indica claramente el sentido de una palabra, y principalmente cuando el uso ha sancionado la acepcion que se le da, es sobrada ridiculez ir á hacer del maestro con el autor como si fuese un niño de la escuela; y aun cuando se tenga por importante para los progresos de la lengua corregir al escritor, no se negará por lo menos que es muy injusto ir á buscar en su obra lo que él no ha dicho, solamente por haber usado una voz en otro sentido que el verdadero.

"Asi como el dinero es un signo de una „cosa, dice Montesquieu (1), y la represen- „ta, del mismo modo cada cosa es signo del „dinero." Y á mi ver, esta es la mejor prueba de que cuando el autor usa la palabra signo, quiere darle la acepcion de *valor*, puesto que la aplica indistintamente al dinero y á la mercancía.

Hablando en otra ocasion Montesquieu de la alteracion de las monedas, especie de quiebra que justamente reprueba, dice *que nada debe estar mas libre de toda variacion que aquello que es una medida comun de todo.* Mr. Say *en estas dos líneas* encuentra *tres errores* (2).

(1) Espíritu de las leyes, lib. 22, cap. 2.º
(2) 3.ª ed. tom. 1 pag. 349. 4ª. ed. tom. 1. pág. 374.

La economía política está muy ufana con esto, y en la pluma de Mr. Say no pierde ocasion ninguna de tachar las equivocaciones de nuestros mas distinguidos escritores, que hubieran sido mas grandes todavia, á no tener la desgracia de haber venido al mundo antes que la economía política; y asi es que Mr. Say critica ásperamente, aunque no siempre con razon á Bossuet, á Fenelon y á otros, sin perdonar ni aun al sencillo Lafontaine, el cual sin duda se llenaria de asombro si pudiese ver que hay quien no halla sus fabulas ajustadas á las teorías sobre los consumos. La verdad es que aqui no dice Montesquieu cosa alguna que no sea sumamente racional, salvo haberse valido de espresiones en que ha sacrificado algun tanto la exactitud rigurosa al deseo de causar impresion. Pero tal era el estilo habitual de este escritor: ¿mas deja por eso de entendérsele? ¿El consejo que da es conforme á los principios de la ciencia? Lo es sin duda; y por consiguiente no hay motivo para alzar tanto el grito (1).

(1) "Importan muy poco las palabras cuando se comprenden bien las ideas." ¿Y de quién es esta espresion? de Say mismo, y sin embargo se le fue de la memoria cuando habla de Montesquieu. Say repite el mismo pensamiento en otra parte (tercera edicion tomo 1 pág. 16. Cuarta edicion tomo 1 pág. 16 tomo 2 pág. 74). No hay que impugnar mis espresiones &c. "Mr. Say teme que no le tengan mas consideracion que la que él suele usar con los demas. ¿Pero por qué no dá el ejemplo?

Asi es pues cómo ha llegado á suceder, que por haber empleado una palabra impropia, aunque por otra parte no era ambiguo el sentido, se les han atribuido á escritores juiciosos y profundos opiniones ridículas y absurdas que jamás defendieron ni profesaron. De aqui ha resultado que ha sucedido á la palabra *signo* aplicada al dinero lo que á la palabra *riqueza*, y que impugnando una y otra, como se hace á cada paso, nada se prueba, si ya no es que ó no se han leido, ó no se han entendido los autores que tales espresiones han usado.

De este principio nacen todas estas de-

Al autor del curso de literatura le coloca Mr. Say entre los escritores que han tenido la desgracia de no entender una palabra de economía política, porque Mr. de la Harpe se descuidó una vez en usar acaso con lijereza de la palabra *circulacion*. Este es, bajo otro aspecto, el pecado gordo de aquella criada á quien su amo la puso en la calle por haber faltado á las reglas de la gramática. Aun peca mas gravemente la Harpe en el juicio que forma de los economistas en general y de sus teorías *que conspiran á una libertad absoluta*. Debemos notar que Mr. de la Harpe, habitualmente decisivo, se contenta en este caso con proponer dudas; pero estas son decisiones irrevocables, tal es la fuerza que les da el juicio recto y profundo del escritor. Veamos la conclusion. "Abandonemos los axio»mas y las generalidades á la filosofía que considera »la esencia invariable de las cosas; pero el gobierno »no ve nunca mas que probabilidades y modificacio»nes, y tiene que entendérselas con los hombres, de los »cuales no se consigue todo lo que se quiere. (Curso de »literatura, fragmento sobre los Economistas)."

clamaciones sobre el dinero, sobre que no es signo, ni medida ni prenda, sobre qué es mercancía; que no es mas que mercancía, y que no vale mas que cualquiera otra mercancía.

Al ver anunciar con tanto aparato la opinion de que el dinero no tiene valor como moneda sino solamente porque le tiene como mercancía; ¿no deberiamos creer que este es un descubrimiento modernísimo, y que los que han llamado al dinero *signo* le consideraban únicamente como un valor convencional?

Acabamos de observar que, segun Montesquieu, el dinero es signo de la mercancía, y esta signo del dinero, ó lo que es igual, que la mercancía vale dinero y el dinero vale la mercancía. Veamos ahora qué es lo que dice Forbonnais. "Los metales preciosos tienen »un valor intrínseco, relativo al uso que de »ellos pudiera hacerse, aun cuando los hom»bres no los usasen como signo." Nunca se ha escrito cosa mas terminante acerca del valor del dinero, y es abusar bien ridículamente de la credulidad del lector el inducirle á tener por erróneos todos los raciocinios en que no se llama mercancía al dinero.

Dícese que la plata tiene un valor como moneda porque tiene un valor primitivo como metal, y que su valor como moneda debe ser siempre igual ó casi igual al que tiene como metal. Es verdad; mas sino tuvie-

se la plata la propiedad de poder servir de moneda, seria infinitamente menor su valor como metal, y á caso entonces no podriamos comprar una cuarta de paño con el mismo dinero que hoy una vara.

De la inmensa cantidad de metales que hasta el dia se ha estraido y estrae de las minas ¿cuanto queda en el comercio en barras y en joyas? La vigésima parte á lo mas; y el resto se hace moneda. ¿Y qué sucederia á la plata que circula si cualquiera otra mercancía pudiese mas cómodamente hacer las veces de dinero, y si todas las naciones la recibiesen como moneda? Limitada entonces la plata á servir solo para los muebles domésticos, la consecuencia necesaria de esta variacion seria disminuirse considerablemente su valor, porque de repente refluiria una inmensa cantidad de plata á los talleres de los plateros, y por necesidad se envileceria prodigiosamente.

Es pues innegable, que los metales preciosos deben una parte muy grande de su valor á la circunstancia de poder servir de moneda, y esta observacion, que no se le escapó á Forbonnais, es una prueba mas de que para formarse una idea exacta de la moneda, no hay necesidad ninguna de llamarla mercancía.

Pero ¿es bien cierto que el dinero es una mercancia? ¿y no seria muy particular que

fuesen los primeros que han abusado de las palabras aquellos mismos que tanto declaman contra las espresiones inexactas?

¿Qué es lo que podemos llamar mercancía?

Yo llamo mercancía cualquier objeto que puede ser permutado, y que pasando del poder del productor ó del vendedor al del consumidor, puede inmediatamente satisfacer una necesidad ó un deseo.

No cabe duda en que podemos permutar el dinero; ¿pero puede siempre el dinero satisfacer directamente una necesidad ó un deseo? No. Luego el dinero no es mercancía.

Subamos todavía mas arriba y consideremos la plata en su origen, esto es, en el momento en que estrayéndola de la mina se introduce en el comercio en barras. En este caso es una mercancía, y voy á decir por qué.

Es mercancía la plata, mientras se conserva en barras, porque sea el que quiera el uso á que la destina el que la compra en esta forma, no busca mas que el metal, esto es, la plata sola, el metal en bruto. Examinemos ahora á qué estado pasa *la plata mercancía* comprada asi en el momento de su produccion.

Se introduce en el mercado general de la nacion que la ha adquirido, y alli se distribuye. Parte de las barras se emplea en el

comercio de platería, y parte se convierte en moneda para las necesidades de la circulacion. ¿Y podrá darse igualmente la denominacion de mercancía á la plata aplicada á estos dos usos diversos? Esta es la cuestion.

Mi opinion es que debe llamarse mercancia la plata que se destina al comercio de plateria, y se convierte en bajillas, joyas, muebles; porque luego estos objetos serán vendidos á los consumidores, y estos satisfarán directamente una necesidad ó un deseo.

Pero niego que deba llamarse mercancía la plata amonedada que por el simple amonedamiento se convierte en un medio indispensable entre la produccion y el consumo, y ya no puede directamente satisfacer necesidad ninguna sino la pasion del avaro, de la cual no debo hacer aqui aprecio alguno.

Asi, pues, mientras la plata permanece en la forma de barras, de bajilla ó joyas, es una mercancía; y deja de serlo en cuanto se convierte en moneda.

No se me objetará que he definido mal la palabra *mercancía.* Repito que solo es mercancía aquello que pasando del vendedor al consumidor, puede directamente satisfacer una necesidad ó un deseo.

Esta es la definicion mas lata y general

que hasta el presente se ha dado de la palabra *mercancía*, porque comprende todos los productos posibles del trabajo, tanto material como inmaterial, desde el mas grosero artefacto hasta el alegato del abogado mas elocuente, ó la representacion de una de las obras maestras de Racine.

Esta definicion de la palabra *mercancía* conviene igualmente bien á una letra de cambio, en la cual hay dos cosas que considerar, una el dinero que representa, y otra la translacion de este dinero al lugar en que se necesita. Para esta translacion del dinero es para lo que se busca una letra de cambio, y por lo que se compra: asi que las letras de cambio son una verdadera mercancía, cuyo precio, dentro de ciertos límites inviolables, se regula por la mayor ó menor estension de la demanda comparada con la oferta. En esto no hay nada que pueda decirse con verdad de la moneda.

Pero esta definicion de la mercancía que se aplica á cuanto es susceptible de permuta, no puede aplicarse con exactitud á la plata amonedada, porque esta en realidad no es otra cosa que.... ¿me atreveré á decirlo? una *prenda*, un *signo* de la mercancía; y asi es como á pesar mio me veo forzado á volver á valerme de la espresion de Forbonnais, por mas impropia que en un principio parecia.

Dícese vulgarmente que se necesita dine-

ro como se dice que se necesita un mueble; pero estas espresiones son bien diferentes; porque se necesita dinero para comprar el mueble, y esta es la razon porque el mueble es verdaderamente una mercancía, al paso que el dinero no es mas que una *prenda* de la mercancía, ó mas claro, un medio fácil y seguro de adquirirla.

Con vuestro sistema de *dinero mercancía* nadie se persuadirá que el que os vende una vara de paño es el que os compra las ocho ó nueve onzas de plata que cuesta. El vendedor recibe esta plata en cambio; pero francamente ¿la recibiria sino tuviese una seguridad de que otros á su vez se la han de recibir á él? El dinero no es pues una mercancía.

Mr. Say sostiene como Smith que la plata amonedada es una mercancía; dice como el que todos somos tratantes en plata acuñada, abusando asi de las palabras y creando de este modo una lengua nueva que altera y transtorna todas las relaciones. Solo hay un caso en que el consumidor vende en realidad el dinero, y es cuando pasando de un pais á otro lleva del primero una moneda que no corre en el segundo. Pero entonces esta moneda pierde su caracter de tal y se convierte en mercancía. Es verdaderamente una mercancía porque deja de ser moneda; y en vano se inventarán argumentos y se

aglomerarán sutilezas, porque jamás se conseguirá que el dinero que paga la mercancía, no se diferencie de ella en nada (1).

Mas si la plata que circula no es una mercancía, algo tiene que ser. Sí; ciertamente; es moneda. ¿Ni a qué necesitamos otras palabras para espresar esta idea? ¿Para qué llamar al dinero *signo de los valores*, *prenda de los valores*, *medida de los valores*? Lladle sencillamente *moneda*, espresando con esta palabra la idea de un valor que facilita al consumidor los medios de tratar con el productor. Así se tendrá una idea clara, sencilla y exacta del dinero sin el riesgo de confundir en vuestras profundas meditaciones el gran instrumento de la produccion con la cosa producida, y de asegurar por consiguiente que supuesto un valor igual lo uno no vale mas que lo otro, pues ambas cosas son una mercancía.

Esta última consecuencia está deducida al pie de la letra de la obra de Smith. Mr.

(1). En el tomo 2 pág. 26 de la tercera edicion nos presenta Mr. Say á todos como tratantes en plata amonedada. Este pasaje ha desaparecido en la cuarta edicion; y no lo ha acertado Mr. Say en suprimirle, porque en su sistema la espresion es exactísima, y asi debia haberla conservado, o suprimir cuanto dice de la *moneda mercancía*, pues no cabe duda que si la moneda es mercancia, todos somos mercaderes de dinero. Mas esta espresion felicísima si fuese cierto el sistema de Say es la que descubre su falsedad. No por otra razon la ha suprimido Mr. Say.

Say la admite sin restriccion alguna, y por lo mismo no duda advertir que ningun pais pierde el valor del numerario que de él se estrae; y sin duda alguna le parece esta observacion muy nueva y convincente, cuando despues de haberla sentado en el texto, la repite en una nota, y vuelve á repetirla otra vez en el texto, en términos que apénas hay capítulo en que no la encontremos. Nadie ha dudado jamas de que el dinero que sale de un pais, es reemplazado por las mercancías que entran; y Mr. Say podia muy bien haberse escusado el trabajo de enseñárnoslo; pero ¿la mercancía que entra presta el mismo servicio que la moneda que sale? ¿tendra sobre la produccion la misma influencia que tenia la moneda¿ ? y tendreis siempre una suficiente seguridad de hallar fuera de vuestro pais el dinero que necesiteis, en tales términos que os sea indiferente la conservacion del que antes poseíais? En esto está la verdadera dificultad. Supuesta la exactitud del raciocinio de estos escritores, no puede dudarse que á cualquiera pais le es completamente indiferente poseer dos mil millones en numerario, ó dos mil millones en pajuelas. Pero ya esta el lector en disposicion de apreciar debidamente la utilidad práctica de una doctrina que nos lleva á resultados de esta especie. Me he esplayado tan pesadamente sobre esta cuestion del dinero mercancia para poner en claro el vi-

cio fundamental del raciocinio en que se funda. Las personas de un entendimiento exacto que no se hayan estraviado del camino recto con la lectura de los escritores económicos, no necesitan para resolver la cuestion mas que entender las palabras *vender*, *negociar*, *comprar*, *pagar*; palabras que como ya he dicho, espresan un órden de relaciones comerciales en que necesariamente se presupone la existencia de la moneda, y que esclude por consiguiente hasta la posibilidad de que la moneda sea mercancía, ó la mercancía moneda. Estas dos espresiones (mercancía y moneda) se han creado á un mismo tiempo para designar; á saber: la primera, todas las cosas que pueden ser vendidas, negociadas, consumidas; y la segunda aquella cosa única que habia de servir para comprar, para pagar todas las demas. Establecióse de este modo un sistema nuevo de permutas; origináronse pues nuevas relaciones, y sucedió lo que sucede siempre en estos casos, que hubo que buscar otras palabras para espresar dichas relaciones. Hoy se empeñan algunos en dar tormento á estas palabras para hacer que signifiquen lo que jamás han significado. Asi conseguirán sin duda crear una ciencia nueva; ¿pero qué utilidad traerá esta?

"Recibir moneda en cambio de otra co»sa, dice Mr. Say, *es vender*; dar moneda *es*

comprar (1); pero ¿por qué no ha concluido su vocabulario? ¿Qué es lo que se compra? ¿qué es lo que se vende? La mercancía. ¿Con qué se paga la mercancía? Con la moneda. Con esto solo que hubiera añadido Mr. Say estaba ya en el camino recto; pero si lo hiciera hubiera tenido que suprimir la mitad de su obra.

El que tuerce el sentido general de una palabra se pone, aun como escritor, en un grande apuro. El temor de que no le entiendan le obliga á mezclar palabras sumamente inconexas. Mr. Say se vé algunas veces obligado á decir la *mercancía moneda* (2), lo que en verdad no se opone á que la moneda se quede moneda, y mercancía la mercancía. En otra parte dice (3). "La moneda es *una* »*mercancía que se compra siempre para volver* »*á venderla*;" y como solo los cambistas son los que realmente compran y revenden moneda, tiene que abrir un paréntesis despues de las palabras *volver á venderla*, para decir (permutarla de nuevo). Dice despues en la nota Mr. Say. "Todos estan prontos á reci- »bir dinero en cambio de las cosas de que

(1) Tercera edicion tomo 1 pág. 304. Cuarta edicion tomo 1 pág. 327.

(2) Tercera edicion tomo 1 pàg. 311. Cuarta edicion tomo 1 pág. 334.

(3) Id. tomo 2 pág. 460. Cuarta edicion tomo 2 pág. 483.

»quieren deshacerse, por la sencilla razon »de que no hay nadie, cualquiera que sea su »profesion, que no tenga que hacer otros cam»bios. Y como sabe muy bien Mr. Say que ya no se hacen cambios con la moneda, abre otro paréntesis en que despues de la palabra *cambios* escribe (compras); por manera que para venir á parar á esta palabra compras, que es la propia, pero que recuerda forzosamente la de mercancía, y la distingue tambien forzosamente de la moneda, ha tenido que intercalar dos paréntesis y una nota. Para darnos definiciones semejantes pudiera haberse ahorrado el trabajo de escribir un *Epítome* (1).

(1) Al fin de su obra ha colocado Mr. Say un Epítome en que alfabéticamente ha reunido todos los principios fundamentales de la nueva ciencia. Allí es donde debe aprenderse la lengua de la economía política, esto es, la lengua de Mr Say, porque cada escritor de la escuela de Smith tiene su lengua peculiar. Si se prolonga un poco esta *confusion* de lenguas perecerá con ella la economía política. En efecto, no puede interesar una ciencia que se espresa en estos términos:

»El primer producto de un fondo productivo no es propiamente un producto; es solamente un servicio productivo con el cual compramos un producto. No debemos pues considerar los productos sino como frutos de una permuta en la cual damos servicios productivos para recibir productos. Entonces solamente es cuando la renta primitiva aparece bajo la forma de productos, y si despues permutamos estos primeros productos por otros, vuelve la misma renta á dejarse ver bajo la forma de los nuevos productos que nos ha

Ya desea sin duda el lector, y yo mas, terminar esta discusion, aunque por otra parte no deja de ser importante. Nada vale un abuso de palabras cuando no se da un sentido absurdo á espresiones gramaticalmente viciosas, y asi es digno de indulgencia Montesquieu cuando llama *signo* al dinero, puesto que es indudable que al usar la palabra *signo* no espresaba la idea de una cosa que no tuviese un valor. Pero es preciso ser inflexibles cuando las espresiones viciosas conducen á raciocinios viciosos. Nada importaria ciertamente que llamásemos al dinero mercancía, si conviniésemos por otra parte en que estas dos clases de mercancías obran de muy diverso modo en la produccion, y que por consiguiente la una es mas preciosa que la otra; no para los particulares que calculan la riqueza solo por los valores, sino para el estado que tiene que atender principalmente á la accion y á la influencia de estos

proporcionado esta última permuta.» *Cuarta edicion tomo* 2 *pág.* 25.

No ignoro que Mr. Say consigue que le entendamos con la esplicacion que nos da de este párrafo en el que le sigue; ¿pero no es un tormento tener que andar esplicando asi á cada paso las frases anteriores? y una vez que la economia política aspira á ser una ciencia usual, ¿por qué no habla el idioma corriente? Por lo demas Mr. Say es indisputablemente el mas claro de todos los escritores económicos. Ya se deja entender que claros serán los demas.

valores sobre la produccion. " Las utilidades que sacan los particulares de recibir moneda mas bien que mercancías, son de ningun valor para las naciones (1), dice Mr. Say, y es positivamente lo contrario lo que deberia probar, porque siempre que consigue el negociante sustituir con utilidad ó ganancia los valores que estrae, le importa bien poco la naturaleza de estos valores, y en qué especie vuelven á su poder; al paso que al estado le importa mucho que los valores que entran, puedan fomentar la industria nacional, y que no se estraigan del pais aquellos valores que contribuian á sostenerla, como las máquinas, mientras está secreto el modo de usarlas, como las primeras materias que habria tenido que comprar manufacturadas ya; y por último, como el dinero cuando no hay en el pais mas de el preciso para las necesidades de la industria. Mr. Say conviene en que el dinero hace mucho papel en el fenómeno de la produccion (2): dice que es el agente principal de las permutas, y sin embargo le envilece, dándole el nombre de mercancía para no atender despues mas que a su valor, y sostener que supuesto un valor igual,

(1) Tercera edicion tomo 1 pág. 183. Cuarta edicion tomo 1 pág. 194

(2) Tercera edicion tomo 1 pág. 298. Cuarta edicion tomo 1 pág. 320.

la moneda no es mas útil para el pais que otra cualquiera mercancía. Esto es lo que yo llamo un miserable abuso de palabras, y estoy bien persuadido de que nadie censurará mi empeño en combatirle y deshacerle.

CAPITULO IV.

De los efectos de la abundancia ó de la escasez del dinero, con respecto á su valor.

El lector tiene presente sin duda lo que he dicho de las cuatro grandes revoluciones que ha esperimentado el sistema de las permutas. Mientras se efectuaron estas en especie, no era posible que el comercio tomase mucho vuelo, porque solamente se deben sus progresos á la introduccion de los metales preciosos en calidad de moneda, y porque desaparecieron todos los obstáculos desde el momento en que acuñados estos metales en monedas corrientes adquirieron una señal ó carácter seguro.

Pero como la cantidad de metales preciosos que andaba en circulacion en los remotos siglos en que se verificó esta revolucion, era poco considerable, la escasez absoluta aumentaba el valor de estos metales; y por lo mismo con una onza de plata se adquiririan entonces ciertamente mas mercancías, ó si se quiere se pagaria mas cantidad de trabajo

que hoy con una moneda de seis francos que pesa tambien una onza (1).

De aqui deducen los escritores economis-

(1) Las alteraciones que han sufrido en todos los paises las monedas, son enteramente independientes de las variaciones ocurridas en el valor de la plata: es muy importante no confundir estas dos cosas. El valor de la plata sube ó baja segun que con una misma cantidad de metal se dispone de mayor ó menor cantidad de trabajo. Y no admite duda que cuando escaseaba la plata debia ser mas buscada, y de consiguiente tener mas valor.

El valor de las monedas, es decir, su valor nominal depende únicamente de la voluntad del soberano. Asi que la moneda á que hoy llamamos cinco francos podria llamarse diez, si el gobierno lo quisiese variando el cuño: esta operacion no aumentaria nada su valor; pero proporcionaria al estado un medio de reembolsar á los acreedores sus créditos con una mitad menos de lo que les debia: no seria otra cosa que una quiebra de un cincuenta por ciento.

Cuantas sean las quiebras de esta especie que ha hecho la Francia, se deja conocer de la simple comparacion entre el estado actual de la moneda de Francia y el que tenia en la antigüedad. En tiempo de Carlo Magno la libra de plata pesaba doce onzas, y en estos últimos tiempos la moneda llamada libra no pesaba mas que la sesta parte de una onza; y por tanto la libra actual no era mas que un setenta y dos avo de la libra del tiempo de aquel soberano. Felipe I empezó á alterarla mezclando un tercio de liga, y en vez de tener doce onzas de plata pura la libra, no contenia mas que ocho: luego su valor menguó una tercera parte

Esta es la operacion que los historiadores llaman *aumento de la moneda.* No es muy dificil adivinar por qué se ha repetido despues tantas veces.

Sin embargo, todas estas alteraciones de las mo-

tas el principio de que aumentándose el valor del dinero á proporcion de su escasez,

nedas traían consigo innumerables males. Como el precio nominal de los géneros se regula sobre la cantidad de plata pura que contiene la moneda, y de ningun modo sobre el nombre que se le antoja al gobierno ponerle, estaba esperimentando continuas variaciones, y lo mismo sucedia con todos los productos del trabajo: resultando forzosamente de este estado de cosas no haber seguridad en las transacciones, ni crédito en el comercio. Inconvenientes tan trascendentales, esperimentados por desgracia durante muchos siglos, fueron al fin parte para que se renunciase á toda alteracion de las monedas; revolucion que tiene ya ochenta años de fecha. Cuando entró Colbert en el Ministerio la libra de plata (*veinte sueldos*) todavia contenia algo mas del tercio de una onza, y se decia que el marco valia veinte y seis francos. Colbert le subio á veinte y ocho. Antes que acusar á un ministro tan hábil de que ha tenido por una buena oparacion económica el aumento de la moneda, prefiero creer que Colbert en esto no hizo mas que ceder á las preocupaciones de su siglo: ni quiero mas prueba de que asi fue, que la circunspeccion con que se valió de este medio que tan funesto fue despues de sus dias. En efecto, despues de su muerte se subió el valor nominal del marco de plata desde veinte y ocho francos hasta cuarenta: alteracion considerable, pues equivalia á una quiebra de un treinta por ciento. Este era el estado de las cosas al fallecimiento de Luis XIV.

Si no hablo en el cuerpo de esta obra de la alteracion de las monedas es porque no hay que temer que se renueve semejante abuso. He indicado en qué consiste solamente con la mira de impedir que el lector confunda este abuso con la disminucion del valor de la plata, porque esta depende de causas muy diferentes, como veremos en este capítulo. *Nota de la primera edicion.*

es del todo indiferente que en un pais comerciante abunde ó escasee el dinero. El principio es seductor en la teoría; pero ninguno mas completamente falso en sus aplicaciones.

Este principio es falso en sus aplicaciones; primero: porque en ningun pais se regula el valor del dinero solamente por la cantidad que posee el pais, sino por la que existe en todo el mundo; segundo: porque aunque el dinero puede variar de valor, en razon de su abundancia ó de su escasez, con relacion á lo que la circulacion necesita, tiene tambien una especie de valor fijo debido á la opinion y al papel que hace como moneda, el cual impide que baje ó suba su precio en una rigorosa proporcion con su abundancia y su escasez.

¿Y qué sucedió cuando los progresos de la civilizacion dieron mayor estension á la necesidad de permutar? que no bastando ya para las necesidades de la circulacion la cantidad existente de dinero, su escasez entorpeció los ulteriores progresos del trabajo. Debió subir entonces el valor del dinero; pero como este aumento de valor no estaba nunca en proporcion con las necesidades de la industria, era muy poco sensible el bien que producia, y aun este muy lento. Entorpecida la industria por falta de medios de circulacion, se parecia perfectamente á un arbolito tierno y vigoroso, pero que no po-

dia medrar por habérsele hecho una fuerte ligadura. Esta cede, no de otro modo que sube el valor del dinero; pero sin la ligadura creceria el árbol mucho mas pronto, asi como con mas dinero se duplicaria la actividad de la industria.

No puedo apoyar todos estos raciocinios mas que en un hecho único, pero de mucha fuerza. Nadie ignora cuán languido estaba el comercio durante la edad media, de resultas del estado de barbarie que sucedió á la desmembracion del imperio romano. Las artes y la industria no empezaron á salir de su prolongado letargo hasta que con las cruzadas comenzaron los europeos á familiarizarse con cosas nuevas, y á adquirir tambien nuevas necesidades. Se empezó á usar la brújula, se inventó la imprenta, se descubrió la pólvora, se cultivó la morera, se ensayó la cria de gusanos de seda, y se fabricó el papel de lino. La ruina del gobierno feudal que se iba desmoronando por todas partes, debió acelerar sin duda estraordinariamente este impulso general hácia la produccion. Y ya que no subió de repente la industria á un grado inmenso de prosperidad, debió sin duda tropezar con un obstáculo muy grande. Este obstáculo fue la falta de medios de circulacion.

Hasta esta época habia escaseado el dinero; pero sin embargo no se habia notado

en gran manera la falta que hacia. ¿Ni de qué hubiera servido poseer grandes medios de circulacion, cuando apenas tenia el pais cosas que hacer circular, y cuando sin transportes ni permutas consumian los habitantes los productos, casi todos territoriales, que ellos mismos creaban? Todo varió de aspecto luego que el comercio tomó alguna actividad: conocióse entonces generalmente la falta que habia de dinero, y fuertemente encadenada la industria con la imposibilidad de efectuar las permutas, se mantuvo todavia lánguida sin recibir mas auxilio en todo el siglo XV que un ligero pero lento aumento en el valor del dinero.

Haciendo pausa aqui preguntaré; ¿por qué razon cuando la industria se hallaba tan poderosamente contrariada en sus progresos con la imposibilidad de efectuar las permutas, esperimentó el dinero durante todo un siglo solo un aumento de valor casi imperceptible, cuando siempre crece su valor, segun los escritores, en razon de su escasez, en vez de haber sido tres ó cuatro veces mayor el aumento, como era de esperar del progreso de las cosas, y como al parecer debia ser, segun los principios teóricos de los autores económicos?

Esta cuestion me obliga á reproducir el principio que anteriormente he sentado. *Aunque el dinero puede variar de valor en razon*

de su abundancia ó de su escasez, con relacion á lo que la circulacion necesita, tiene tambien una especie de valor fijo, debido á la opinion y al papel que hace como moneda, el cual impide que baje ó suba su precio en una rigorosa proporcion con su abundancia ó su escasez.

Ya prevéo todas las objeciones, y creo poder satisfacerlas. Díceseme, ¿qué importa tener menos dinero cuando se aumenta su valor, si uno es entonces mas rico? Importa mucho. Es muy dificil persuadir á nadie, aunque ello sea cierto, que con diez mil libras de renta se puede ser igualmente rico que cuando se poseían numéricamente veinte mil: tal influencia ejercen las palabras sobre las ideas. Asi, concediendo que en un pais cualquiera vaya el dinero caminando á tomar mas valor, esta tendencia será siempre contrariada, si ya no destruida, por la fuerza del hábito y la influencia de los signos. Un jornalero habituado á ganar dos francos al dia, querrá siempre ganar dos francos: lo mismo digo del fabricante, del mercader y del empleado; y para que vuestro dinero duplique su valor, será preciso que la escasez del dinero llegue á términos de valer diez y aun veinte veces mas, teóricamente hablando.

Paréceme imposible disputar este valor de opinion que tiene el dinero, y todo lo que hace veces de tal. Los escritores, sin embargo, le desprecian en sus rigorosos ra-

ciocinios, de los cuales sacan sus consecuencias, como si fuesen unos geómetras. Tengo por perjudicial esta costumbre de aplicar á una ciencia en que todo es variable el método de otra en que todo es positivo; tanto valdria imponerse la obligacion de no usar del cálculo al escribir un tratado de geometría.

Volvamos á hablar de los progresos de la industria en Europa. Los últimos años del siglo XV presenciaron un suceso eternamente memorable que ensanchó los límites del globo, esterminó naciones enteras, y multiplicó para todas las demas las fuentes de la produccion. Solo le examinaré bajo este último punto de vista, que es el que viene á mi propósito, y ya se deja entender que hablo del descubrimiento de la América.

Nadie ignora que los conquistadores del nuevo mundo trajeron consigo á su vuelta una inmensa cantidad de metales preciosos. No pasó un siglo despues de la conquista cuando ya habia en Europa veinte veces mas dinero que en ninguna época anterior. Una gran cantidad refluyó á la India y á otras partes del mundo; pero se cree sin embargo que actualmente hay en Europa diez veces mas dinero que antes del descubrimiento de la América. A este aumento de medios para permutar se deben pues muy principalmente los progresos prodigiosos de la industria en estos ultimos siglos. Ya hemos visto que en

todo el siglo XV, cuando la industria hacia los mayores esfuerzos para producir se aumentó muy ligeramente el valor del dinero, prueba irrecusable de su escesiva escasez, comparativamente con lo que necesitaba el comercio. Con este aumento de valor recibió la industria un socorro apenas perceptible, y asi es que hizo muy pocos progresos. Pero de repente crece el gran instrumento de la reproduccion de una manera, al parecer maravillosa, y quitadas ya las trabas que oprimian la industria, empieza decididamente á tomar incremento, y el comercio de Europa abraza el mundo entero en sus especulaciones.

A mis ojos no presenta la historia suceso alguno, cuya causa y efectos estén tan íntimamente unidos. Smith sin embargo lo ha desconocido, ni podia ser de otro modo sin desacreditar con una sola palabra toda su doctrina.

A pesar de lo mucho que deseo llegar al objeto que me he propuesto, lo mas directamente posible, me veo obligado á impugnar á este escritor siempre que me sale al encuentro. Si no tuviese este cuidado, se contentarian los contrarios con oponerme la autoridad de sus palabras, y quedaria yo sentenciado sin haber sido oido.

Segun Smith, el aumento de la cantidad de oro y de plata en Europa, y la estension de su agricultura y de sus fábricas, son dos

circunstancias, que aunque verificadas en una misma epoca, *apenas han tenido relacion una con otra.* ¿Pero á qué causa atribuirémos esta grande estension del comercio tan íntimamente enlazada con el descubrimiento de la América? A la ruina del gobierno feudal; y lo funda Smith en el ejemplo de la Polonia que siempre ha subsistido bajo este género de gobierno. A estas dos observaciones respondo, primero: que no es cierto de ningun modo que sea hoy la Polonia como lo asegura Smith *un pais tan miserable como lo era antes del descubrimiento de América*; y segundo: que hay muchos estados de Europa que han permanecido muy pobres, á pesar de haberse abolido en ellos el gobierno feudal. Asi que, no era pues el sistema feudal el único obstáculo que se oponia á los progresos de la industria, y han permanecido pobres los estados de que he hablado, sin mas razon que el no haberles cabido mas que una parte muy pequeña en el aumento general de los capitales metálicos, ó mas bien no haber sabido utilizarlos en el fomento interior (como España y Portugal). La pobreza de estas naciones la atribuye Smith á otra causa: *aunque han abolido el sistema feudal*, dice *han sustituido otro poco menos malo.* Pero este sistema, poco menos malo, ha enriquecido sin embargo á la Inglaterra; y no repara Smith que él mismo se pone una

objecion á que dificilmente puede satisfacer.

La ruina del gobierno feudal ha proporcionado á la industria una libertad de que nunca habia gozado; mas esta circunstancia que sin duda aceleró sus progresos, no le hubiera sido muy favorable sino hubiera habido medios de permutar mucho mas numerosos que multiplicaban sus productos y facilitaban su circulacion. Estas dos circunstancias han contribuido admirablemente al mismo resultado, y cuando Smith asegura que apenas han tenido relacion una con otra, no prueba absolutamente nada por lo mismo que quiere probar demasiado.

Ademas, en las espresiones mismas de que se vale Smith se está descubriendo el vicio de su raciocinio. ¿Qué quiere decir este *apenas* embutido en la frase como para dar testimonio del desagrado que le causa? *El aumento de la cantidad de oro y de plata en Europa y la estension de su agricultura y de sus fábricas, son dos circunstancias, que aunque verificadas en una misma época, apenas han tenido relacion una con otra.* ! Apenas! !no cabe duda de que este es un raciocinio convincente!

Smith estaba bien persuadido de que habia influido en los progresos de la industria el aumento de los metales en Europa, producido por el descubrimiento de la América, y se hubiera avergonzado de asegurar

lo contrario. Pero obligado á decir la verdad, ó á sacrificar su doctrina, ha conciliado ambas cosas lo mejor que le ha sido posible, y de esta especie de transaccion ha resultado una frase ambigua que nada significa.

Y puesto que Smith no ha negado positivamente la influencia del aumento del numerario en Europa sobre los progresos del comercio, es claro que la ha reconocido; y por lo mismo que la reconoce, á pesar de su deseo de debilitarla, aseguro yo que ha sido muy grande, y tanto que la industria no hubiera salido de la infancia á no ser por este aumento de numerario.

Continuemos el examen de las objeciones. He aqui algunas importantes.

Pregúntase desde luego cómo es que despues del descubrimiento de América ha ido menguando sucesivamente el valor del dinero, en términos de valer hoy tres veces menos que antes. De aqui se ha sacado la consecuencia de que la industria no habia menester de nuevos medios para permutar, puesto que su multiplicacion no ha servido mas que para envilecerlos: argumento especioso, que seria muy exacto, si la desestimacion del dinero hubiera guardado proporcion con el aumento de su cantidad. Pero la desestimacion guarda la proporcion de tres ó cuatro a uno, es decir, que hoy son

necesarias casi cuatro onzas de plata para conseguir los mismos productos que antes del descubrimiento de América se hubieran conseguido con una onza. Pero no se ha aumentado la cantidad del numerario solamente en la proporcion de cuatro á uno, como al parecer lo indicaria su desestimacion, sino al contrario en una proporcion mucho mayor, cual es la de uno á diez: diferencia esencialisima y que no puede esplicarse sino por las necesidades constantemente nuevas, originadas de los progresos de la circulacion y de la industria; progresos que cada dia requerian indispensablemente el aumento de la masa general de la moneda.

Pero por rápidos que fuesen los progresos de la industria, no era posible que esta emplease la enorme cantidad de metales que á torrentes refluia de América á Europa. Huvo siempre mucho mas dinero que el que era necesario, y de aqui resultó su desestimacion. Y del simple hecho de que la América ha provisto el mercado de Europa de mucho mas dinero que el que su industria necesitaba, se ha querido deducir que la industria no le necesitaba absolutamente. Pero esta es una consecuencia poco lógica.

Como desde el descubrimiento de América la desestimacion del dinero esta en la proporcion de cuatro a uno, y el aumento de su masa en la de uno a diez, resulta, que

el aumento de su cantidad es relativamente mucho mayor que la desestimacion de su valor. De lo cual debe inferirse que no hubiera menguado el valor del dinero si las minas recientemente descubiertas no hubiesen hecho mas que triplicar la cantidad del dinero existente, en vez de hacerla diez veces mayor, que es lo que sucedió. El envilecimiento del dinero no es pues una consecuencia necesaria del aumento de su cantidad; y como no se le podia ocultar á Mr. Say la fuerza de este argumento, hace cuanto puede por destruirla. Si habiendo, dice, una cantidad de metal diez veces mayor que antes, no bajó su valor á ser diez veces menor, "fue porque las necesidades del comercio, de las artes y del lujo, *que se aumentaron mucho hácia esta época*, aumentaron mucho los pedidos de esta especie de género (1)." ¿Mas por qué se aumentaron tanto entonces las artes, el comercio y el lujo? Esto es lo que deberia decirnos Mr Say, y no se cura de ello. Pero es de saber que el comercio, las artes y el lujo han debido al descubrimiento de la America, es decir, á la inmensa cantidad de moneda de aquellas minas, esta estension estraordinaria que indica Mr. Say, y de la cual habla como de una cosa casual, porque solo asi podia sacar á salvo su doctrina. Los particulares, á cuyas manos vino á parar este dinero, no le enter-

(1) 3.ª ed. tomo 2 pág. 22. 4.ª ed. tom. 2. pág. 55.

raron sin duda; gastáronle, pues, y de este modo promovieron la industria pidiendo nuevos productos. Trabajóse, pues, mas que antes; pero los trabajadores, al paso que tambien gastaban mas, porque trabajaban y ganaban mas, aplicaron tambien una parte de sus ganancias al aumento de los capitales; formaron nuevos talleres, y establecieron nuevas fábricas. Asi es como creció la produccion en casi todas las naciones, cuya industria, sin este memorable acontecimiento, hubiera permanecido en un estado constante de languidez por muchos siglos, y acaso por siempre.

Testigos los pueblos de Europa de los efectos de la multiplicacion de la moneda en los paises que en último analisis atraian hácia sí la plata del nuevo mundo, hubieron de proponerse el mismo objeto: y casi todos aumentaron asi sus medios de trabajo, sin mas escepcion que España y Portugal, por donde durante tres siglos no ha hecho la plata mas que transitar. Estos dos paises, poseedores de las minas, en vez de aplicar una parte de sus metales al fomento de la reproduccion interior, tuvieron por mas cómodo emplearlos todos en comprar á los estrangeros lo que hasta entonces habia fabricado su propio pais. En este comercio no podian menos de arruinarse: pues por una parte no era seguro que pudiesen continuarle porque las minas se esterilizan, y por

otra suministraban medios de trabajo y de fuerza a naciones rivales. Por esto ha sido siempre muy languida la industria en España. Respecto á Portugal, nadie ignora que desde el tratado de Methuen, el dinero de sus minas no hace otra cosa que ir á desembarcar en Lisboa para pasar luego inmediatamente á Londres. El ejemplo de estos dos paises, que son los que surten al mundo de metales preciosos, no prueba pues de ninguna manera que no sea el dinero el primer instrumento del trabajo, sino por el contrario, que es preciso conservarle, y sobre todo saber invertirle.

En los dos siglos posteriores al descubrimiento de América ha sido incalculable la influencia del aumento de la cantidad del numerario sobre la riqueza, ó lo que es lo mismo, sobre la multiplicacion de los productos: y negarlo es negar la evidencia. Ya hoy esta influencia es menor, y probablemente aun lo será mas en adelante; sea porque la poblacion y la produccion no pueden siempre crecer con la misma rapidez, sea porque el crédito ha creado instituciones que hacen algo menos indispensable el uso de la plata moneda. Asi es que la Inglaterra ha conseguido pasarse sin ella: en Francia, en Alemania, en Rusia, se hacen tambien muchas especulaciones en moneda de papel. De aqui resulta que debe abundar el

dinero en todas partes, y con efecto, abunda. Esta abundancia de dinero, que es absoluta, es inmensa, con respecto á las necesidades del comercio, porque de seis años á esta parte está entorpecida la produccion no solamente en uno ú otro pais, sino en toda la Europa, y sin embargo nos dice Mr. de Humbold que las minas de Méjico continuan poniendo en circulacion cantidades enormes de metales preciosos, y aun asegura que en estos cien años últimos ha subido el producto anual de las minas en la estraordinaria proporcion de veinte y cinco á ciento diez (1). Calcúlese el peso de todas estas consideraciones, y dígasenos despues si, con arreglo á las teorías de los escritores de la escuela económica, no deberian ellos en estos tiempos reducir el valor del dinero á una mitad menos. Mr. Say confiesa que á pesar de ser muy considerable la produccion anual de oro y plata, baja poco el valor de estos metales; y *esta es una prueba mas*, añade, *de los rápidos progresos que va haciendo la riqueza, los cuales multiplican la demanda al mismo tiempo que el surtido* (2). Pero en ningun pais á lo menos de Europa crece ahora la riqueza, y son tan escasos los pedidos de dinero, que aun

(1) Ensayo politico sobre el reyno de la nueva España tomo 4 pág. 149

(2) Cuarta edicion tomo 2 pág. 66. Nota.

en aquellas naciones que han tenido que pagar contribuciones enormes en metalico, no saben los bancos qué hacer del numerario que tienen. Tampoco destruye la objecion Mr. Say cuando dice *que le parece notar que empieza á bajar el valor del dinero.* Ni la baja que indica probaria nada, porque el comercio está decadente en todas partes, á pesar de que en todas abunda el dinero, y en tales circunstancias no deberia bajar *un poco* sino muchísimo. Y despues de esto qué inferiremos de que el sextario (1) de trigo ha subido en estos treinta años de cuatro onzas de plata á cuatro y media ¿Se sigue de este hecho que es el valor de la plata el que ha menguado? ¿No será mas cierto haber crecido el valor del trigo? ¿Y no seria natural atribuir este aumento del valor del grano al aumento de la poblacion que multiplica la demanda, y que no siempre multiplica la produccion?

No se puede concebir hasta qué punto llega el celo de los escritores cuando se trata de atemorizarnos con los efectos que una grande abundancia de numerario causaria en Francia. Sin embargo, bien cerca tenemos un pais en donde no se ha notado la menor desestimacion en el valor del dinero, á pesar de que por espacio de cerca de dos siglos se ha reunido en él el dinero de todos los puntos de Europa. La cantidad inmensa de plata que se ha propor-

(1) 15 sestarios hacen 41 fanegas de Castilla.

cionado la Holanda con su comercio de transporte, le ha servido en un principio para dar la mayor estension á sus capitales productivos, pero careciendo de terreno, y aun mas de poblacion, no podia sacar de un capital numerario considerable todas las ventajas que con él se hubieran proporcionado unas naciones agricultoras y fabricantes La Holanda tuvo pues forzosamente que hacerse prestamista de los estrangeros: prestó al cinco y al seis por ciento, y creó de este modo para sí una renta nueva.

Si fuese cierto que la abundancia del numerario disminuye su valor permutable, no podia haberse dejado de verificar asi en Holanda, porque este es el único pais que por su industria ha adquirido un capital numerario muy superior á sus necesidades; y si esto no se ha verificado en Holanda cuando no tiene mas medios de dar inversion á los capitales que la pesca y el comercio de transporte ¿no será un absurdo temer este efecto en Francia, siendo como es un pais agricultor y fabricante, de una inmensa estension, de una fertilidad prodigiosa en comparacion de la Holanda, y con una poblacion en fin de veinte y ocho millones de habitantes activos é industriosos, y miserables todavía muchos de ellos porque no encuentran medios de trabajar?

Asi pues, como desde el descubrimiento de América no ha bajado el valor del dinero á

proporcion del aumento que ha tenido su masa, como no ha valido menos en Holanda que en ningun otro país, aun en la época en que poseía tanto dinero que no sabía en qué invertirle; y por último, como á pesar de las muchas circunstancias que conspiran teóricamente en el dia á la desestimacion del dinero, no varía hoy su valor, ó varía muy poco, es preciso reconocer que el valor del dinero depende de leyes particulares, nacidas indisputablemente del oficio que desempeña en calidad de moneda. Mr. Say lo ha reconocido ó lo ha negado alternativamente, segun que le era ó no necesario para fundar estos ó los otros raciocinios. Hé aquí como esplica él la variabilidad del valor del dinero.

"La circunstancia de poder servir de moneda no fija el valor de los metales preciosos. Este es siempre variable, segun los lugares y los tiempos, como el valor de cualquiera otra mercancia (1). No hay que pensar que solo circunstancias grandes y singulares, como el descubrimiento de las minas de América, pueden hacer variar el valor del dinero; esta mercancía está sujeta á todas las variaciones que sufren las demas mercancias" (2).

Oigamos ahora á Say sostener lo contrario.

"Como el dinero es un género que usan

(1) Tercera edicion tomo 1 pag. 314. Cuarta edicion tomo 1 pag. 338.

(2) Tercera edicion tomo 1 pag. 348.

»todos los pueblos civilizados del globo, y »como puede transportarse con facilidad, es »entre todos el que tiene una salida mas es- »tensa. Por consiguiente las cantidades nue- »vas que se introducen en la circulacion ape- »nas producen un efecto sensible, á no ser »unas cantidades inmensas" (1).

Este escelente principio le ha sentado Mr. Say al esplicar la razon de por qué despues del descubrimiento de América no ha bajado el valor del dinero tanto como hubiera debido. No lo echemos en olvido: para que baje notablemente el valor del dinero es preciso que se introduzca de repente en la circulacion una cantidad inmensa, y aun entonces no baja el valor del dinero á proporcion del aumento que ha tenido su masa, *porque el dinero es un género que usan todos los pueblos del globo, porque se transporta con facilidad, y porque es el que mas salida tiene.* Hé aquí la verdad; la verdad eterna á que siempre se viene á parar. Gracias mil á Mr. Say porque la ha dicho, pues no podia decirla sin ponerse en contradiccion consigo mismo y sin pulverizar su propia doctrina.

Sostienen los escritores de la escuela de Smith que no han podido aspirar las naciones a este aumento constante de su numerario sin ponerse en un estado de hostilidad re-

(1) Tercera edicion tomo 2 pag. 26. Cuarta edicion tomo 2 pag. 60.

cíproca; pero esto sería cierto á lo mas cuando hubiese que renunciar á las minas. Desde el descubrimiento de América ha procurado cada nacion proporcionarse la mayor parte posible de los rendimientos anuales de las minas. Allí es adonde han ido á buscar la *riqueza*, en el sentido metafórico que da Steuart á esta palabra, esto es, los medios de produccion. Con este motivo pregunta Mr. Say si buscando cada nacion la riqueza fuera de su país, habrá que ir á buscarla fuera del globo, pregunta bien ociosa mientras haya en él minas que beneficiar, pues hasta el presente no han necesitado las naciones para tener plata mas que acudir á su origen. Esto es lo que hace la Inglaterra de tres siglos á esta parte, y con una habilidad que esplica demasiado bien el alto puesto en que se ha colocado entre las naciones europeas, puesto asombroso si se atiende á los obstaculos que un estado tan pequeño tenia que superar para llegar á dominar á los demas. El que replicase que la Inglaterra ha conservado menos numerario que la España, y sobre esta circunstancia fundase el argumento de que no influye de ninguna manera sobre la riqueza de un país la cantidad de numerario que posee, se saldria de la cuestion. La España ha seguido en esta parte la conducta que aconsejan Smith y Mr. Say á todas las naciones. Ha comprado del estrangero lo que

manos españolas hubieran podido fabricar, acaso menos bien ó mas caro: ha estraido su numerario: ha muerto á sus trabajadores, y se ha empobrecido. La Inglaterra ha seguido otro camino enteramente diferente: ha dado á la plata que muy ampliamente le suministraba su comercio esterior cuatro principales aplicaciones.

Primera, ha hecho moneda la cantidad necesaria segun ha ido creciendo el progreso de la reproduccion interior del país.

Segunda, ha surtido y surte aun abundantemente de dinero á las inmensas factorías que posee en todas las partes del mundo, de cuyo comercio se ha apoderado asi casi esclusivamente, concediendo plazos y haciendo anticipaciones, imposibles á cualquiera otra nacion.

Tercera, ha destinado una parte de la introduccion anual de metales preciosos á comprar mercancías de la India, cuyo consumo favorece en Europa con gran detrimento de la industria de todas las naciones, pero sin perjuicio de la suya propia, porque al paso que provee á la Europa de tejidos de la India, prohibe estos en sus propios mercados.

Cuarta, en todas las guerras del continente que podian terminar de un modo ventajoso á los progresos de su comercio, ha dado subsidios enormes en metálico á las naciones en cuyo favor le convenía hacer inclinar la balanza.

He aquí por qué siempre la Inglaterra ha monopolizado la plata de las minas y este es el uso que ha hecho de ellas. Y si hoy posee menos numerario que ningun otro país de Europa, debe atribuirse á los trastornos políticos, cuyas consecuencias han estado para serle funestísimas, y de las que solamente se ha podido libertar por su posicion insular. Amenazada su existencia política del modo mas terrible y sin mas medios de salvacion que los subsidios que habian de absorver toda su moneda metalica, supo sacrificarla enteramente. Ninguna nacion antigua ni moderna presenta en su historia económica un suceso tan memorable; pero solo la Inglaterra podia hacer este sacrificio. Mas adelante indicaremos la razon. Díganños entre tanto los escritores económicos qué seria hoy la Inglaterra, si desde el descubrimiento de América no hubiese poseido constantemente la mayor parte de los rendimientos anuales de las minas. Trátase de hechos positivos; no hay que forjar hipótesis, sino historiar lo sucedido.

Creo que puedo con razon deducir de lo dicho estas consecuencias.

Primera, que los progresos de la industria hubieran sido considerablemente contrariados y lentos, á no haberse verificado el descubrimiento de América, el cual proporcionó á todas las naciones medios de aumen-

tar la circulacion interior de los productos de su trabajo, y por consiguiente de multiplicar estos mismos productos.

Segunda, que la Inglaterra debe su preponderancia en Europa al esmero con que ha procurado atraer hácia sí constantemente la mayor parte posible de la plata de América.

Tercera, que porque se aumente el numerario de un pais, no por eso baja necesariamente su valor; porque este efecto solo se ha verificado una sola vez en todo el mundo, y á consecuencia de un suceso demasiado estraordinario, para poder fundar en él raciocinio alguno.

CAPITULO V.

Del préstamo á interés.

Dar, es disponer de la cosa que se posee en favor de otro haciéndole dueño de ella. Prestar, es ceder á otro por un espacio cualquiera de tiempo el uso de esta misma cosa, gozando así este solamente el usufructo de ella.

Todo préstamo supone un sacrificio: renuncio momentáneamente en beneficio de una persona cualquiera á disfrutar de esta ó de la otra cosa util ó agradable de que aquella necesita. Mas si yo no tengo alguna razon particular para hacerle gratuitamente

este obsequio, es muy justo que me lo remunere.

No se dice que se prestan á interés aquellas mercancías, cuyo uso temporal puede comprarse y pagarse: estas cosas se alquilan, se arriendan; v. g., las tierras, las casas. El precio que se paga por el uso ó servicio de un caballo, de una casa, de una cama, se llama alquiler, y este no es mas que la justa compensacion que se debe al dueño de una cosa que mediante el uso de ella nos proporciona, el agrado ó utilidad que él mismo hubiera podido sacar para sí.

Esta compensacion toma el nombre de interés cuando es dinero la còsa prestada; asi que, prestar á interés es prestar dinero, y por préstamo á interés se entiende solamente un préstamo de dinero; pero el interés del dinero no es otra cosa como el alquiler de cuanto se presta, que la indemnizaciôn de un sacrificio, el precio de un servicio hecho.

Acercándonos á examinar qué circunstancias pueden influir en el precio de este servicio, hallaremos que las mas principales son dos: primera, lo mas ó menos grandes que son las utilidades de la industria, y segunda la mayor ó menor abundancia de capitales disponibles.

La primera circunstancia influye en la cuota del interés, por cuanto el interés no es mas que una sustitucion hecha por el que

toma prestado en favor del prestamista, de las utilidades que el dinero de este ha de procurar á aquel, ó mas claro, la cesion de una parte de estas mismas utilidades. Asi si fuese posible que las utilidades llegasen á un treinta por ciento, no habria una razon para que el interés no fuese de quince, y seria en estos términos muy ventajoso el convenio á ambos contratantes, pues el uno con su dinero y el otro con su trabajo, sacarian una grande utilidad.

En la edad media eran mucho mas considerables que hoy los beneficios del comercio (1). Esta es una de las razones, aunque no la única, de la subida del interés del dinero en esta época. Es claro que cuando uno puede ganar un veinte y cinco por ciento empleando por sí mismo su dinero en operaciones de la industria, no se contentará con ganar cinco prestándole.

Los que toman prestado para consumir no pueden ciertamente prometerse una renta del dinero que se les entrega; pero no por eso es menos justo que paguen un interés proporcionado á esta renta posible, porque al

(1) Mr. Say sostiene lo contrario contra la esperiencia y contra Smith. Véase la obra titulada Riqueza de las naciones, libro 2 cap. 3. , y el tratado de economia politic tercera edicion tomo 2 pag. 109. Cuarta edicion tomo 2 pag. 131.

fin el prestamista hubiera podido procurársela sino les hubiese prestado su dinero.

He dicho igualmente que ademas de las mayores ó menores utilidades de la industria, influia tambien en la cuota del interés la mayor ó menor abundancia que hay de capitales disponibles. ¿Pero qué debemos entender por capitales disponibles? ¿Qué es lo que aumenta la cantidad de estos capitales? ¿Se trata aqui de moneda ó de mercancías?

Ciertamente se trata de moneda puesto que moneda es lo que se presta; y tambien de mercancías, ó con mas exactitud de valores, pues no se toma prestada la moneda sino para poder disponer del valor que ella representa.

Hay en todos los paises ricos una porcion de hombres conocidos con el nombre de capitalistas, cuyo caudal consiste principalmente en valores que se realizan cuando se quiere. Los valores que estas gentes poseen consisten en letras, intereses en las compañías de seguros, en acciones de banco, rentas del estado, y numerario efectivo: de esta clase son en general los prestamistas. Cuanto mas cuantiosos son los fondos que tienen para prestar, mas bajo es el interés á que prestaran. Lo contrario sucede cuando hay escasez de capitales, ó cuando crece de repente la demanda de capitales, porque la abundancia ó la escasez de fondos para prestar, siem-

pre es una cosa relativa, jamás absoluta. Siempre hay escasez cuando la demanda es mayor que la oferta; y siempre hay abundancia cuando la oferta es mayor que la demanda.

Sirve mucho para la produccion, y por consiguiente para la riqueza el que sea bajo el interés del dinero: mas el que esté bajo este interés no es una prueba de riqueza. Lo único que prueba, es que hay en el momento mayor número de personas en estado de prestar que el de las obligadas á tomar prestado.

Mil circunstancias delicadísimas, y sumamente difíciles de apreciar, complican los elementos que deciden del tanto del interés del dinero. En tiempos de turbulencia nadie presta, porque no hay seguridad en los contratos, á causa de la falta de autoridad en las leyes; y el interés sube estraordinariamente. Calmadas las revoluciones vuelve á parecer el dinero generalmente; auméntase el número de los prestamistas y el interés baja. Bajará todavia mas si mengua el aprecio ó estimacion de la propiedad territorial, ó si por alguna razon cualquiera, originada de los hábitos contraidos o de circunstancias políticas, muchas personas han convertido sus haberes en letras de cambio. Pero la aficion á este género de inversion de capitales es funesta á la nacion; porque no puede dejar

de resentirse de ella la agricultura y á veces tambien el comercio. En donde hay muchos capitalistas hay siempre mucho agiotage: los gobiernos ganan ó adquieren asi la posibilidad de tomar prestado con mas facilidad; pero á costa de una nueva desgracia, puesto que los empréstitos son siempre causa de nuevas contribuciones.

Haber abundancia de fondos para prestar no es siempre lo mismo que haber abundancia de numerario, porque efectivamente podria en rigor haber en el pais doble cantidad de dinero que la actual, y no encontrarse sin embargo entre cuantos la poseyesen un solo individuo que quisiese prestar cien francos. No obstante, no puede concebirse que ande escasa la moneda y que abunden los fondos para prestar; porque estas dos circunstancias se escluyen mutuamente.

Smith y Mr. Say se consumen en probar lo contrario. Veamos las razones que alegan.

"La abundancia del dinero influye poco, *y acaso no influye absolutamente nada* en el tanto del interés." Esto decia Mr. Say en la primera edicion de su obra (1). Pero en la cuarta es aun mas decisivo (2). La abundancia ó la escasez del dinero, de la moneda y de cuanto hace veces de tal, *no influye de ninguna manera* en el tanto del interés." Y

(1) Tomo 2 pág. 290.
(2) Tomo 2 pag. 145.

sienta despues "que concedido que cuando se toma dinero prestado, lo único que se recibe en préstamo es el valor del dinero, es indiferente recibirlo en dinero ó en mercancías." No hay cosa mas comun entre comerciantes, añade Say, que hacer préstamos, y admitirlos en otras materias que en dinero.

Mucho se engaña en esto Mr. Say, pues nada es menos frecuente; y que me desmienta el comercio mismo si no es asi. Comprar al fiado, no es tomar prestadas las mercancías, porque cuando se toman prestadas hay que devolver la misma especie de mercancía; al paso que comprando al fiado es preciso pagar al plazo señalado, no ya en mercancías sino en dinero, y si se ha dado un nombre particular á estas operaciones, es porque son realmente de muy diversa naturaleza. ¿Para qué se toma prestado? Se toma, ó para consumir ó para producir. Cuando es para consumir, es precisamente el dinero lo que se necesita, porque el dinero es un agente intermedio indispensable entre el hombre y las cosas que en el momento ha menester. Si el que toma prestado para consumir no necesitase sino un solo género, es bien seguro que admitiria este género del mismo modo que admite el dinero con que lo ha de comprar; pero aun en esta hipótesis acaso preferirá el dinero, porque al tiempo de pagar no puede asi haber la menor dificultad sobre la can-

tidad prestada; y si al contrario se verificase el préstamo en mercancías, pueden originarse mil disputas sobre su calidad y sobre su valor. Pero nunca se ha tomado prestada una cantidad de alguna consideracion para comprar un solo género de consumo; siempre es, ó para hacer frente á los diversos gastos de una familia, ó para emprender un viaje, ó para dotar una hija &c. &c., y asi siempre es el dinero lo que se necesita. Cuando se toma prestado para producir, tambien es siempre el dinero lo que indispensablemente se necesita, á escepcion de las primeras materias que pueden comprarse al fiado. Efectivamente se toma prestado en este caso para componer los obradores, para poner máquinas ó ingenios nuevos. Se toma prestado para pagar jornales, como los fabricantes, ó letras que van á cumplir, como tienen que hacer los comerciantes muchas veces. ¿Y qué nos importa que el pais posea innumerables fardos de mercancías? ¿Iré por ventura á buscar añil prestado para pagar al maestro de obras que ha construido mi fábrica, ó para cubrir las letras de cambio que he aceptado, ó para dar de comer a los operarios que empleo? ¿Podré cumplir con estas obligaciones sin dinero? Y cuando es dinero lo que indispensablemente he menester, ¿puedo lisonjearme de encontrarlo á un interés moderado, si el pais, en lugar de la moneda,

que me es tan indispensable, posee muchas mercancías que para nada necesito? Mr. Say confiesa que la abundancia ó la escasez de la mercancía no influye en nada sobre la baja ó la subida del interés; pero dice tambien que no hay cosa ninguna que pueda uno proporcionársela en caso necesario con mas facilidad que el dinero, siempre que uno tenga un valor igual que dar en cambio. Mr. Say establece este principio al hablar del despacho de los géneros (1) y á mi ver es demasiado lato. Sé muy bien que la misma talega de mil francos que ha facilitado verificar una compra ó un préstamo, pasando á otras manos diversas, dará medios de hacer otras cien ventas ó préstamos; y que el dinero en todas estas operaciones no hace mas papel que el de un agente intermedio, pero aun asi, es preciso que se deje ver el dinero. El capitalista que tiene su dinero parado, está siempre en disposicion de prestar; pero cuando en vez de dinero tiene mercancías, no podrá prestar dinero sino vendiendo antes las mercancías, y es bien seguro que para prestar no las venderá perdiendo. Por lo mismo para tener desde luego dinero, no basta poseer valores; ¿ni cómo puede dudarse de esto cuando estamos viendo todos los dias que casas ricas suspenden los pagos sin mas ra-

(1) Tercera edicion tomo 1 pag. 144. Cuarta edicion tomo 1 pag. 151.

zon que no haber podido realizar la mitad, ni aun la cuarta parte de sus créditos activos? . . . .

Cuando á consecuencia de un comercio esterior ventajoso refluye mucho dinero en el pais, suele suceder que muchos de aquellos á cuyas manos viene á parar, ó no quieren ó no pueden emplearle en la reproduccion; en cuyo caso le prestan y baja el interés. Y no hay decir que esta es una suposicion gratuita; porque en ninguna parte ha bajado tanto el interés del dinero (dos por ciento) como en Holanda, y hemos visto que ningun otro pais ha poseido comparativamente mas cantidad de metales preciosos.

Mr. Say reprueba la espresion *interés del dinero* (1). En su concepto deberia decirse *interés* de los capitales, porque nadie toma prestado el dinero por ser dinero, sino por su valor. Pero acabamos de ver que se toma prestado el dinero ya por su valor, y ya tambien por ser dinero. Lo que se quiere recibir cuando se toma prestado, es dinero y no otra cosa, puesto que nadie la admitiria sino para convertirla en dinero, lo que no siempre se puede hacer sin alguna pérdida. Y por esto solo los usureros rematados son los que prestan en géneros ó mercancías,

(1) Tercera edicion tomo 2 pág. 119 y 457. Cuarta edicion tomo 2 pág. 141 y 480.

y en ello hacen su negocio. Débese pues decir *interés del dinero*, una vez que es dinero lo que se recibe en préstamo, y que tambien es dinero lo que hay que devolver, con la reserva de sustituir á la espresion citada la de *interés de los capitales*, cuando veamos á los que toman prestado, recibir en vez de dinero molinos, canteras y máquinas de vapor.

"Los metales preciosos, dice Mr. Say, forman una parte de los capitales de la sociedad; pero no parte de los capitales disponibles ó que pueden prestarse. No hay que buscar en qué invertirlos, porque ya está buscado: su oficio es hacer circular los valores de una mano á otra (1)." No puede decirse que la moneda no hace parte del capital disponible ó prestable, puesto que por confesion de Mr. Say la moneda es parte del capital de la sociedad, y puesto que se presta en dinero. ¿Cómo se habia de poder prestar el dinero si no fuese nunca una cosa prestable? Prestamistas hay á las veces que no pueden dar otra salida que esta á su dinero. Estaba muerto, y muerto permaneceria en sus manos; ¿y dejaria por eso de ser un capital? El empleo principal del dinero es hacer circular los valores; pero no

(1) Tercera edicion tomo 2 pág. 125. Nota. Cuarta edicion tomo 2 pag. 147. Id.

es este su único empleo: unas veces obra como capital, es prestado, y entonces da una renta: otras obra como renta, y se gasta, y acaso se convierte otra vez en un capital en las manos que le recojen. Cuando abunda el dinero pueden mas fácilmente los prestamistas realizar á metálico los valores que poseen en otra forma, porque para prestar estos valores tienen siempre que convertirlos en numerario, porque á interés no se presta sino en dinero. La abundancia de la moneda influye pues sobre el interés; y sobre esto apelo de la cuarta edicion de la obra de Mr. Say á la primera de la misma.

Acerca del interés del dinero tengo todavia que ventilar con los escritores de la escuela económica otra cuestion mucho mas grave, pues se interesa en ella la moral. ¿Es siempre justo el interés, por mas subido que se suponga? La escuela de Smith, como que sostiene que sí, quiere que el contrato de préstamo sea un contrato perfectamente libre, pues á sus ojos es un convenio de la misma naturaleza que todos los demas. No debe haber ley ninguna que fije el tanto del interés sino para aquellos casos en que debiendo pagarse un interés, no hay estipulacion anterior, porque en este caso solo la ley puede determinarle; y la razon que aqui alega Mr. Say es, que en el interés del dinero se comprende siempre una prima por el seguro de

los riesgos que corre el prestamista; riesgos que pueden ser enormes, ya por la naturaleza de las especulaciones del que toma prestado, ya por su mala direccion, ya en fin por su falta de buena fe ó de conocimientos.

Esta doctrina es especiosa, y tiene muchos partidarios. Sin embargo, á poco que paremos en ella la consideracion, nos asombrarán sus consecuencias. A nada menos conspira que a legitimar la usura, y en verdad, que segun el sistema que impugno, deberia borrarse del diccionario esta palabra.

Si se concede pues que en el interés se comprende siempre una prima por el seguro de los riesgos que corre el prestador, es indispensable conceder tambien que puede ser moral el interés, sea el que fuere; lo cual es en verdad sumamente inmoral, y por lo mismo no puede ser verdadero.

El interés mas subido que puede pagar cualquiera que toma prestado, es por necesidad menor que la utilidad que ha de sacar de la suma que recibe, porque á no ser asi, su trabajo no tendria indemnizacion alguna, y no trabajaria. Pero, segun hemos visto, las utilidades ó ganancias en cualquier género de empresas no tienen un límite fijo: y por lo mismo será muy variable el interés, y asi se debate y fija su cuota en la discusion que media entre los prestadores que aspiran a sa-

car una utilidad razonable de sus fondos, y los que toman prestado, ofreciendo las suficientes seguridades para merecer la confianza. El interés arreglado de este modo, es lo que yo llamo interés natural, y este puede ser de un cuatro, de un cinco y de un seis por ciento, segun sean mayores ó menores las ganancias, y segun sea tambien mayor ó menor el numero de los prestamistas. Sea el que se quiera el tanto del interés, nada importa para mi raciocinio: puede subir ó bajar sin ofensa de las leyes de la moral, puesto que se funda en la ganancia legítima que podria hacer con sus fondos el que presta, y que puesto que se priva de ellos prestandolos, es justo que se le remunere.

Pero desde el momento en que al hombre que toma prestado, se le imposibilita de sacar de la inversion legítima del dinero el interés que por él se le exije, la prima del seguro, que hace subir el interés, es evidentemente una cosa inicua.

Es inicua, porque aunque parezca voluntario y libre el contrato, es indudablemente cierto que no pudiendo sacar el que toma prestado, del dinero que recibe unas utilidades suficientes para pagar el interés, se ha visto forzado á tomarle por una circunstancia cualquiera, de la cual se ha prevalido en su daño el prestador. Este abuso de la desgracia de aquel, y le oprimió: obtuvo pues

el triunfo del fuerte sobre el débil, que es la cosa mas odiosa del mundo.

No cabe duda en verdad, que en todos los préstamos se arregla el interés en un convenio firmado entre dos personas á quienes no obliga la ley respectivamente á dar en préstamo su dinero ni á recibirle; mas no por eso es mas libre el convenio. Cuando yendo por un camino entrego mi dinero al que me le pide, poniéndome una pistola al pecho, ¿tengo yo acaso libertad para negársele? ¿Y quién ignora que el prestador tiene, por sola su calidad de tal, sobre el que toma prestado una superioridad de que este no puede sustraerse, pues le somete á ella la necesidad que tiene de dinero, y que es la mas imperiosa de todas, por que las comprende todas?

Pero la prima de seguro no es solamente una cosa inicua, es ademas sobre todo una cosa absurda, porque no presta seguridad alguna; y este es el vicio radical del raciocinio que impugno, y cuya refutacion será imposible.

El interés del dinero no es en sustancia mas que una sustitucion en favor del prestador de las utilidades que se pueden adquirir legalmente con el dinero que prestó; y de aqui se sigue infaliblemente que jamás puede ser el interés mayor que las utilidades.

Dedúcese tambien otra consecuencia, y es que en estos contratos jamás puede haber

prima de seguro; porque las utilidades ponen coto al interés, y el seguro no puede tenerle por su misma naturaleza.

¿Ni qué seguridad puede hallarse en un interés muy crecido contra un hombre que necesita tambien seguridad? ¿Y qué puede asegurar el interés? ¿Hay seguridad de percibirle un solo año? Y si al fin es posible que no se perciba mas que el primer año, ¿se irá aumentando el interés hasta que iguale al capital? ¿llegará á ser de ciento por ciento? No dudo repetir que esto es horrible y absurdo.

No cabe duda; en el interés no existe prima de seguro. Todo el que presta se espone sin duda á algunos riesgos; pero ¿cuál es la inversion del dinero que esté á cubierto de todo riesgo? Cien mil francos empleados en la compra de una posesion rural dan una renta de tres mil; pero prestados aquellos, es duplicada la renta. Esta diferencia compensa ciertamente los inconvenientes del prestar; y los compensa con justicia, esto es, sin lesion de nadie, porque aquel á quien se prestaron los cien mil francos, á pesar de la renta anual, que paga por ellos, puede todavia proporcionarse para sí mismo otra renta. Así, pues, al calcular el interés jamas debe admitirse, como razon para subirle, la posibilidad de perder el capital, porque esta pérdida jamas se presume una vez que

se presta, y porque aunque fuese presumible no admite compensacion alguna. ¿Teneis fundado motivo para temer perder el capital? pues no presteis; y asi usareis de caridad con vuestro hermano, pues con vuestro pérfido socorro y con vuestra prima de seguro le precipitariais en un abismo, de que acaso habria conseguido evadirse sin vuestra funesta asistencia.

Por lo mismo que hay hombres que especulan sobre las desgracias agenas, ha fijado la ley en casi todas las naciones el interés del dinero. Desgraciadamente no se han acomodado siempre estas leyes á las revoluciones que ha sufrido el comercio; pero hoy que pesa sobre todas las naciones de Europa una deuda pública, pudieran hacerse muy acertadas. Bastaria mandar de una vez que se señalase todos los meses respecto de los empréstitos entre particulares el interés, tomando por base el curso medio á que corran los créditos del estado, esto es, que el interés no pase nunca de este término medio; y asi se cortaria el escándalo de ver que los gobiernos toman prestado á ocho y á diez por ciento, al mismo tiempo que sus tribunales castigan á los particulares que han prestado á siete por ciento. Por ôtra parte es evidente que si por cualquiera razon baja el precio de las tierras, y comprando una hacienda pudiese uno proporcionarse una renta de un

cinco por ciento, no tiene ya aplicacion ninguna la ley que fija el interés al mismo cinco por ciento. Es preciso que otra ley suba el interés, ó esperar que ha de ser violada; é igual suerte tendrán ambas si las malas doctrinas asociadas á las malas costumbres favorecen de consuno el quebratamiento. En este caso no hay género alguno de fraude á que el préstamo á interés no dé lugar, y la ley misma que le somete á ciertas reglas, es otra nueva causa de corrupcion sobre las ya existentes.

Los antiguos no tenian en esta parte conmiseracion alguna: á todos es conocida la dureza de las leyes romanas contra los deudores, pues no solo era subidísimo el interés, sino que la ley reducia á la clase de esclavos á los deudores insolventes. El encarcelamiento y la esclavitud servian allí de prima de seguro, y aun con todo tan terribles medios no aseguraban otra cosa sino la posibilidad de satisfacer una venganza á la cual se daba entonces por desgracia demasiado precio. La moral del cristianísimo ha venido á acendrar nuestros sentimientos, al paso que ha rectificado nuestras ideas, y á la luz de esta antorcha hemos llegado á descubrir lo que hay de justo y de injusto en el alquiler del dinero. Este descubrimiento no era tan fácil como puede parecérnoslo en el dia, y presenciando la iglesia los innumerables ma-

les que causaba el préstamo á interés, propendio por mucho tiempo á su condenacion. Pero cuidado, que habia que evitar dos escollos; fiel a su noble institucion acudió á lo mas urgente, y salvó la moral. Conseguido este triunfo, examinó despues mas sosegadamente si era á la vez justo y util el alquiler del dinero. Entonces nació la palabra interés; ó mas bien su verdadera acepcion. Y asi interés y usura son ya cosas sumamente diversas, y confundirlas hoy seria lo mismo que pretender que la moral y la ciencia del gobierno no fuesen ya lo que son.

El gran Sanhedrin de 1807 pronunció la decision siguiente: "Queriendo el gran Sanhedrin disipar el error de que los que prestan tienen facultad para ser usureros.... decide que ni aun respecto de las naciones estrangeras cuando permite la escritura santa recibir de ellas un interés, debe entenderse *que habla de una ganancia escesiva y ruinosa para el que la paga.*" ¡Lamentable cosa es haber de tener que citar á los judios como una autoridad moral contra la usura! ¡A lo que nos obliga la economía política!

Debo advertir que los escritores de la escuela de Smith han ido todavia mas lejos que su maestro, en todo lo relativo al préstamo á interés. Smith dice sencillamente (lib. 2 cap. 4) que en aquellos paises en que las leyes prohiben el interés del dinero, no por

eso se presta menos; pero que entonces se presta á un interés mas subido, *porque el deudor se halla forzado, por decirlo asi, á asegurar á su acreedor del castigo de la usura.* Y hay mucha distancia entre esto y la prima de seguro convertida en manos de Say en uno de los elementos constantes y forzosos del tanto por ciento de interés. Por otra parte Smith habla de los males que causa la usura; prueba bastante de que no la confundia con el interés. Asi que, es permitido creer que si bien Smith hubiera querido mas flexibilidad en las leyes sobre el interes, no hubiera sin embargo aprobado esta conclusion de Mr. Say. "Son tan malas las leyes de esta especie que su *quebrantamiento* es una fortuna (1)."

CAPITULO VI.

De los bancos y del papel moneda.

Smith y su escuela se han visto forzados á negar que puede escasear alguna vez el dinero, pues de lo contrario, hubieran tenido que reconocer que á lo menos en algunas circunstancias debe desearse su conservacion; confesion que llenaria de vergüenza al maestro mismo si pudiese resucitar y pronunciar-

(1) Tercera edicion tomo 2 pág. 121. Cuarta edicion tomo 2 pàg. 143.

la. La detestacion del dinero es el verdadero caracter de las doctrinas económicas. ¡Qué dolor que no pueda esta disposicion propagarse desde la ciencia hasta á aquellos á quienes dá ocupacion! La economía política haria entonces mas que la moral, y todos la estudiaríamos para hacernos mejores.

La escasez y la abundancia del dinero son pues cosas reales y positivas, ya respecto de la Europa en general, ya respecto á cada una de las naciones que la componen. Pero ni la escasez ni la abundancia del dinero son cosas absolutas, existentes por sí mismas, independientemente de las relaciones que tienen con las demas cosas que al mismo tiempo existen. Con una misma cantidad de dinero puede haber alternativamente abundancia ó escasez de él, segun que el estado de la industria ó que las necesidades del comercio reclamen mas ó menos dinero. En la actualidad abunda el dinero en Europa, porque en todos sus paises es languida la produccion, y sin embargo no bajará el valor del dinero, porque este resultado no puede generalizarse sino cuando nuevas minas aumentan de repente en gran manera la cantidad de la plata.

Cuando se descubrió la América escaseaba el dinero en Europa, y la prueba incontestable de esta verdad es el aumento de valor que tomó durante todo el siglo décimoquinto. Despues bajó el valor de la plata, pe-

ro solo en la proporcion de cuatro á uno, al paso que su cantidad se habia aumentado en la de uno á diez. Esta es la única respuesta que debe darse á los que sostienen que si se duplicase la cantidad del numerario de un pais, valdria una mitad menos. A principios del siglo XVII pareció que iba á subir algo el valor del dinero en toda Europa, lo cual indicaba: primero, que habia llegado á su último complemento el efecto producido por la esplotacion de las minas del nuevo mundo sobre el valor del dinero: segundo, que la cantidad de plata que rendian anualmente no era ya bastante para convertirla en moneda y para los demas usos de estos metales. Hízose sentir entonces la necesidad de suplir el dinero y de reemplazarle de algun modo; y de aqui nacieron los bancos, que con diversas denominaciones y con objetos diferentes han hecho tanto papel en la administracion económica y comercial de las naciones europeas.

No es de este lugar escribir la historia de los bancos que mas han durado y mas crédito han obtenido: todos la saben. Hay dos clases principales de bancos: bancos de depósito, y bancos de circulacion ó de descuento. El objeto esencial de los bancos de depósito es sustituir una moneda fija á las monedas de metal, las cuales están sufriendo sin cesar las variaciones que resultan del uso, de las alte-

raciones de su peso y ley, y de la de su valor nominal. Llámanse bancos de depósito, porque el numerario que compone su caudal permanece en caja, y no se recibe en ella sino comprobando antes el peso y la ley. Estos bancos no ponen cédulas en circulacion: unas sencillas anotaciones en los libros de asientos bastan para traspasar los valores, mudando asi de dueño sin mudarlos de lugar. Los bancos de depósito no aumentan pues la cantidad de la moneda que hay en circulacion, sino que la mejoran: y en aquellos tiempos en que eran de temer las alteraciones de la moneda podian ser utilísimos los bancos de esta especie; pero hoy sirven de poco, y probablemente no se establecerán ya mas.

Los de circulacion ó de descuento se fundan en otros principios, y con la mira de una utilidad de otra especie. En estos bancos un cierto número de accionistas entregan un fondo en numerario, que es el capital primitivo del banco, y que va creciendo cada año con la separacion que se hace de una parte de las ganancias. Una parte de este capital numerario permanece en la caja del banco para poder cambiar las cédulas que el mismo banco pone en circulacion. Y debe verificarlo á puerta abierta, sin dilacion ni dificultad. La otra parte del capital se aprovecha en beneficio de la compañia, con arreglo á los es-

tatutos ó reglamentos del establecimiento, en los cuales suele señalarse por el gobierno la duracion del privilegio. El espendimiento de las cédulas se arregla luego á lo que las necesidades de la circulacion requieren, esto es, segun que se presentan mas ó menos letras de cambio para que el banco las descuente. La cantidad de las cédulas que deben ponerse en circulacion no tiene otros límites que la prudencia y el crédito de que goza el banco. Si las cédulas de este se presentasen á ser descontadas al momento siguiente de haberlas puesto en circulacion, el crédito seria nulo y el banco se arruinaria. Esto ha sucedido á nuestra vista en Lila, en Ruan, en Leon, cuando ha querido el banco de Francia establecer factorías en estas ciudades. Por el contrario, cuando el papel del banco permanece en circulacion, basta para cambiarle una parte pequeña del capital primitivo: se aumenta la emision de cédulas, y prospera el banco. Sus ganancias son por otra parte mayores ó menores, segun tiene mas ó menos papel en circulacion; y como no le espende sino por medio del descuento, la utilidad misma del descuento es lo que forma la renta anual de los accionistas entre quienes se reparte, segun lo convenido. A la operacion del descuento de letras suelen agregar los bancos de depósito el comercio de barras, el depósito de valores y cuentas corrien-

tes &c. No hago mas que indicar estas operaciones, porque de cualquier modo que se consideren, su utilidad es de poca monta. Los efectos de los bancos de circulacion sobre la riqueza individual presentan dos aspectos diferentes.

Primero, los bancos dan una renta á sus accionistas; y este modo de emplear el dinero seria sumamente seguro si de un modo ó de otro no llegasen los gobiernos á hacerse coopropietarios del todo ó parte del capital primitivo de los bancos, ya por medio de empréstitos que renovándose á cada paso, pueden considerarse como no reembolsables, ya fundando rentas que adeudan en realidad al capital que hipotecan, porque los bancos que han consentido en esta inversion de sus fondos muertos, no siempre tienen libertad para vender en la plaza. Sin embargo, la garantía de las cédulas que circulan no por eso es menor, porque se cifra en buenas letras de cambio, por las cuales dió el banco estas mismas cédulas, y no es de recelar que puedan perder sus portadores sino mediando una quiebra del gobierno que hiciese perder su valor á un numero muy considerable de letras de cambio tomadas á descuento; dos suposiciones que es de esperar que no se verificarán jamas.

Segundo, los bancos sirven tambien al comercio facilitandole los medios de convertir en

numerario á costa de un cortísimo sacrificio unos valores en papel, que, no existiendo el banco, serian descontados sin duda alguna por capitalistas particulares; pero á un precio mucho mas subido, y con perjuicio de la produccion, á pesar de la opinion de Mr. Ricardo, que sostiene que no pueden los bancos descontar á bajo precio sino hacen el monopolio; en lo cual no se le puede negar el mérito de establecer una doctrina propia y peculiar suya (1).

Bajo otro aspecto mas importante, aun que los dos primeros pueden considerarse todavía los bancos de circulacion. El banco aumenta aparentemente la cantidad de dinero que existe en el pais, con solo descontar á bajo precio las letras de cambio que tienen plazo señalado, é introduciendo en la circulacion unas cédulas que hacen exactamente el oficio de la moneda. Creíase antes de Smith como creen aun los empleados en la administracion económica que el papel de banco es un auxiliar de la moneda, que suple por una gran cantidad de dinero, y en fin que aumenta los medios de circulacion y de produccion, como sucederia con un aumento real y efectivo de la cantidad de numerario existente en el pais.

Nó; dicen los escritores, no es este el

(1) Principios de economía política tomo 2 página 250.

servicio que prestan los bancos; no aumentan el numerario del pais, sino que le suplen; substituyen á la moneda metálica, que sale muy cara, otra convencional, que nada cuesta: esta moneda metálica, inutilizada ya, pasa á pais estrangero, y en él se compran con ella productos que aumentan en otro tanto la riqueza del pais que se desprendió del metalico.

¿Y un banco que permite al pais permutar su numerario, enriquecerá al mismo pais cuando no hace mas que trocar un instrumento de riqueza, cuya duracion puede ser eterna, por unas mercancías que pueden consumirse enteramente al cabo de un año, y acaso antes de una semana?

Smith á la verdad sienta aqui una distincion, de que eso menos prescindiremos que habremos de oponérsela á él mismo mas adelante. Cree Smith que si los objetos que se introducen en retorno de la moneda metálica son de tal naturaleza que no contribuyen á la produccion, como por ejemplo telas de seda, encajes, vinos, &c. se hace un cambio *que es una verdadera prodigalidad, y que cede en detrimento del pais* (1). Tiene por útil el cambio cuando se reciben del estrangero solamente viveres, herramientas y otras materias que dan ocupacion á mayor numero de artesanos. ¿Y qué seguridad tenemos de que

(1) Tomo 2 pag. 232.

el país que puede estraer del estrangero cuanto este produce, traerá herramientas ó víveres mas bien que géneros manufacturados, que lisongeen mas su gusto ó su capricho? El mismo Smith se responde á esta cuestion, pues en otros lugares de su obra confiesa que cualquiera nacion encuentra dentro de sí misma por lo comun sus víveres y todos los instrumentos ó herramientas del trabajo, pues los unos son productos de su terreno y los otros obra de sus artesanos.

Con arreglo pues á las teorías económicas, las naciones que usan el papel de banco estarían casi infaliblemente espuestas no solo á verse privadas de todo su numerario, sino tambien á no conseguir de sus cambios mas que objetos, cuya admision perjudicarian á sus propios trabajadores. Y si despues llegase á suceder que las tales naciones no pudiesen continuar sirviéndose del papel moneda, ya por un descrédito progresivo, ya por cualquiera otra causa, se verian entonces despojadas de los medios de circulacion y faltas de dinero; y ya se deja entender en qué vendrian á parar en tal situacion todos los medios del trabajo, privados asi del resorte que los pone en movimiento.

Esto es lo que sucedió en Francia despues de la abolicion del sistema (1). A pesar de

(1) El de Law.

que su corta duracion no permitió que se estrajese toda la moneda metálica del pais, habiase estraido sin embargo una parte considerable; se necesitó mucho tiempo para volver á adquirirla, y entretanto se mantuvo el interés sumamente alto. Este mismo efecto se ha reproducido á consecuencia del papel moneda de la revolucion. Y yo no trato ahora de examinar si el espendimiento de las cédulas de Law y de los asignados ha sido ó no proporcionado á las necesidades de la circulacion. Párome únicamente en los apuros en que la escasez del numerario sumió al comercio cuando hubo que volver al uso de la moneda metálica; y aseguro que estos apuros son un inconveniente íntimamente unido á la adopcion del papel de banco, cuando este llega á perder su estimacion despues que ha hecho desaparecer la moneda metálica.

No hay pues que decirnos que es util á la nacion el papel de banco, porque permite al pais estraer su numerario; porque por lo mismo que lo permite es tan peligroso usarle. No tardaremos en ver á qué peligros ha espuesto á la Inglaterra misma. Pero en el sistema administrativo produce el papel de banco efectos muy diferentes: no se sustituye á la moneda sino que aumenta su cantidad. Influye asi incesantemente sobre la produccion, y no una sola vez, y por una sola operacion, cuyas consecuencias pueden ser fu-

nestísimas, sino millares de veces y siempre por una operacion ventajosa, puesto que esta operacion es una creacion.

Si en un pais cualquiera dependiese la conservacion de su independencia de convertir su moneda metálica en papel moneda, si despues de una invasion, por ejemplo, tuviese que rescatar esta misma independencia sacrificando todo su numerario, ya se concibe que se resignaria á este sacrificio, y entonces mereceria alabanzas por haber sabido sustraerse de un peligro actual esponiéndose á otro menos próximo. Mas segun el sistema de los escritores económicos, la conversion de la moneda metálica en moneda de banco no depende de un riesgo presente, ni resulta de una fuerza mayor; se echa mano de este recurso al parecer para aumentar los productos; pero en realidad para consumir mas; no de otra manera que vende el pródigo su patrimonio, disipa su valor, y al otro dia se muere de miseria. Trueca el pais su numerario por mercancías estrangeras, y por la momentanea posesion de estos géneros sustituye á su moneda metálica otra que á poco tiempo va á esponerle á las mas terribles desgracias. Asi, pues, si la utilidad de los bancos se reduce á proporcionar de este modo á las naciones el medio de aumentar por una sola vez su fondo de consumo, pueden pagar esta ventaja sobradamente cara; y sos-

pecho que el lector no verá en ella, como yo, sino un gravísimo peligro.

Pero este peligro desaparece enteramente cuando el papel de banco está reducido á ser un mero auxiliar de la moneda metálica. Supuesto este sistema, no puede existir el papel de banco sin la existencia simultánea de la moneda metalica, ó mas bien no existe sino por ella, por la posibilidad que hay de cambiarle por metálico, y porque siempre la cantidad de papel de banco es mucho menor que la del metálico. Si circunstancias imprevistas obligan á no poder valerse momentáneamente de este auxiliar poderoso, no por eso sufre el estado crisis ni convulsion alguna, ni se vé el pais despojado en un momento de toda su moneda; tiene menos, pero puede esperar que tiempos menos ingratos permitan volver á aumentar aparentemente el numerario hasta la suma necesaria para la circulacion.

El banco de Inglaterra se fundó en 1694, y al parecer con el objeto particular de auxiliar al estado, que á la sazon apenas encontraba quien le prestase á diez y seis por ciento; pero el banco lo hizo al ocho. Y por no perder la ocasion diré que esta es otra prueba mas de lo que influye sobre el interés la abundancia del dinero; prueba que constantemente se repite cuando se crea un banco. Siempre el primer resultado es la baja del interés.

La existencia de los bancos se cifra en el crédito; sin crédito no hay banco. El crédito de que puede gozar un banco depende particularmente de dos circunstancias: primera, de que el gobierno no influya de manera alguna en sus operaciones; y segunda, de que el banco esté enteramente á cubierto de todo temor de una invasion estrangera.

Ambas circunstancias se han reunido por mucho tiempo en Inglaterra, y solamente allí podian reunirse Sospecho que la primera de estas condiciones no se guarda ya religiosamente. Esta es una razon para creer que no será mas respetada en otros paises, y en verdad siempre que se ha establecido un banco en cualquier pais se ha mezclado el gobierno mas ó menos en su administracion. Puede inferirse que este mal es inherente á la cosa, y es un mal radical; pues lleva consigo un principio de muerte. Al fin perece todo banco de donde puede sacar fondos el gobierno, y como hasta el presente los han sacado de todos los bancos, los hechos nos presentan á la vista el inmenso peligro que acompaña siempre á este medio de riqueza, de que no se puede usar nunca con sobrada circunspeccion.

La completa seguridad de todo temor de invasion estrangera, segunda condicion indispensable, no ya para la existencia de un banco, sino para la mayor estension posible

de su crédito, y para la seguridad de su duracion, no puede todavia verificarse mas que en Inglaterra, gracias á su situacion geográfica. El mismo Smith nos pinta el terrible apuro en que se vió el banco de Londres, cuando en 1745 se hallaba el hijo del pretendiente á la distancia de solas cuarenta y cinco leguas de aquella capital. Dígaseme ¿qué hubiera sucedido despues, si hubieran podido los franceses atravesar el estrecho, como en otro tiempo pasaron los Alpes? Ni debe juzgarse de los peligros de un banco en caso de invasion por la reciente conducta de los aliados con el banco de Francia, porque no era la ruina de la Francia el objeto que traian los aliados; sino antes bien su propio interés, el primer objeto de sus esfuerzos era el restablecimiento de la autoridad legítima, y que se volviese á adoptar una política mas conforme con la justicia y con la seguridad de los estados. Por eso pues no han destruido todo lo que podian destruir, y sin embargo ¡cuánto no temieron en los primeros meses de 1814 los tenedores de cédulas del banco, y cuánta no fue la inquietud del banco mismo cuando llegó á romper sus láminas, y se dispuso á hacer una liquidacion general con una prudencia y una brevedad dignas de los mayores elogios! En Enero tenia en circulacion por valor de ciento catorce millones en cédulas; y el 30 de Marzo no habia ya

en manos del público sino al pie de diez y seis millones. Asi que en el espacio de dos meses habia recogido noventa y ocho millones, operacion bastante fácil, porque se previó la invasion, y porque casi todas las cédulas que circulaban estaban en París. ¿Pero qué hubiera sucedido si hubieran estado esparcidas por toda la Francia, y si en vez de ciento y tantos millones hubiera habido que recojer algunos miles de millones? Y sobre todo, ¿qué hubiera sucedido si se hubiera apoderado el enemigo del papel del banco, ó si hubiese hecho grabar de nuevo las láminas para desacreditar el papel antiguo espendiendo infinitas cédulas nuevas?

En Inglaterra ha sido preciso todo el espacio del siglo último para que el papel de banco haya llegado á hacer las veces de la moneda metálica; sustitucion que se ha consumado poco á poco con el auxilio de un crédito ya esperimentado. No solo ha prosperado constantemente el banco llamado con propiedad de Inglaterra, sino que en todos los puntos del reyno se han establecido otros bancos que tambien han prosperado. En el momento en que los embarazos que trajo la revolucion francesa obligaron al Parlamento á suspender el pago de las cédulas á puerta abierta (en 1797), casi toda la circulacion se hacia en papel. Entonces se dió un curso forzado al papel de banco, y se convirtió en pa-

pel moneda: lo cual hubiera sido en cualquiera otra parte señal infalible de una desestimacion progresiva. En Inglaterra apenas llamó la atencion; y á decir verdad, nada se alteró, y por lo mismo que la ley no hizo alteracion alguna, no ocasionó tampoco revolucion ninguna; y por cierto que no llevaré á mal el consejo de que adoptemos un papel moneda cuando, como la Inglaterra, hayamos hecho por espacio de 125 años un ensayo del papel de banco en todos los puntos del reyno; y sobre todo cuando convertida la Francia por milagro en una potencia insular, tenga como la Inglaterra los medios de impedir que venga el enemigo á atacarla en su centro.

Se comprende el gran crédito que goza en Ingiaterra el papel de banco, porque el sistema práctico de los bancos existe alli hace mas de un siglo, y porque el pais no está espuesto al peligro de una invasion. Una esperiencia tan prolongada y tan feliz justifica la confianza; pero solamente en Inglaterra. La Inglaterra, que en casi todas las cosas forma escepcion, es sin embargo hoy dia la nacion cuyo ejemplo las demas pretenden imitar. Dios quiera que esta manía de imitacion no llegue á ser fatal á la Europa.

Pero lo que importa tener bien sabido es que aun respecto del gobierno ingéls la sustitucion del papel moneda al metalico ha te-

nido unas consecuencias que por poco han ocasionado su ruina. Obligado el gobierno á hacer contínuas remesas de metálico al continente, ya en razon de los subsidios que daba, ya para el pago de sus propias tropas, ¿á qué precio compraba el metálico? Y no habia mas recurso que comprarlo, porque ni las contribuciones ni los empréstitos se efectuaban mas que en moneda de papel. Y si Smith cita como funesta la operacion que repetidas veces tuvo que hacer el banco de proporcionarse oro á cuatro libras esterlinas la onza, cuando su precio ordinario es tres libras diez y siete sueldos y diez dineros (1), ¿qué diría si hubiera visto al mismo gobierno pagar la onza de oro á cerca de seis libras esterlinas? ¡porque á este precio subió el oro! De este modo cuando tenia el gobierno inglés que enviar cien millones al continente, se veia obligado á exijir ciento y cincuenta millones de contribucion, ó á tomarlos prestados; sobrecarga enorme que solamente la Inglaterra podia soportarla, por su crédito y por su progresiva riqueza; pero á la cual debe por último el peso de una deuda que sin duda la oprimirá por largo tiempo.

La transformacion del papel de banco en papel moneda sin bancarrota, es pues un fenómeno que solamente en Inglaterra podia

(1) Tomo 2 pag. 249.

verse verificado. Al lado de este fenómeno se vió otro estraordinariamente curioso, cuya consecuencia fue hacer pasar de Inglaterra á Francia por medio del contrabando mas de ciento y ochenta millones en oro; y esta suma enorme que pasó de los puertos de Gravelinas y de Dunkerque á la casa de moneda de París, la trajeron los ingleses mismos en los años de 1811, 1812 y 1813. Y asi en el momento mismo en que el gobierno británico estaba comprando el oro á cualquier precio, en la misma plaza de Londres la concurrencia de los ingleses era la que le obligaba á pagarlo tan caro, y tenia el desagrado de ver que pasaba á Francia de contrabando el mismo oro que no habia sabido comprar, y cuya extraccion tampoco sabia impedir (1).

(1) Mr. de Montveran en su escelente historia de la situacion de Inglaterra en Enero de 1816 sostiene que el gobierno inglés fué el que hizo estas estracciones; que las hizo por su cuenta y con la sola mira de hacer subir el cambio; pero esta equivocado. Concibieron esta operacion varios particulares que con el buen éxito cobraron osadía; puesto que al principio entraron en ella con un miedo estraordinario por los innumerables riesgos á que esponia. La operacion proporciono ganancias enormes (casi 20 millones) á las casas de Londres, de Francfort, de Dunkerque y de Paris que se interesaron en ella. El mecanismo de esta operacion le he esplicado yo en una memoria sobre el crédito que imprimí en 1817, pero que no permitiu se vendiese por varias razones que personas discretas aprobaron. Hiciéronse sin embargo dos ediciones de esta memoria porque de todas partes, aun de fuera del

No son estos, ni con mucho, los únicos inconvenientes que ha ocasionado á la Inglaterra la substitucion del papel á la moneda metálica. Mr Malthus considera, con razon, como una desgracia muy grave la posibilidad sola de una frecuente variacion en el valor del agente de la circulacion, y apoyado en varios hechos asegura que la Inglaterra ha padecido mucho por la inconstancia del valor de su papel moneda (1). Y á la verdad, con un papel moneda, cuyo valor está subiendo y bajando á cada paso, el comercio no es mas que una especie de lotería, en que la casualidad se burla de las combinaciones mas prudentes, y de cuantas seguridades

reyno, me le pedian. De ella ha sacado Mr. Say la materia de la nota que ha puesto en la pág. 450 del tomo 1.º de la cuarta edicion, sin citar el autor, pues Mr. Say solo se complace en citar escritores de la escuela de Smith, y sentiria que fuesen otros los leidos.

Como ya no existen las consideraciones que me obligaron á no poner en venta la citada memoria sobre el crédito, es posible que la haga reimprmir y la dé al público con otras memorias sobre diversas cuestiones de administracion comercial. Entonces responderé á Mr. de Montveran, á quien, repito, debemos la obra mas completa que hasta ahora se conoce sobre la existencia política y económica de Inglaterra, despues de la guerra de la revolucion. Nota de la segunda edicion. Todo lo relativo á Mr. de Montveran se ha añadido en esta tercera.

(1) Principios de economía política tomo 2, página 186: véanse tambien las páginas 263 y 267 del mismo tomo.

de un buen éxito pueden dar el talento, la prudencia y la buena direccion. ¿Qué contratos pueden en esta situacion ser seguros? Se ha observado en Inglaterra que con un mismo arrendamiento se ha enriquecido el colono un año, y en otro se ha arruinado, siendo en ambos años la misma la cosecha; y de esta fluctuacion de valor del agente de la circulacion ha resultado que en varias partes de Inglaterra se renuevan ahora los arriendos todos los años; situacion que arruinaria la agricultura de cualquier pais en que estuviese muy dividida la propiedad, y que probablemente si se prolonga mucho, llegará á perjudicar á la misma Inglaterra.

Esta por su situacion, por su crédito y por sus hábitos, es el pais en que siempre se echará menos de ver la necesidad de una moneda metálica. Y aun por estas razones ha podido la Inglaterra, sin grave daño, hacer un ensayo que en cualquiera otra parte hubiera tenido las mas peligrosas consecuencias. Debíase creer, que hecha la paz, hubiera el gobierno vuelto á establecer el cambio á puerta abierta, y suprimido el papel moneda, si el banco hubiera tenido á su disposicion los medios para ello necesarios; pero esta vuelta al uso de la moneda metálica, preparada tan anticipadamente y por tanto tiempo suspendida, es una prueba suficiente de que no siempre es muy fácil procurarse

dinero cuando ha llegado una vèz el papel á ocupar el lugar de aquel. Sin embargo, al parecer la Inglaterra es el pais que menos debiera esperimentar este embarazo, porque constantemente ha tenido la política de atraer á sí la plata del nuevo mundo. Por la esperanza única de apoderarse de los galeones, hacia la reyna Isabel la guerra á España; que siempre la Inglaterra ha tenido por objeto de la guerra el entrar á la parte del rendimiento de las minas. El mismo objeto se proponia en la paz, y ahí estan para probarlo el tratado de Methuen que ha convertido á Portugal en una colonia inglesa; y tantos otros tratados de paz ó de comercio, cuyo objeto secreto ó público era favorecer la estension de la industria británica. Ni esta política variará jamás, y nada importa que la Inglaterra vuelva ó no vuelva al uso de la moneda metálica, cuando ya en tiempo de Smith toda la circulacion del pais se verificaba en papel de banco. Esta es la razon por qué Smith ha reputado tan poco importante la moneda metálica, y ha asegurado que se podia reemplazar esta *por medio de un papel moneda bien arreglado.* (1) Smith, á quien nada le importaba examinar si este medio de permuta podia convenir igualmente á la situacion de los demas paises, se limitó á escribir la historia de

(1) Riqueza de las naciones tomo 3 pág. 19.

lo que en el suyo pasaba, y tomó por regla lo que era solo una escepcion; error en su situacion disculpable. Pero se ha engañado muchas veces aun en cosas peculiares á su mismo pais, y aun todavia mas cuando ha tratado de establecer principios generales; ni puede menos de ser asi, porque en la ciencia de la administracion lo que es cierto respecto de un pueblo, rara vez lo es respecto de otro, y mucho menos respecto de todos. Pero contraida su doctrina acerca de los bancos y del dinero-mercancía á la Inglaterra, puede hasta cierto punto defenderse: es claro, por ejemplo, que el dinero es mercancía, y no puede ser otra cosa en un pais que tiene lo suficiente con una moneda de papel ¿Pero se hallan todas las naciones en esa situacion? Esta es la dificultad, y por cierto que no se hallará su solucion en los tratados de economía política.

Mas razon que Smith tenia Mr. Ricardo para creer posible el establecimiento de una una moneda de papel en todas las naciones, pues habia sido testigo de la conversion del papel de banco en papel moneda. Pero ni el uno ni el otro debian abrazar en sus raciocinios la duplicada esperiencia que hemos hecho del papel moneda en el corto espacio de setenta años, porque no podia preveer Smith que despues de veinte años de prosperidad no habia de poder el banco de Francia

estender su influencia mas allá de Chaillot, y Ricardo ha podido ignorar que Ruan, Lila y Leon habian desechado obstinadamente los beneficios de un nuevo agente de la circulacion. Ya se concibe que juzgando Mr. Ricardo de todas las naciones por la suya propia, haya sentado para todas principios que no son ciertos sino respecto de una sola. Asi es que cree imposible imponer una contribucion sobre el rendimiento de las minas, *porque en todas partes se sustituiria mas ó menos el papel moneda á los metales* (1). En seguida sienta como axioma general *que el papel moneda, aunque no tiene valor intrínsico, puede tener un valor permutable, igual al valor de una moneda metálica de la misma denominacion, si se limita su cantidad* (2) y llega á sacar la consecuencia siguiente, *con arreglo á estos principios, es fácil conocer que para dar valor al papel moneda no es necesario que este sea pagadero á la vista en metálico* (3): asercion tan sumamente exacta en el concepto de Mr. Say, que esclama: " *A no haberse visto* lo que ha sucedido en estos últimos tiempos á las cédulas del banco de Inglaterra, *ya podia esta verdad haber sido proclamada por diez autores de juicio que no por eso hubieran dejado de ponerla en duda otros tantos majaderos.*"

(1) Tomo 1 pág. 329.
(2) Tomo 2 pág. 234.
(3) Tomo 2 pág. 235.

Y confieso que si bien nada de cuanto dice Mr. Ricardo me sorprende, porque al cabo ha escrito solamente para Inglaterra, no puedo menos de admirar estraordinariamente á Mr. Say que ni siquiera tiene una leve sombra de duda sobre si podria aplicarse esta doctrina á la Francia. Lo que se ha verificado en Inglaterra, lo que alli se ha hecho sin agitacion ni revolucion, por razones absolutamente peculiares á aquel pais, y razones todas que forman escepcion, á los ojos de Mr. Say no es otra cosa que *una hermosa esperiencia de economía política.* Y aun no la halla completa, porque poco despues, conformándose en esto con Mr. Ricardo, aconseja al gobierno inglés que se sustituya al banco; que fabrique de su cuenta las cédulas, cuyo escesivo espendimiento se impediria fácilmente, segun Mr. Ricardo, *por medio de un buen sistema de comisarios.* Mr. Say termina su nota diciendo que se preparan otras muchas esperiencias de economía política. ¡Dios nos libre de hacer por tercera vez la del papel moneda! Téngannos por necios, pues asi lo quiere la ciencia de la economía política; pero guardemos nuestro dinero.

Las esplicaciones contenidas en este libro me permiten tener por demostradas las verdades siguientes.

La introduccion del dinero, como medio de permuta, es el suceso que mas ha cooperado á los progresos del comercio.

El interés que ponen los gobiernos en la conservacion y en el aumento del dinero de su pais, no nace del valor de los metales preciosos, sino de la propiedad que ellos solos poseen de poder servir cómodamente de moneda.

La palabra riqueza, aplicada á la plata que circula como moneda, se debe entender de las reproducciones que ella facilita multiplicando las permutas, y en este sentido es como se enriquece un pais cuando se aumenta su numerario, porque al paso que se aumenta el numerario crecen por lo comun todas las facultades productoras del trabajo.

Ni la moneda es mercancía ni la mercancía es moneda. Estas dos palabras se han inventado para espresar dos cosas diferentes.

El dinero que se introduce en un pais á consecuencia de un comercio esterior ventajoso, jamás produce la desestimacion de la moneda. Al contrario, la abundancia del dinero vivifica todos los canales de la reproduccion, los cuales se agotan con la escasez.

La abundancia del dinero proporciona á los capitalistas un medio fácil de realizar sus valores, y de este modo contribuye esta abundancia á hacer bajar el interés. La cuota del interés no admite al fijarse prima ningu-

na de seguro. El interés se opone á la equidad desde el momento en que llega á ser igual á las ganancias, que legalmente puede hacer con la suma prestada el que la toma en préstamo. Toda doctrina contraria á esta es inmoral.

El papel de banco es un auxiliar de la moneda metálica; es útil al pais, no porque favorece la estraccion del numerario, sino porque aumenta ficticiamente su cantidad; y si ha proporcionado otras ventajas á la Inglaterra es porque allí se ha convertido en papel moneda. La Inglaterra es el único pais en que ha podido verificarse esta revolucion sin una quiebra, y por eso no puede este ejemplo aplicarse á ningun otro pais.

Cuando Mr. Say generaliza esta parte de la teoría de Smith, ha prescindido completamente de todas las diferencias que hay entre la Inglaterra y todas las naciones del continente de Europa; y asi ha fundado la regla general sobre una escepcion.

LIBRO III.

Del Comercio.

En este libro me propongo aplicar á las diversas partes del comercio de los pueblos los principios establecidos en los dos libros precedentes. Hablaré en primer lugar de los capitales, ya por la grande influencia que ejerce su abundancia sobre la produccion, ya tambien porque los escritores de la escuela económica han sujetado la acumulacion de los capitales á unas condiciones que enteramente la inutilizarian.

CAPITULO PRIMERO.

De los capitales. Del consumo.

A los principios del estado social, cuando esperimentando los hombres cada dia nuevas necesidades, conocen tambien mejor cada dia cuánto vale el trabajo que se las satisface, los mas prudentes y mas activos se arreglan en términos de conservar siempre en su poder la mayor cantidad que pueden de las co-

sas que ellos mismos producen. Esta prevision es el carácter distintivo del hombre, ser débil, pero inteligente, ocupado constantemente del cuidado de mejorar su suerte y la de su familia. Si hoy se afana á trabajar, es porque la esperiencia le advierte que acaso mañana no podrá hacerlo, ó por hallarse enfermo ó por cualquiera otra causa imprevista. Por otra parte no acumulará asi solamente los productos de su industria, sino que tambien procurará multiplicar los instrumentos con que los ha creado. Y estos instrumentos de que se sirve el hombre para producir, y todas las cosas que produce con el auxilio de innumerables agentes, productos tambien del trabajo, en el idioma de la administracion y en el de la economía política toman el nombre de capitales. Un cepillo de carpintero es un capital, pequeñísimo sin duda, pero sin el cual no podría el carpintero ejercer su oficio. Los molinos, los ingenios, las fábricas son tambien capitales, y este mismo nombre conviene igualmente á todas las mercancías que estas fábricas introducen sin cesar en el comercio, mientras no han llegado á las manos del consumidor, que es el que debe emplearlas en su servicio y destruirlas.

Lo que es cierto, respecto de una sociedad naciente, como en el ejemplo anterior, escogido de intento, lo es tambien igual-

mente respecto de la sociedad mas civilizada; asi que los capitales son hoy lo mismo que eran en un principio, valores acumulados. Pero hay esta diferencia esencial, que al principio se verificaba la acumulacion en especie, sin intervenir ningun producto intermedio; y una vez introducida ya la moneda, la acumulacion se hace siempre en moneda. A la verdad los productores no buscan la moneda por ser moneda; sino para emplearla en las permutas, en creaciones de que resulte un aumento de agentes productores, y por consiguiente mayor abundancia de objetos de consumo. Pero del solo hecho de no acumularse sino en metálico los capitales, resulta que el metálico se ha convertido en una especie de antecedente previo é indispensable de los capitales, en un elemento preciso de ellos, y por una consecuencia necesaria en capital por antonomasia.

¿Pero quiere esto decir que el dinero es el único capital? ¿que un pais en que de improviso lloviese dinero, seria por lo mismo mas rico en capitales? De ningun modo. Yo no aseguro otra cosa sino que, como todas las ganancias se recojen en dinero, y todas las producciones se perfeccionan por medio de capitales en dinero; esta intervencion forzosa del dinero para el fácil movimiento de la gran máquina de la industria, constituye á la moneda por el primero de los agentes

productores, y no permite que bajo ningun aspecto podamos compararla con los demas productos; que creados solo para el consumo no prestan como el dinero un servicio eterno, y pueden siempre ser facilmente sustituidos ó reemplazados con otros.

No se cansan de repetir los escritores de la escuela económica que para el gobierno los capitales consisten siempre en el dinero, que la palabra capital la ha aplicado siempre al dinero; y deploran los errores que tan estúpida equivocacion ha producido. Jamás se ha hecho cargo mas injusto: ofende de tal modo á la verdad, que refutarle con alguna autoridad positiva, seria ultrajar la razon natural; porque efectivamente, ¿á quién se podrá hacer creer que el gobierno se ha negado á dar nombre de capitales á todos los agentes materiales de la produccion, (fábricas, máquinas, telares) cuando hace ya siglos que en todas partes tienen este nombre? No negaré en verdad que los escritores de la escuela administrativa hayan á veces entendido por capital especialmente al dinero; mas ¿qué importa, si la fuerza de las cosas les ha obligado á ello, y si sus consecuencias procedentes de un principio verdadero, eran tan verdaderas como el principio mismo? ¿Y qué diremos si el mismo Mr. Say se ha sometido á esta necesidad, si repitiendo á cada paso *que no consiste un capital en una suma de di-*

nero (1) emplea, y muchas veces, la palabra *capitales* en un sentido en que no puede espresar sino la moneda? Y sino es asi ¿qué significa *un capital que se presta á un negociante, y que se puede sacar de su poder avisándole con alguna anticipacion, un capital que se emplea en el descuento de letras de cambio* (2)? ¿Y qué es lo que quiere decir Mr. Say cuando nos manifiesta su sentimiento *por los capitales que han sido enterrados* (3)? ¿Ha enterrado alguien alguna vez las máquinas, y los talleres ú obradores?

Smith distingue dos especies de capitales. Llama *capitales fijos* los edificios destinados á la agricultura, los obradores de las fábricas, las máquinas útiles, los telares y otros objetos semejantes, que sin mudar de dueño pueden dar una renta; y *capitales circulantes* las mercancías fabricadas y aun no vendidas, los víveres necesarios á los obreros y el dinero. Smith dice despues: "todo capital fijo proviene originariamente de un capital circulante, y es preciso mantenerle en pie continuamente á espensas de un capital circulante. Ningun capital fijo puede producir renta alguna sino por medio de un capital circulante."

(1) Tercera edicion tomo 1 pág. 185. Cuarta edicion tomo 1 pág. 197.

(2) Id. tomo 2 pág. 118. Cuarta edicion tomo 2 pág. 140.

(3) Primera edicion tomo 2 pág. 293.

De estos dos axiomas de la economía política se infiere, que no solo se necesita el dinero para formar capitales fijos, sino para conservarlos y para hacer que produzcan. Asi que, confiesa Smith, que *el dinero forma una parte y parte muy preciosa del capital de la sociedad* (1), sin cuidarse de si tendrá que decir en otra parte *el dinero forma parte del capital nacional; pero forma una parte muy pequeña, y siempre la menos útil.* (2).

Bástanos saber, que aun segun las teorías económicas no se puede sin dinero, ni formar capitales, ni conservarlos, ni hacer que produzcan una renta. Y asi por lo mismo que interviene el dinero en la creacion de los demas capitales; por lo mismo que es indispensable para la conservacion de todos los capitales, todo cuanto se dice sobre ellos en general, es mas especialmente cierto cuando se habla en particular del dinero; y esto segun todas las doctrinas, porque estas no pueden variar de ninguna manera la naturaleza de las cosas, y porque hay que decir, mal que nos pese lo que sucede, aun cuando de antemano se haya uno propuesto negarlo. No sé si ya hoy negaría Mr. Say que el dinero es el elemento de los capitales y que por lo mismo merece una especialísima distincion. En otro tiempo asi lo creía

(1) Tomo 2 pág. 225.
(2) Tomo 3 pág. 22.

como se vé en el párrafo siguiente de la primera edicion de su obra (1). "En 1668 »mandó Luis XIV que se llevasen á la casa »de moneda todos los muebles de plata ma»ciza, y él mismo dió el ejemplo, privándo»se de todas aquellas mesas, candelabros, ca»mapés de plata maciza, y de otros muchos »muebles modelos de cincél, ejecutados por »los dibujos de *Lebrun*. Otro tanto hicieron »todos los particulares opulentos. *El capital »necesario para la circulacion, esto es, el capi»tal realmente productivo de la nacion* se au»mentó con todo el valor intrínseco de la »plata &c." Aqui vemos que Mr. Say llama al dinero *capital necesario para la circulacion, capital realmente productivo de la nacion*, y si despues sintiendo Mr. Say haber dicho una cosa tan exacta, ha suprimido este párrafo de su libro, tan útil me es la retraccion como la confesion, porque no hay duda en que si la fuerza de la verdad le arrancó la confesion, el temor de ponerse en contradiccion consigo mismo le obligó á suprimirla.

Mas sin embargo Mr. Say no ha suprimido aun lo bastante y cuando sigue deplorando la *inversion estéril de los metales preciosos con que los pueblos supersticiosos fabrican sus santos y sus vírgenes, metales que en este estado no son útiles ni para la agricultura ni para*

(1) Tomo 1 pág. 377.

las artes (1), espresa siempre el mismo pensamiento, á saber, *que el dinero es el capital necesario á la circulacion, el capital realmente productivo de la nacion*: principio que yo defiendo, y que me complazco en verle sostenido tambien por Say.

El pasage siguiente confirma la misma teoría "Las cédulas de crédito que sirven »de moneda aumentan verdaderamente la »masa de los capitales, porque si no sirvie»sen para la circulacion de los demas bienes, »habria que emplear para esta circulacion »*unos capitales verdaderos de dinero* (2). Asi pues sostiene Mr. Say alternativamente, ya que un capital no consiste en una suma de dinero, y ya que el dinero es el capital verdadero: cosa ciertamente bien cómoda.

La doctrina de Mr. Say sobre los capitales es una pura metafisica: su mismo autor la resume de este modo: "cuando se emplea el capital de un modo productivo muda de forma perpetuamente; el mismo capital existe siempre, ya bajo la forma de una suma de dinero, ya bajo la de una materia primera, de un instrumento ó de una mercancía fabricada. Pero estas cosas no son propiamente el capital, porque este consiste en el valor que ellas tienen:

(1) Tercera edicion tomo 1 pág. 114. Cuarta edicion tomo 1 pág. 119.

(2) Tercera edicion tomo 2 pág. 372. Cuarta edicion tomo 2 pág. 402.

por manera que hablando con la mayor exactitud, un capital es esencialmente una cosa inmaterial, pues no es la materia lo que constituye el capital sino el valor de esta materia, valor que nada tiene de corpóreo" (1), y á pesar de que este valor nada tiene de corpóreo, no deja de decirnos Mr. Say en otra parte (2) *que todo hombre adulto es un capital acumulado*; descubrimiento cuya gloria abandonó con satisfaccion á la economía política (3).

Sigamos el raciocinio: es innegable que puede existir un capital bajo mil formas diferentes; pero tenga la que se quiera, sirve

(1) Tercera edicion tomo 2 pág. 429. Nota. Cuarta edicion tomo 2 pág. 454 id.

(2) Id. tomo 2 pág. 162. Cuarta edicion tomo 2 pág. 191.

(3) Se conocen tantas clases de capitales en las doctrinas económicas que apenas puede uno entenderse capitales fijos, capitales circulantes, capitales productivos de productos materiales, capitales productivos de productos inmateriales; capitales productivos de utilidad; capitales productivos de agrado; capitales estériles. Cree Mr. Say que en la mayor parte de las profesiones industriales, una porcion de las ganancias representa el interés del capital que se destinó á la enseñanza del artista. Esceptua sin embargo á las damas cortesanas, porque *su aprendizaje es nulo*; y despues indica cómo deben considerarse las anticipaciones necesarias para la enseñanza de la persona industriosa desde su mas tierna infancia hasta el momento en que puede valerse á sí misma. Tercera edicion tomo 1 pág. 123. Cuarta edicion tomo 1 pág. 123.

tanto mas para la riqueza cuanto mayor es su valor; mas estas son unas verdades que nada enseñan. No se trata de saber si un capital es un valor; cuestion bien inutil puesto que los hechos la estan resolviendo á cada paso, sino si este valor susceptible de tantas formas, debe ó no presentarse en una forma determinada para que preste á los diversos géneros de industria toda la utilidad que de él debe prometerse la produccion. Pero esta forma que dá al capital todo el vigor de que es capaz, es la moneda. Reconocedlo y confesadlo como una verdad teórica cuando la esperiencia general la evidencia, y cuando se escapa de vuestros mismos escritos en que llamais al dinero *capital verdadero*, *capital realmente productivo de la nacion.*

Al paso que se multiplican en un pais los trabajadores se van acumulando los capitales necesarios para la reproduccion. Los caminos y canales, las casas de labor, las fábricas son unos capitales que con el interés de producir y consumir ha creado y acumulado el hombre de este modo, porque estos dos intereses son exactamente los mismos. Smith lo niega terminantemente. Veamos pues cómo esplica él la acumulacion de los capitales; esta es una de las partes mas importantes de su doctrina.

Los capitales, dice Smith, *se aumentan con la economía; se disminuyen con la pro-*

digalidad; luego la economía es lo que enriquece á las naciones.

He aqui como Smith y Mr. Say conciben la cosa. Si un fabricante ó un propietario que tienen veinte mil francos de renta, gastan solo diez mil, y agregan el resto cada año á sus capitales, es decir, que el propietario emplea diez mil francos en mejorar sus haciendas y el fabricante en aumentar sus máquinas. Ya se deja conocer que la renta de ambos se aumentará tambien alguna cosa, y que en vez de veinte mil francos que tenian este año tendrán el año próximo veinte y uno ó veinte y dos mil. Y si cada año repiten esta misma operacion, irá tambien creciendo su renta, y por consiguiente tambien crecerá la renta del pais.

No puede negarse que es muy exacta esta esposicion de cómo se acumulan los capitales; pero al sentar Smith que la economía enriquece á las naciones, impone esta misma ley de la economía á todos los hombres. No solo habla con los trabajadores sino con todos los individuos de la nacion; quiere que todos sean económicos, que todos cercenen sus consumos; y no conoce que siendo el consumo el objeto del trabajo, no puede crecer este cuando se disminuye el otro. Este error es patente. Smith dice, consumid menos y podreis crear mas productos; pero para que yo cree mas productos, ó mas bien para que

yo pueda venderlos es absolutamente indispensable que otros los compren. Asi que, no es posible que anden á la par la diminucion del consumo y el aumento de la produccion: son dos cosas que se escluyen mútuamente.

Los que para aumentar los medios de trabajar cercenan sus consumos, ahorran de un modo útil á sí mismos y á su pais; pero no nos engañemos acerca del motivo y de las consecuencias de semejante economía, con la cual se disfraza en el que asi ahorra, el deseo, la necesidad, la esperanza de consumir mas en adelante: es esta una privacion actual que tiene por objeto poder mañana gozar mas. Entretanto doy mayor estension á mis edificios, compro mayor cantidad de materias primeras, mantengo mas operarios, y creo mas productos; pero no se puede dudar de que para que yo produzca mas es preciso que se aumente el consumo. Se aumenta en efecto: y se aumenta porque en todo pais rico hay siempre una multitud de personas, que una vez enriquecidas, hacen punto á sus negocios, y desde entonces invierten su dinero, no ya en la reproduccion sino en sus consumos: y esto mismo lo hacen todos á su vez, como yo lo haré á la mia. De este modo pues habiendo sido útiles al pais con su trabajo, no lo son menos con sus consumos; no simplemente por el consumo, el

cual en realidad es una destruccion de valores, sino porque la demanda hecha de estos valores ha sido causa, y causa única de un trabajo que sin ella no se hubiera verificado.

Todos los habitantes de un pais son consumidores, y no todos son trabajadores; y lo mejor que puede hacer el que no trabaja es consumir ó gastar toda su renta, porque de esta manera proporciona á los trabajadores los medios de aumentar sus capitales; y contribuye como ellos á la produccion, puesto que es ocasion, es causa de un trabajo que no tendria lugar sino comprase él lo que tal trabajo produce.

En las sociedades que van saliendo de la infancia todos trabajan, y es un bien porque todo está por crear, y porque todavia no se tiene la habilidad suficiente. Es casi necesario trabajar, porque no se conocen aun lo que suele llamarse *fortunas hechas*. Pero cuando ya ha corrido un mayor ó menor espacio de tiempo, entonces se encuentran trabajadores mas diestros, mas atrevidos ó mas afortunados en sus empresas, que en algunos años han sabido proporcionarse los medios de tener una renta perpetua. Estos dejan entonces de trabajar, descansan, como es justo, y sirven todavia al bien comun como lo dejo probado.

Persuadidos algunos escritores de que el consumo origina la produccion, han creido, que fomentar el consumo era un medio segu-

ro de fomentar la produccion. Segun este sistema, serian los pródigos unos bienhechores de la sociedad, porque originarian una produccion que sin ellos no hubiera existido. Pero este sistema es falso, como lo es el de Smith sobre la economía; y esto prueba lo dificil que es huir de un esceso sin caer en otro. La sociedad se compone de personas económicas y de pródigas, y de aqui resulta el aumento de la produccion, ó si se quiere, la acumulacion de capitales productivos, acumulacion inseparable para mí de la conservacion del dinero en el pais. Suponiendo que se hiciesen pródigos todos los económicos cesaría la produccion; y si suponemos que todos los pródigos se hiciesen económicos, no habría ya consumos: el efecto en ambos casos sería el mismo. Los dos sistemas son igualmente falsos, pues siendo el objeto de ambos aumentar la produccion, uno y otro la reducirian casi á la nada si pudiesen observarse puntualmente.

Este deseo tan natural al hombre de darse razon de todo, y de sujetarlo todo á leyes generales, ha producido estos dos errores de teoría. Hanse visto naciones ricas en capitales productivos, y se ha querido esplicar por qué eran ricas: y los unos han dicho la economía de los particulares es lo que enriquece á las naciones, porque no se acumula sin economía; y los otros que es la pro-

digalidad, porque sin ella apénas habria consumos; y unos y otros han discurrido mal por haber observado mal.

Al paso que ha esplicado muy bien Smith los felices efectos de la division del trabajo, no ha querido esplicar los progresos de esta division por principios generales que pudiesen contribuir á estenderla. No ha dicho: la division del trabajo resulta de este ó del otro cálculo; debe atribuirse á esta causa; y en esto es admirable su circunspeccion. "No debe considerarse en su origen esta division del trabajo, de que tantas ventajas resultan, como efecto de una sabiduría que haya previsto, y propuéstose por objeto esta opulencia general que ha producido. Es una consecuencia necesaria, aunque lenta y gradual de una cierta inclinacion natural á todos los hombres, los cuales no se proponen miras de utilidad tan estensas: esta inclinacion es la de traficar, trocar y permutar unas cosas por otras." (1) De la acumulacion de los capitales "productivos puédese decir lo que dice aqui Smith de la division del trabajo, la cual no es mas que una consecuencia." *La acumulacion de los capitales es consecuencia necesaria, aunque lenta y gradual, de una cierta inclinacion natural á todos los hombres: esta inclinacion es la de traficar y permutar unas cosas por otras.* Y yo añado, *que es el senti-*

(1) Tomo 1.° pág. 29.

miento del interés particular, bien entendido, el cual al paso que algunos no piensan mas que en gastar y consumir, arrastra á otros invenciblemente á invertir una parte de sus rentas en nuevas reproducciones para aumentar sus utilidades, y adquirir de este modo los medios de consumir mas á su vez; porque el trabajo siempre tiene por objeto el consumo, y el que se priva hoy de una parte de sus rentas lo hace sin mas mira que la de acelerar el momento en que pueda dejar de trabajar, y consumir ó gastar tranquilamente, retirado ya de los negocios, habiendo asegurado antes su fortuna.

Mr. Say adopta la teoría de Smith sobre la economia ó el ahorro; pero exajera sus consecuencias, particularmente al tratar del consumo, que él llama productivo, cuando se reduce á una transformacion con aumento de valor; y estéril cuando tiene por objeto procurar un placer ó satisfacer una necesidad. Gasta uno anualmente tres mil francos en divertirse; este es un consumo estéril. Pero los gasta en comprar materias primeras para ejercitar en ellas su industria: este es un consumo productivo. Dudo que estas denominaciones sean exactas; no que las dos clases de consumos que con ellas se distinguen no sean de una naturaleza muy diversa, y por lo mismo que lo son, no deberia aplicarse la palabra consumo á aquella cosa que no hace mas que transformarse ó repro-

ducirse idénticamente como el añil con que se tiñe el paño ó el trigo que se siembra. Convengo en que se llame productivo este consumo para distinguirle del otro consumo que destruye sin sustituir nada en su lugar; pero niego que á este último pueda aplicarse justamente la denominacion de *estéril*; porque todo consumo con que se satisface una necesidad ó se proporciona un placer, es un consumo productivo, ya de utilidad, ya de agrado para el consumidor; y siempre de utilidad para el que creó el objeto consumido, porque probablemente no le habrá dado de valde. Se olvida demasiadas veces la economía política de que el hombre, agente de la produccion, es tambien el objeto ó fin de la produccion; que es preciso que goce, es decir, que consuma. No hay pues que desalentar ningun género de consumos, salvo los que puedan ser contrarios á la moral, ó puedan fomentar la industria estrangera á espensas de los trabajadores del pais. Mr. Say ha imaginado esta distincion entre las dos clases de consumos para disuadir del consumo propiamente tal. De que el consumo llamado productivo da otra forma á los objetos, y no los destruye, y de que no solo se reemplaza sino que se aumenta el valor del objeto consumido, infiere Mr. Say que este es el consumo que debemos preferir: lo cual equivale á decir que los hombres deben tra-

bajar cuanto puedan para consumir lo menos posible, precepto escelente para los capuchinos. Siguiendo generalmente este sistema, vendria el hombre de consecuencia en consecuencia á privarse de todo. Condenais á los hombres á vivir como unos anacoretas, ¡y quereis al mismo tiempo que se enriquezcan las naciones! Esta es una contradiccion manifiesta. La riqueza no es otra cosa que la facultad de gastar, de consumir. Asi pues no condeneis el consumo, ó sed consecuentes, y condenad al mismo tiempo la riqueza.

Mr. Say incurre en contradicciones bien singulares: dice á las personas ricas: *no compreis muchos muebles, ni dorados, ni bajilla; en vez de gastar asi vuestro dinero, ponedlo á interés: esto es lo mas útil á la industria.* Por manera que segun el sistema de Mr. Say es útil á la industria el que no se compre nada á los artesanos, reducirlos á la miseria, y hacer rostro, y reprimir todas las necesidades que nacen de la civilizacion. Nada de eso, replica Mr. Say, *en ciertos libros se cita por modelos las naciones que tienen pocas necesidades; mejor es tener muchas necesidades y saber satisfacerlas.. Todavia no se sabe bien hasta qué punto puede llegar la civilizacion por medio de los progresos de la opulencia* (1).

(1) Tercera edicion tomo 1 pág. 114: tomo 2 pág. 190. Cuarta edicion tomo 1 pág. 119. tomo 2 pág. 219 y 243.

Y es bien cierto que Mr. Say dice todas estas cosas mas fáciles de comparar que de conciliarlas.

Mr. Say llama al consumo estéril destruccion de medios de bien estar, disminucion de riqueza, causa de empobrecimiento (1); dando con estas espresiones una idea sumamente falsa del consumo. No se empobrece uua nacion porque consuma mas, sino porque trabaja menos, pues sucede en este caso que cada año está menos provista de lo que ha menester. Y una nacion cualquiera puede cada año consumir mas, siempre que cada año tambien trabaje mas, y ambas cosas son tan dependientes la una de la otra, que siempre van unidas, salvo el caso de un comercio esterior desventajoso. El error de la doctrina económica consiste aqui en que pretende separar cosas inseparables, y sostiene que se aumenta la riqueza con la disminucion del consumo, cuando en realidad la riqueza no es mas que la facultad de consumir, facultad que no puede permanecer pasiva sin que tambien lo esté la produccion, porque al cabo los trabajadores no producen sino á proporcion de la demanda.

Esta última verdad no podia ocultársele á Mr. Say, y cuando se ha leido en su obra

(1) Tercera edicion tomo 2 pág. 192, 206, 338 y otras. Cuarta edicion tomo 2 pág. 235, 367 y 462 &c.

cien veces que debe preferirse el consumo reproductivo al consumo estéril (1), que el consumo estéril *no favorece de ningun modo la reproduccion* (2), no es posible dejar de asombrarse de verle establecer el principio siguiente: *las necesidades de los consumidores deciden en todas partes de las creaciones de los productores* (3). Esta es la mas sólida refutacion que puede hacerse de toda la teoría de Smith sobre los ahorros, y de cuanto á ella añade Mr. Say en la suya sobre los consumos; porque habiendo confesado que las creaciones de los productores estan siempre en razon de las necesidades de los consumidores, es evidente que no es posible disminuir estas necesidades sin que al mismo tiempo se disminuya el trabajo, y por consiguiente sin perjudicar á la riqueza.

Mr. Say dice que uno de los inconvenientes que originan los empréstitos públicos, es subir el interés del dinero, y en esto estoy de acuerdo con él; pero añade que *se disminuye el consumo con el encarecimiento de los generos, y que toda la sociedad, à escepcion de los capitalistas, padece*

(1) Tercera edicion tomo 1 pág. 114 y 160. Cuarta edicion tomo 1 pág. 119.
(2) Id. tomo 2 pág. 202, 225, 226 y 305. Cuarta edicion tomo 2 pág. 232, 254 y 332.
(3) Id. tomo 2 pág. 187. Cuarta edicion tomo 2 pág. 217.

en este estado de cosas (1); en lo cual Mr. Say se contradice á sí mismo; porque ¿á qué fin representar como un mal un encarecimiento que disminuye el consumo, cuando emplea la cuarta parte de un tomo en sostener que el consumo no es favorable de ningun modo á la produccion?

Despues de haber reprobado en general Mr. Say el consumo estéril, se empeña en probar que entre estos consumos hay sin embargo algunos que mas ó menos merecen aprobacion. Distingue *las necesidades reales de las necesidades facticias*, y asi se mete en un laberinto de donde no ha podido salir ningun escritor: dice Mr. Say, *que las necesidades reales son aquellas de cuya satisfaccion depende nuestra existencia, nuestra salud, y el contento de la mayor parte de los hombres: estas son opuestas á las que nacen de una sensualidad refinada, de la opinion y del capricho* (2). ¡Bella definicion por cierto! Examínense con arreglo á este principio los diversos productos de la industria, y á buen seguro que en el estado actual de la riqueza de las naciones deberiamos proscribir las nueve décimas partes. Deberia proscribirse

(1) Tercera edicion tomo 2 pág. 370. Cuarta edicion tomo 2 pág. 400.

(2) Id. tomo 2 pág. 205 Cuarta edicion tomo 2 pág. 233.

la china, porque en platos de loza se come igualmente bien; la bujía porque sirven lo mismo las velas de sebo; los muebles de caoba, los tejidos esquisitos de hilo, algodon y lana, la sederia, los encajes, las joyas, los espejos, los cristales, los bronces, los coches, los diamantes; porque ni la existencia ni la salud ni el contento de la mayor parte de los hombres dependen del uso de estas cosas. Mr. Say, al paso que escribe sobre la riqueza de las naciones, forma causa á la riqueza sí bien es verdad que él cree formarla al lujo solamente. ¿Pero qué entiende él por lujo? Lo que es lujo para él que tiene una renta de seis mil francos es una cosa necesaria para el que posee una renta de cien mil. Asi que todo es lujo, y nada lo es, pues el pan blanco es lujo en la aldea, y en la ciudad no lo es el coche. Prescindamos de una palabra que aun no ha sido definida, y digamos de una vez; son perjudiciales los consumos cuando se pagan con capitales, y son útiles cuando por su medio refluyen á las clases trabajadoras las rentas de los ricos, que de este modo proporcionan trabajo á los pobres. Siguiendo Mr. Say á los moralistas de mal humor, repite, que *siempre la miseria sigue las huellas del lujo*, y en vez de razones alega antithesis: *el rico tiene hebillas de oro, y el pobre anda sin zapatos; el rico se viste de terciopelo, y el pobre no tiene cami-*

sa (1): ¡como si pudiese el rico comprar las hebillas de oro sin facilitar al que las ha fabricado los medios de comprarse zapatos! ¡y como si el pobre jornalero que teje el terciopelo no debiese al mismo terciopelo que ha fabricado la posibilidad de tener camisa!

Mr. Say en la definicion que dá de los capitales introduce la espresion de consumo estéril, y como no he podido examinarla antes, lo haré ahora: esta es su definicion: *Un capital es, en el sentido mas lato, una acumulacion de valores substraidos del consumo estéril* (2): lo que al parecer quiere decir que para formar un capital es preciso reunir una gran cantidad de muebles, telas ó víveres, y conservarlos cuidadosamente almacenados para que no se destruyan. Pero no es esto, nó, lo que Mr. Say quiere decir, y por consiguiente la definicion es viciosa á lo menos en los términos.

Substraer productos, valores creados, del consumo estéril significa en la definicion de Mr. Say, no gastar todo lo que se ha ganado, ó mas bien, no gastarlo sino con la mira de producir, construir máquinas, sanear terrenos y mejorarlos. Pero Mr. Say ha espresado mal su pensamiento. ¿Quereis indicar de un modo general cómo se forman

(1) Tercera edicion tomo 2 pàg. 228. Cuarta edicion tomo 2 pág. 256.

(2) Tercera y cuarta edicion *epítome* en las palabras *acumulacion y capital.*

hoy los capitales? pues decid sencillamente, que son el fruto de las utilidades acumuladas en moneda. ¿Quereis esplicar cómo crecen los capitales? pues decid que los capitales crecen agregándoles la renta que ellos mismos producen. La palabra *capitalizar* esplica muy bien esta operacion, porque en verdad los capitales, cualquiera que sea la forma en que se presenten, nunca son mas que una renta, ó una porcion de una renta, que capitalizándola, se ha convertido ó ha venido á ser el primer agente del trabajo.

Esta es la idea que debemos formarnos de los capitales sin olvidar por eso que su aumento presupone que algunos individuos han hecho, no una acumulacion de valores creados substraidos del consumo estéril (porque estas espresiones no esplican lo que se pretende esplicar) sino el sacrificio de algunos consumos, y que si este sacrificio se generalizase, seria una calamidad segun el principio mismo de Mr. Say, *de que las necesidades del consumo deciden en todas partes de la produccion.*

Creo haber demostrado suficientemente que la economía de los particulares en el sentido de Smith no pasa de una verdad teórica, cuyas consecuencias todas son falsas, cuando no se subordinan á esta otra verdad teórica, que el consumo decide de la produccion; pero no he pretendido sostener que las naciones no puedan ser económicas co-

un orden *contrario á la naturaleza de las cosas.*

Hay mas aun: este pueblo chino, tan eminentemente agricultor, tan rico y en donde se muere de hambre la mayor parte de los labradores, este pueblo chino, repito "en punto á artefactos, á industria, aunque inferior, no lo es mucho respecto de las naciones de Europa (1)." Sin duda que cuando esto escribia Smith, tenia presente alguno de estos géneros de seda, cuyo dibujo honra tanto á los artistas de la China, ó algun jarron de porcelana bien lleno de monotes; pero mejor hiciera en acordarse de lo que habia escrito en otra parte. "En la China andan los artesanos corriendo constantemente por las calles con sus herramientas al hombro, ofreciendo su servicio y mendigando el trabajo... la suerte del labrador es alli tan superiormente ventajosa á la del artesano, como en casi toda Europa la del artesano lo es á la del labrador (2). Véase pues cuál será en la China la suerte del artesano, y por una necesaria consecuencia, qué progresos ha debido hacer la industria una vez que el labrador es bien feliz *cuando llegada la noche ha ganado lo necesario para comprar una porcioncita de arroz.*

El mismo Smith confiesa (3) que los progresos de la industria en Europa han contribui-

(1) Tomo 2 pág. 66.
(2) Tomo 3 pág. 541.
(3) Tomo 2 pág. 413.

do poderosamente al mejoramiento de la agricultura. Esto, diga él lo que quiera, es sumamente conforme á la naturaleza de las cosas, y aun mucho mas que en algun pais haya contribuido la agricultura á los progresos de la industria. Y en efecto no basta que el labrador cultive el lino para que se le compre el producto de su cosecha; que es preciso ademas que haya en el pais obreros que sepan el arte de trabajar el lino, convertirle en hilo, y despues en lienzo, en batista en encaje. Mas cuando ya existen artesanos de esta especie, se multiplica el pedido del lino, y alli está la agricultura que lo proporciona, y satisface la demanda. Asi que sus progresos siempre deben ser proporcionales á los de la industria, y este es el camino único razonable, como que es el único que la esperiencia confirma.

Por otra parte cuantos mas artesanos hay, mayor es tambien el número de consumidores. Asi, pues, "todo lo que conspira á disminuir el número de los artesanos y de los fabricantes, conspira igualmente á disminuir la venta interior, que es la mas importante de todas, respecto al producto en bruto de la tierra; y por lo mismo conspira á desanimar la agricultura (1)." Esto dice Smith, y no hay nada que añadir.

(1) Tomo 3 pág. 555.

Si se pudiese sin embargo dudar aun de que la industria contribuye á los progresos de la agricultura, rogaria al lector que echase una ojeada sobre los principales estados de Europa. En todos los paises en que la industria se halla en un estado floreciente, está tambien mas adelantada la agricultura, y decadente en los demas. La Inglaterra y la Francia son los paises mas industriosos de Europa, y sin comparacion los mejor cultivados. En España y en Polonia, en donde la industria es grosera, la agricultura no ha salido aun de la infancia, y nótese que cito dos paises de un terreno mucho mas fértil que el de Francia y el de Inglaterra.

Ya he indicado la razon por qué los paises de una industria floreciente, son por lo comun los mejor cultivados, á saber, porque la industria se ejercita solamente sobre los productos de la tierra, y porque cuantos mas consume, es preciso tambien multiplicarlos mas. Todavia puede darse otra razon. En los paises de fabricas, reyna una emulacion general que debe redundar necesariamente en beneficio de la sociedad. El labrador rivaliza con el artesano, y este con el labrador; nadie está ocioso. Dícenos Smith sobre esta armonía tan favorable á los progresos de la riqueza de un pais y que no lo es menos para la conservacion de las buenas costumbres del pueblo. " En las ciudades de fábricas y

comercio..... el pueblo es laborioso, frugal, economico (1). En las que se mantienen por la residencia permanente ó temporal de la corte ó de los tribunales &c. es en general perezoso, relajado y pobre." En otra parte observa Smith que las cercanias de Madrid, de Roma, de Versalles, ciudades de consumo y no de fábricas, están en general mal cultivadas y casi en abandono; asi es que asegura que "el medio menos á proposito para foméntar el cultivo del trigo es disminuir el número de los que pueden pagarle: política tan prudente como lo seria la de querer estender la agricultura, desalentando las fábricas (2)."

De donde se sigue que la política mas prudente que puede seguir el gobierno es promover la agricultura fomentando las fábricas. Asi se decide esta cuestion; pero no soy yo; es Smith quien la decide.

Por todo lo dicho vemos, que en esta cuestion, como en otras muchas, ha sostenido Smith sucesivamente el pro y el contra. Y en esto Mr. Say le ha imitado con toda fidelidad. Este escritor censura á Colbert "de que el fomento que daba á las fábricas era á costa de la agricultura..... sistema que mas ó menos seguido hasta el presente, ha proporcionado á la Francia riquezas inmensas, y

(1) Tomo 2 pág. 322.
(2) Tomo 1 pág. 323.

tambien una miseria muy grande &c. (1) y sin embargo dice Say en otra parte." La agricultura de un pais no produce todo lo que debe producir sino cuando por toda la estension del territorio hay diseminadas muchas ciudades. Estas son necesarias para el fomento de la mayor parte de las fábricas, y los artefactos para proporcionar objetos de permuta á la agricultura." (2) Adelanta todavia mas Mr. Say cuando habla del gobierno de la China, al cual censura de que concede una proteccion demasiado especial á la agricultura." ¿No merecen todas las rentas, dice Mr. Say, la misma proteccion? ¿no son todas unas fuentes de donde sacan sus subsidios los gobiernos? ¿no están todos ellos igualmente interesados en protejer otras industrias oprimidas por ellos mismos (3)? Por manera que Mr. Say critica al gobierno francés porque ha fomentado las fábricas, y al gobierno chino porque ha fomentado la agricultura. Muy dificil es en verdad que los gobiernos no estén reñidos con la economía política, y ya comprendo por qué no se apresuran á protejer sus doctrinas (4).

(1) Tercera edicion tomo 1 pág. 231. Cuarta edicion tomo 1 pág. 248.

(2) Tercera edicion tomo 2 pág. 178. Cuarta edicion tomo 2 pág. 207.

(3) Tercera edicion tomo 2 pág. 359. Cuarta edicion tomo 2 pág. 388.

(4) Las contradicciones en que ha incurrido Smith al tratar de la preferencia que sobre la agricultura han

CAPITULO III.

Del comercio interior.

En las producciones de su terreno y de su industria debe encontrar todo pais de una

concedido los gobiernos á la industria, no han podido ocultarsele á un escritor del talento de Mr. Ganilh, el cual sin embargo no se ha atrevido á censurarlas. (*De los diversos sistemas de economía política tomo 1 pág.* 160). Este género de refutacion le parece *indebido ó intempestivo respecto á un escritor tan ilustre*, lo cual no obsta á que Mr. Ganilh esté casi siempre en oposicion con el *ilustre escritor* aun sobre los puntos fundamentales de la doctrina económica. No puedo entender este escrúpulo, porque cuando se sale á la palestra á impugnar errores que se cree peligrosos, es preciso aprovecharse de todas las ventajas tanto aun por el respeto debido á la verdad que debemos procurar que triunfe, como por consideracion al lector, ahorrándole tiempo y trabajo.

Mr. Ganilh se ha colocado respecto de Smith en una posicion muy singular. Le refuta constantemente; y constantemente le pinta como uno de los mayores ingenios del mundo; por manera que parece que no es un grande hombre sino porque siempre ha errado. Pero esto no importaria nada si Mr. Ganilh, considerando dos personas en Smith, la una que observa, y la otra que discurre, la una que se apoya en los hechos, y la otra que se abandona á vanas teorías, no hubiese admirado á la primera sino tomando la defensa de la segunda. Pero Mr. Ganilh confunde de tal modo ambas personas que no es posible saber, ni á donde llega la crítica, ni á donde el elogio. Conviene pues que el lector lo vea por sí mismo.

En la pagina 17 del primer tomo de su teoría de la economia política dice Mr. Ganilh. "Desentendién-

poblacion numerosa y de un suelo fértil casi todo lo que se necesita para la subsisten-

dose asi de los sistemas que hasta entonces se habian disputado las prerogativas de la ciencia, sentó Adan Smith los cimientos de esta, fijó su estension y sus límites, entró en todos los pormenores, los enlazó, los eslabonó formando un todo sistemático, y estampando en toda su obra la huella de su ingenio.” He aqui ciertamente un elogio pomposo; pero dos líneas despues examina Mr. Ganilh si son suficientemente seguros los principios de Smith, y añade: “Por desgracia cuando buscamos con atencion esta seguridad en la admirable obra de Adan Smith, no encontramos en ella sino aserciones impugnadas por los hechos, conjeturas aereas é hipótesis infundadas.” Página 19.

El segundo tomo de la misma obra empieza de este modo.

“La doctrina de los capitales, creacion esclusiva de Smith, es una de las mas ingeniosas y de las mejor combinadas de cuantas abraza su admirable obra. Comprende el origen y la formacion de los capitales, su naturaleza y composicion, su distribucion entre las diferentes ramificaciones del trabajo, su fecundidad en cada inversion que se les dá, las utilidades que producen al capitalista y al estado, qué inversiones deben reservarse al capital nacional, y cuáles son las en que sin zelos se puede ver que se emplean los capitales estrangeros. En una palabra, esta doctrina lo ha ordenado y arreglado todo, y se observa en sus disposiciones una rara sagacidad en sus miras, concepciones nuevas y profundas en los pormenores, y que todas sus partes estan eslabonadas formando un todo sistemático.” Me atrevo á creer que jamas se ha hecho un elogio ni mas franco ni mas magnífico; pero por esta vez no aguarda Mr. Ganilh á la página siguiente para desdecirse, pues continúa de esta manera. “Por importante que sea este tratado, me parece que no puede resistir á la prueba de los hechos y de la esperiencia, y que al cabo no ofrece mas resultado que

cia de sus habitantes. No por otra razon se emplea en el comercio interior una parte

prodigios de ingenio, visiones de la mas fecunda imaginacion, y los aereos fantasmas de su potencia."

Todo esto no es mas que representarnos á Smith como un loco que delira, porque no ha parado de ningun modo su consideracion en los hechos. No admito esta decision, por demasiado rigorosa, y mucho menos el exagerado elogio que la precede. Por lo demas es muy reparable, que aunque Mr. Ganilh impugna perpetuamente á Smith, no por eso deja de llamar á su obra *libro admirable*, cuando en ella no vé Mr. Say mas *que un vasto acinamiento de ideas exactas, una confusa reunion de principios sanos*. Tampoco me gusta que Mr. Say rebaje la estimacion de la obra *de la riqueza de las naciones*. ¿Qué quedaria de todo el libro de Mr. Say si se suprimiese lo que es propiedad de Smith?

Mr. Simonde de Sismondi, en sus nuevos principios de economía política, habla de Smith del mismo modo que Mr. Ganilh. Le llama *ingenio creador*. *La antorcha de este talento es la que ha dado claridad á la ciencia. Débense á Smith aun aquellas verdades que él mismo no habia conocido* (tomo 1 pág. 52 y 53). Despues de esto y de repente nos participa Mr. de Sismondi *que el resultado practico de la doctrina de Smith es diametralmente opuesto al que Smith ha sacado*; cuya espresion convierte al *ingenio creador* en un mal lógico que habiendo tropezado como por acaso con algunos principios exactos, no ha sabido deducir las mas veces sino consecuencias falsas.

En el capítulo 3.° del libro 2.° de esta obra hemos visto ya á qué censuras se habian espuesto los escritores de la escuela administrativa por haber dado al dinero los nombres de prenda, signo, medida. Pero Mr. de Sismondi se separa de la economia politica: *El numerario, dice, es al mismo tiempo signo, prenda y medida de los valores* (tomo 2 pag. 2), y llamo la atencion sobre esto como una nueva prueba de la

sumamente grande de los capitales existentes en el pais. En Francia tiene este comercio

armonía que reyna entre los escritores de la escuela que impugno.. . . . .

La doctrina de Mr. de Sismondi sobre lo poco que sirve la abundancia del dinero en un pais es la misma de Smith. Ha creido Sismondi corroborarla mucho comparando el dinero que hace circular las mercancías con los mozos de cordel que las transportan de una parte á otra. "No se aumentarán mas, dice Mr. de Sismondi las compras y las ventas, multiplicando los escudos que son medios de venta, que multiplicando los mozos de cordel, que son medio de transporte. (tomo 2 pág. 9): raciocinio bien malo, porque es evidente que cuando se aumenta el dinero de un particular, respecto de este mismo particular se aumenta tambien la facultad de crear y de consumir, al paso que cualquiera que sea el aumento de los medios de transporte, jamás puede este influir sobre la cantidad de los objetos que haya que transportar.

Puédese considerár lo que sigue como la consecuencia de todo lo que Mr. de Sismondi ha escrito acerca del dinero. "Aumentar el numerario de un pais sin aumentar su capital, sin aumentar su renta, sin aumentar su consumo, es no hacer nada por su prosperidad." (tomo 2 pág. 28): proposicion falsa, porque hay contradiccion en sus términos; y en efecto siempre que á consecuencia de un comercio esterior ventajoso se aumenta el numerario de un pais, siempre y necesariamente el dinero que gastan unos otros lo capitalizan; y de aqui resulta aumento de rentas, de consumos, de goces, y por consiguiente aumento de riquezas.

Al paso que confiesa Mr. de Sismondi que el sistema comercial ha aumentado considerablemente la produccion y *aun mucho mas que lo que se esperaba*, reprueba este sistema en el cual advierte una lucha en que todas las naciones aspiran á apoderarse de los mercados estrangeros (tomo 1 pag. 422); y como de aqui toman ocasion de multiplicar y defender mejor los cos-

que proveer á cerca de treinta millones de personas; ¡y qué inmenso no será el consu-

táculos que cada una opone á las otras, infiere la próxima ruina de todas las fábricas establecidas tan fuera de sazon. ¿Y qué harán entonces los gobiernos? pregunta Mr. de Sismondi. "¿Dirán á los artesanos multiplicados con tanta fatiga, y que con tanta industria se han hecho tan activos; nos hemos engañado, no nos erais necesarios, no debiais vivir? (tomo 1 pág. 424). A pesar del aparato de esta prosopopeya, cualquiera conocerá lo vicioso de este raciocinio. Una sola nacion en Europa codicia el mercado del universo; la Inglaterra, porque no tiene otro medio de conservar su riqueza y su consideracion política. ¿Mas en dónde ha visto Mr de Sismondi que las nuevas fábricas de Francia se sostienen solamente por la extraccion? Procure ver los últimos resultados de la balanza del comercio, institucion tan intempestivamente desacreditada como lo probaré en otra parte, y calcule qué es lo que queda para vender á los estrangeros, prescindiendo de los vinos, aguardientes y de aquellos artefactos franceses de que hace mucho tiempo que la Francia está en posesion de surtir á la Europa. La verdadera salida casi esclusiva de los productos que se ha apropiado la industria francesa de 25 años aca, es el mercado interior, mercado inmenso, como que se compone de veinte y ocho millones de consumidores, la mayor parte de ellos productores, y todos interesados mas ó menos en que los estrangeros no le invadan. Tal es el objeto de estos obstáculos cuya ruina juzga infalible Mr. de Sismondi; suceso que á su parecer ha de producir *la cesacion de la fatal concurrencia de los que hoy procuran quitarse la subsistencia*, si bien aunque los ingleses fuesen dueños de inundar la Francia de mercancías inglesas, nada tendrian que temer los fabricantes franceses de esta concurrencia. ¿Es posible que un escritor de tanto talento como Mr. de Sismondi se abisme en raciocinios de esta especie?

Mr de Sismondi ha incurrido en contradicciones

mo de semejante poblacion! Pero este mismo consumo puede todavia ser mayor. Cre-

muy notables. Permítaseme observar algunas: Sostiene Mr. de Sismondi que si prospera el comercio es á pesar de las leyes prohibitorias (tomo 1 pág 407). Pero en otro lugar (tomo 1 pág. 324) elogia al productor que mediante un descubrimiento en las artes *puede servir á sus compatriotas, cuando antes les servian los estrangeros.*

Mr. de Sismondi, que no gusta de prohibiciones, cree que una nacion jamás es tributaria de las estrangeras, y se burla de los escritores que *usan esta espresion tan falsa como vulgar*, (tomo 1 pág. 423).

Sin embargo, en otra parte (tomo 1 pág. 425) conviene en que si entre los estrangeros halla el comercio recursos que la naturaleza niega al pais puede el comercio á su vez hacer que *una nacion dependa de las otras.*

Nos dice Mr. de Sismondi (tomo 2 pág 3) que el dinero representa todos los capitales sin ser capital de nadie. Mas no tiene la menor duda en reconocer (tomo 2 pág. 43) que el numerario es una riqueza como los demas valores, y *que forma como ellos, parte del capital circulante.*

Sostiene Mr. de Sismondi que cuando carece de dinero el particular que posee mercancías, puede siempre *mediante un sacrificio*, proporcionárselo, operacion igualmente fácil á las naciones que á los particulares, (tomo 2 pág. 41 y 414) y cita en su apoyo el ejemplo de la Prusia: *Cuando retiraba Federico los escudos de la circulacion, eran al instante reemplazados por otros, porque no se disminuia la necesidad que de ellos tenia el pais* (tomo 2 pág. 46).

No obstante, en el tomo 2 pág 103, esponiendo Mr. de Sismondi con mucho vigor y razon los inconvenientes del papel de banco, cree sin reparo que uno de ellos es la dificultad en que pueden verse de repente los banqueros de introducir de nuevo el dinero que han estraido *aunque hagan los mayores sacrificios para conseguirlo.*

ce con efecto cada dia, porque cada dia se aumentan las necesidades. Si comparamos,

Al empezar á hablar en esta nota de Mr. de Sismondi he dicho que del mismo modo que Mr. Ganilh, alababa y criticaba sucesivamente á Smith, pero no por eso creamos que los señores Sismondi y Ganilh esten conformes sobre la doctrina que debe predominar. Ni el uno ni el otro adoptan las consecuencias de la de Smith, y en esto es en lo que únicamente estan de acuerdo. Mr. de Sismondi dice terminantemente que *si Smith se ha estraviado*, *Mr. de Ganilh siguiendo otros cálculos se ha alejado todavia mas del objeto de la ciencia* (tomo 1 pág. 56) y yo debo añadir que Mr. de Sismondi que está tan poco conforme con Mr. de Ganilh, echa en cara ademas á este escritor que tampoco está de acuerdo consigo mismo, es decir, *que se ha separado enteramente del sistema que seguia en un principio*, tacha bien estraordinaria en boca de Mr. de Sismondi, á quien con mucha razon pudiera ponérsela Mr. de Ganilh: porque Mr. de Sismondi ha publicado en 1803 una obra *sobre la riqueza comercial*, que se halla refutada en muchos puntos por sus *nuevos principios de economía política.* Debe verse, como justifica Mr. de Sismondi esta transicion de una doctrina á otra. *En sus primeros escritos* se habia limitado á reproducir los principios de Smith (advertencia pág. II) *despues ha seguido el curso de sus propias ideas. De este modo ha guardado mas precision en la esposicion de unos principios que hace ya mucho tiempo los consideraba como fijos; pero que sobre todo y esto es lo que mas le ha sorpredndido, le han conducido á consecuencias sumamente nuevas.... Los motivos que le han obligado á abandonar.. opiniones que habia espuesto con zelo merecen en su concepto alguna atencion.*

No cabe duda en que semejante confesion escitará grandemente la atencion del lector. Valeos ahora contra el gobierno de la autoridad de los escritores, cuando despues de haberos enseñado errores que ahora impugnan se creen esentos de toda censura: *porque no*

pues, el estado de cualquiera nacion civilizada con el que tenia al empezar á salir de la barbárie, hallaremos que cuanto produce, á escepcion de sus víveres, es una ganancia de riqueza. La mayor parte de las sustancias

eran sus propias ideas las que entonces defendian. Pero al fin Mr. de Sismondi muda de método; sigue el curso propio de sus ideas, ¿y qué ganamos en esto? *Esponiendo unos principios que de muy atras consideraba como fijos, ninguna cosa le sorprende mas que las consecuencias sumamente nuevas á que le conducen.* Por manera que al tomar la pluma no sabia aun á dónde le habian de llevar unos principios que hacia mucho tiempo tenia por fijos. Permitido es ciertamente pensar que nunca ha estado Mr. de Sismondi perfectamente seguro de sus doctrinas, y asi antes de adoptar las de la segunda obra, creo que no haremos mal en esperar á ver si publica una tercera.

Ya puede verse cómo se abismarian en dudas é incertidumbres los que estudian la ciencia en los libros, sino huviese quien los ayudase á distinguir lo verdadero de lo falso: esta guia es el gobierno. Desde Smith acá no se ha escrito una sola obra de economía política en que no se impugnen las anteriores, asercion mas cierta aun respecto de la Inglaterra, patria de Smith, que de la Francia. ¿Esta el escritor de acuerdo con sigo mismo? ¿Lo está con los que le han precedido? son dos preguntas á las que siempre se puede responder que nó; y hasta el presente este es el carácter esencial de la economía política, bien diferente de la administracion que de tres siglos á esta parte no ha variado. Asi es que la ciencia adelanta siguiendo los pasos de la administracion pública, cuando hasta el dia no ha hecho mas que retrogradar, siguiendo á la economía política; y asi será siempre que la economía política quiera contraer á las verdades prácticas unas investigaciones que no deben tener mas objeto que el de unas verdades especulativas. *Nota de la segunda edicion.*

alimenticias que en la actualidad usa, son tambien una conquista del trabajo, y es de notar que en una nacion civilizada solamente para una parte del pueblo es el consumo de víveres el consumo mas considerable, pues respecto de las clases superiores no llega este al quinto, á veces ni al décimo, y aun al vigésimo del consumo general.

Este aumento en la riqueza del hombre debe atribuirse particularmente al comercio interior, muy anterior siempre al comercio de nacion á nacion. Separemos mentalmente de las riquezas de la Francia, la parte procedente del comercio estrangero, esceptuado el numerario, y no hay duda en que si bien carecemos de algunas producciones útiles, no se disminuirá sensiblemente el bien estar general, y quedará el pais en el mismo grado de civilizacion.

Hemos visto ya que la renta industrial y territorial de Francia podia regularse en ocho mil millones de francos. El valor íntegro de las mercancías que se vendian al estrangero, aun en la época en que se comprendian ciento cincuenta millones por géneros coloniales, ha pasado muy poco de trescientos cincuenta millones, que en renta no representan mas de doscientos millones, porque hay que deducir del precio de la venta, no ya los salarios y utilidades de los diversos productores, sino el precio de las primeras materias pro-

cedentes del estrangero, y aquella porcion de las utilidades que debe reservarse siempre para la conservacion y reemplazo de los capitales fijos. Agréguese á estos doscientos millones otros cincuenta por las útilidades que puede dar el retorno de las mercancías estrangeras, tanto á los *navieros* que las introduzcan, como á los negociantes y mercaderes que las distribuyen, y se verá que el comercio esterior no compone mas de $\frac{1}{32}$ de la renta total de la Francia. Nada manifiesta mejor cuánto escede el comercio interior al estrangero que el exámen del número de trabajadores á quienes uno y otro dan ocupacion.

No debe sin embargo inferirse que pueda siempre la nacion aplicar sus capitales al comercio interior. "No ha considerado bastante el gobierno inglés, dice Mr. Say, que las ventas mas beneficiosas son las que una nacion se hace á sí misma, porque no pueden verificarse sin que esta nacion cree dos valores, el valor que se vende y el valor con que se paga el otro." Pero tampoco considera Mr. Say que para que la Inglaterra se venda á sí misma cuanto fabrica, seria preciso ó que se aumentase de repente muchísimo su poblacion, ó que sus habitantes consumiesen mas; resultado doble que no puede el gobierno realizar, y que ademas el segundo es enteramente contrario á la teoría eco-

nómica sobre el pretendido consumo *estéril* que quisiera Mr. Say reducir á la nada.

Por lo comun la industria que provee al consumo interior del pais, se emplea en primeras materias producidas por el mismo pais, pero tambien sucede á veces que se traen de fuera las primeras materias. Asi es que á la Francia la proveen la Noruega de maderas de construccion, de hierro la Suecia, de cáñamo la Rusia, y la España de lanas. El comercio interior, pues, respecto á un cierto número de productos, depende del comercio esterior, al cual por largo tiempo ha debido el aumento del capital numerario, que era indispensable por el incremento que habian tenido la circulacion y la produccion. Como todas las naciones europeas, á consecuencia de las instituciones originadas del crédito, tienen ya mas ó menos medios de suplir la moneda; acaso baste hoy para la prosperidad del comercio interior que el comercio estrangero no les prive de su numerario. Tambien el comercio interior tiene hoy mas medios que nunca de sostenerse por sí mismo, como lo demuestran los progresos que ha hecho nuestra industria durante los veinte años de una guerra que nos ha privado de toda comunicacion marítima. A escepcion de los dos últimos años no ha sido esta guerra mas que una serie de victorias y conquistas; ni disminuyó en verdad nues-

mo lo son las familias. Al contrario, esta semejanza daba lugar á una comparacion exacta, grande y luminosa, que por desgracia no se le ha ocurrido á Smith. Consideradas colectivamente forman las naciones una sociedad cuyos miembros en particular se conducen segun sus leyes y hábitos peculiares; no todas siguen principios igualmente seguros. Una nacion es pródiga, otra económica, esta ligera, y aquella prudente. Las mas discretas se aprovechan de los yerros de las otras, y las prudentes é industriosas se enriquecen á costa de las que no tienen ni prevision ni actividad.

Contraigamos estas observaciones á algunas naciones de Europa.

Las mas impróvidas han sido la España y Portugal: las económicas Holanda, Inglaterra y Francia: las primeras se han empobrecido: las otras han ido enriqueciéndose. Pueden pues ser las naciones económicas y pueden ser pródigas; pero una nacion no es pródiga ni económica, sino bajo el aspecto de sus relaciones con las demas naciones; y de este modo debia considerarse esta cuestion. Volveré á ella cuando trate del comercio esterior (1).

(1) La discusion que se ha suscitado últimamente entre Mr. Say y Mr. Malthus versa particularmente sobre la teoria del primero acerca del pretendido consumo esteril, que Mr. Malthus cree ser muy util á la produccion, porque multiplica la demanda; contra el parecer de Mr. Say que le reputa perjudicial porque se opone á la acumulacion. He impugnado la doctrina del

CAPITULO II.

¿Debe el Gobierno fomentar el comercio y las fábricas, con preferencia sobre la agricultura?

Esta es otra de aquellas cuestiones en que no pueden estar de acuerdo los escrito-

escritor frances desde el momento de su publicacion, pues la primer edicion de su obra apenas lleva un año de anterioridad á la mia. Todavia no he variado de opinion desde entonces á pesar de las cartas últimas de Mr. Say á Mr. Malthus, el cual no tendrá ciertamente mucho que trabajar en la respuesta. Mr. Say ha dado mucha latitud á la cuestion enlazándola con la del atascamiento que de seis años á esta parte se esperimenta en todos los mercados del mundo comerciante. No era este por cierto el mejor modo de ilustrar la cuestion. ¿De qué se trata? De averiguar si está puesto en razon el fundar la acumulacion de los capitales en la reduccion del consumo; en otros términos, si se escitará á crear mas productos impidiendo el consumo. Sienta Mr. Say que los productos se compran con otros productos, y de aqui infiere que con la creacion de un producto se abre una salida para otro producto. No tengo dificultad en convenir en que nuestras compras y nuestras ventas vienen á reducirse definitivamente á unas permutas de productos, porque en ellas el dinero no hace mas papel que el de un agente intermedio, indispensable por otra parte, pero niego que con la creacion de un producto se abra necesariamente salida á otro producto. Sé muy bien que entre productos diversos de un valor igual siempre hay una posibilidad de permuta, pero de la posibilidad de la permuta á su realidad, esto es, de la produccion á la venta hay grande distancia. Para que se realice la venta, es preciso que antes se haga sentir la necesidad

res, y antes de tratar del comercio conviene resolverla.

Segun los economistas el trabajo de los fabricantes no hace mas que reemplazar los

del consumo; es preciso que haya pedidos ó demanda. El error de Mr. Say consiste en que no cuenta con la demanda, ó en que la supone comprendida en la oferta; error bien particular en un escritor que sostiene que los precios resultan siempre de la oferta comparada con la demanda.

Mr. Say dice positivamente que *crecen las necesidades siempre en proporcion de las cantidades producidas* (carta 2.ª pag. 50). Pero enunciar esta proposicion es refutarla. ¿Aun cuando un sombrerero llenase de sombreros todos los pisos de su casa, venderia por eso un sombrero mas? ¿Pues qué influencia tiene sobre el consumo la cantidad de las cosas producidas? Ninguna. Y el mismo Mr. Say se olvida de que en otra parte ha dicho con alguna mas razon, *que las necesidades de los consumidores deciden en todas partes de las creaciones de los productores.*

Segun Mr. Say en la actualidad se venden en Inglaterra muchos mas objetos diversos que en tiempo de la reyna Isabel, y añade que es porque alli se produce ahora mas. Es bien cierto que para vender mas, es indispensable producir mas ¿pero basta producir mas para vender mas? Esta es la verdadera cuestion.

Los precios son hoy muy bajos en Europa, porque no hay demanda. Sin embargo no son las mercancías las que faltan; al contrario, abundan en todas partes. Cuando Mr. Say se queja de que no hay todavia las suficientes, quisiera yo que nos dijese cuáles son las que deberian multiplicarse. *Sino se venden ciertas mercancías es porque no se crean otras*: cartas 1.ª y 2.ª pág. 5 y 54. ¿Pero cuáles son estas mercancías que no se crean? Todo cuanto se pide se crea; el mal está en que se crea todavia mas que lo que se pide y quedan sin venderse todas las excedentes; y esta es

víveres que ellos han consumido durante el trabajo: asi que, segun este sistema, la indus-

sin duda alguna la causa del atascamiento general de todos los mercados.

¿Querrá decir Mr. Say que deben inventarse nuevos productos? En este caso el consejo seria escelente; pero sobre no ser siempre muy fácil seguirle, todavia seria preciso que estos productos de nueva especie, despues de conocidos, tomasen estimacion, y tuviesen muchos compradores. Al contrario, ¡cuán probable es que fuesen mal recibidos con arreglo á la graciosa teoría de Mr. Say sobre las necesidades facticias! Cuando se reduce la industria á satisfacer solamente aquellas necesidades *de que dependen la existencia*, *la salud y el contento de la mayor parte de los hombres*, no se le puede exijir mucha variedad, ni se concibe tampoco qué es lo que la industria ganaria en multiplicar sus combinaciones.

Mr. Say sostiene dos opiniones inconciliables. Por una parte quiere que se disminuya la variedad de los productos porque su teoría de las necesidades facticias proscribe mil géneros de industria; y por otra exhorta á los ricos á que destinen todos sus ahorros á la produccion, y *aun á que contribuyan á ella con su trabajo* (carta 2.ª pág 65) ¿Y cuál sería el resultado de esta doble variacion? que refluirian hácia las profesiones industriales mas comunes cuyos productos son de un uso general, no solo los capitales que ahora estan invertidos en la fabricacion de productos que solo los ricos consumen, sino tambien todas las rentas que estas personas empleaban antes en satisfacer necesidades peculiares á ellas. Reflexiónese qué inmensa cantidad de mercancías vulgares resultaria de repente de una produccion dirijida de este modo, y dígasenos donde habria compradores, cuando hoy mismo la fabricacion de estas especies de mercancías, reducida á lo que la demanda probable exije, apenas halla salida. En la hipótesis que gratuitamente supongo y que á Dios gracias no puede realizarse, se crearia un duplo mas,

tría fabril no aumenta nada la riqueza nacional, ó si en algo la aumenta es solo por medio de privaciones.

sin que se aumentase la poblacion, pues siendo siempre los mismos los operarios, no harian estos mas que variar de ocupacion ayudados de los mismos capitales que se invertian antes de otro modo. Los mismos maestros de coches, que vendian muy bien sus coches, tejerian lienzo que no podrian vender. Lo mismo sucederia á los que trabajan en cristal, tapices, espejos, bronces. Es decir, que se moriria de hambre la mitad de la clase trabajadora al paso que la opulenta se veria privada de una multitud de productos ricos que aumentan sus comodidades, y mantienen al pueblo. Asi pues, privaciones para los ricos y miseria para los trabajadores serian los frutos de la teoría de Mr. Say sobre los ahorros.

¿Por qué razon no se venden objetos de lujo al arrendador que quiere vivir rústicamente? Porque antes prefiere estar ocioso que producir con que comprar objetos de lujo (carta 2.ª pág. 63). Nada de eso. El arrendador está menos ocioso que lo que se cree, y produce cuanto cree poder producir. Pero sigue vuestro consejo, va acumulando real á real cuanto gana, hasta poder comprar una fanega de tierra aunque sea por el duplo de lo que vale; disposicion á ahorrar que me guardaré muy bien de censurarla en un labrador, pero que no disminuirá el atascamiento de los mercados de la industria ni en el valor de un alfiler.

Precisamente porque la mayor parte de los hombres por la naturaleza de las cosas consumen muy poco, es por lo que Mr. Malthus quiere que los paises de grandes medios de produccion posean muchos consumidores estériles, esto es, particulares ricos que por medio de sus consumos proporcionen ocupacion a la clase trabajadora. Pregunta Mr. Say qué entiende Mr. Malthus *por consumidores estériles* (carta 2.ª pág. 65) y añade que si son los empleados superiores cuya renta se saca del producto de las contribuciones, *esta*

Por el contrario, la agricultura dá ademas del salario de los operarios un producto que no es sustitucion de otro y crea un valor

renta se hubiera empleado de un modo igualmente útil dejándola en poder de los contribuyentes ¿Reconoce Mr. Say que es indispensable que haya en el estado estos empleados? Pues en este caso su observacion es vana, y el ministro que tiene doscientos mil francos de renta, no perjudica ciertamente á su pais cuando gastando de un modo noble, y conforme á su empleo, estimula y favorece á los productores nacionales. Lo que se puede decir con verdad de un ministro respecto de su sueldo, es igualmente cierto respecto á la renta de un particular rico. Sostiene tambien Mr. Say que *aunque llegasen á desaparecer los consumidores estériles, no por eso se disminuirian las salidas en el valor de un ochavo*: que es como si dijese, si llegase un dia en que no hubiese ya quien gastase coche, se harian tantos coches como antes, ó no quiere decir nada.

Mr. Say tampoco ha entendido la distincion que hace Mr. Malthus entre el coste que tiene una mercancía en sus gastos de produccion, y el precio á que puede venderse, cuando desea que la diferencia sea grande para que pueda el productor á un mismo tiempo acumular y consumir. Responde Mr. Say que cuando se dá principio á una empresa con un capital de cien mil francos, basta para volver á empezarla que el producto que rinde valga cien mil francos (carta 2.ª pág. 67), y en esto se equivoca manifiestamente: porque una operacion cualquiera que empezada con cien mil francos, no diese mas que cien mil francos, no dejaria utilidad alguna, y no se emprenderia segunda vez. Lo que desea Mr. Malthus es que cien mil francos produzcan ciento veinte mil, por ejemplo, para que de este modo se pueda volver á empezar la obra con ciento y diez mil, despues de haber gastado estérilmente diez mil francos, que sacarán del mercado generalmente un valor igual en productos, y que de este

nuevo. Infiérese pues de aqui por una consecuencia necesaria que debe darse á la agricultura la preferencia sobre las fábricas.

Asi es la verdad segun este sistema; pero este sistema es falso. Insisto por otra parte en esta palabra porque hay escritores que repitiendo sin cesar que es falso el sistema de los economistas, ocupan sin embargo todo su talento en probar que este sistema es la concepcion mas bella del ingenio humano (1).

modo contribuirán felizmente á disminuir este atascamiento general de que se quejan todos los productores.

Entre mil cosas muy estraordinarias se hallan algunas muy buenas en las cinco cartas de Mr. Say á Mr. Malthus. Mr. Say se ha metido positivamente á metafisico, y ha vuelto metafisica la economía política, si bien no deja de ser ciencia de la materia. Antes ya habia inmaterializado nuestros capitales: ahora inmaterializa nuestras rentas, todas nuestras rentas: porque la palabra *todas* está impresa en letras mayúsculas. *Si*; *TODAS*, dice Mr. Say (carta 1.ª pág. 35) *pues á no ser asi, para tener todos los años nuevas rentas materiales, seria preciso que cada año se aumentase la masa de las materias que componen el mundo.* Pues eso es precisamente lo que yo creo que sucede ¿No hace la naturaleza todos los años gastos de reproduccion? ¿por ventura los granos que formarán mi renta en èl año próximo son los mismos granos que han formado la renta de este año? Lo que forma la renta segun Mr. Say, es el valor. El dice que semejantes proposiciones no tienen de paradojas mas que la apariencia. ¿La apariencia? sea enhorabuena; pero yo aseguro que esta á nadie engañará. *Nota de la segunda edicion.*

(1) Véase todo lo que dice Mr. Garnier en las notas de su traduccion de Smith.

Supongo por un momento que exista una nacion puramente agricultora, en la cual todavia no haya hecho progresos ningunos la industria; y que esta nacion á escepcion de los artículos de consúmo, indispensables para existir, carece de todo y quiero suponer que hasta de vestidos.

Ya se deja entender que en una nacion semejante habrá muchas gentes ociosas. Inventen algunos de estos ociosos el arte de hilar la lana y el lino, y en menos de diez años todo el pueblo estará vestido.

Pregunto ahora á cualquier economista si esta nacion no es ya mas rica que antes, y sin titubear me responde que nó. ¿No? no; porque lo que tiene de mas en vestidos, lo tiene de menos en víveres; el valor añadido á la lana y al hilo es exactamente igual á lo que los operarios han consumido durante su trabajo, y la riqueza del pais es ahora la misma que antes. ¿La misma que antes? pero si estos obreros hubieran permanecido ociosos, ¿hubieran por eso consumido menos víveres? Tiene pues la nacion ademas lo que ellos han producido: es pues mas rica.

Estendamos la vista á todas partes, y á penas entre cien objetos hallemos uno que sea producto inmediato de la tierra. ¿No echais de ver que en el estado actual de la civilizacion no usa el hombre nada ó casi nada de lo que produce la tierra en el mismo estado

en que ella lo ha producido? Las casas que os alojan, los vestidos que os cubren ú os adornan, los alimentos que os sustentan, todo, todo ha esperimentado los efectos de la industria, todo ha sido acomodado á vuestras necesidades, á vuestros gustos, á vuestros caprichos, todo ha sido modificado ó alterado. ¿Y se defiende que esto no es una riqueza, porque los que la han producido no han hecho mas que reintegrar lo que han consumido? ¡Miserables sutilezas!

Si la industria privase de brazos á la agricultura, y por eso no produjese ya la tierra con que sustentar á los hombres, ciertamente seria perjudicial. ¿Pero en dónde ha tenido la industria este resultado? Y siendo asi que la agricultura ocupa solo una parte de los hombres que alimenta, ¿en qué se puede emplear la otra parte con mas fruto sino en dar, si es posible, un nuevo valor á sus productos?

Asi pues, aun admitiendo que el trabajo de los artesanos no hiciese mas que agregar á las materias en que trabajan un valor igual al consumo que ellos han hecho, no por eso seria este trabajo menos útil, pues lo mismo hubieran consumido permaneciendo ociosos.

Pero digo mas. Es falso que el trabajo no agregue á las primeras materias mas que un valor igual al consumo del artesano.

Sírvanos de ejemplo un tejedor: gana con que alimentarse él, su muger, y tres hijos. He aqui cinco personas que él mantiene con su trabajo: luego hace mas que reintegrar su consumo.

Pero me direis, este tejedor no puede ganar con que mantener tan numerosa familia: pues bien, reduzcámosla á su muger; y siendo ya solos los dos, disfrutarán algunas conveniencias, y la muger podrá vivir cómodamente sin hacer nada. Mas esta muger mantenida por su marido, ejerce por su parte una industria peculiar, hace encajes. ¿Se podrá decir que este encaje reemplaza el consumo de una muger que no ha consumido nada ó solo ha consumido lo que le permitió consumir la industria de su marido? Su trabajo es pues una riqueza creada, una riqueza que no es sustitucion de cosa alguna, *un producto líquido* para hablar la lengua del Dr. Quesnay. Otro tanto puede decirse respecto de todas las producciones de la industria, porque no hay un solo artesano que no pueda ganar la subsistencia de dos personas.

De todas las ocupaciones del hombre, la agricultura es la mas útil y la mas honrosa; lo primero, porque conspira inmediatamente á su conservacion; y lo segundo, por su independencia y porque es madre de todas las virtudes que suelen andar á una con la sencillez de costumbres. Pero la agricultura,

tan antigua como el mundo, vive, por decirlo asi, una vida propia; y al paso que casi nada puede esperar de los hombres, estos lo esperan todo de ella. Cultiva el labrador su campo porque tiene seguridad de emplear todo el producto de su cosecha, y para ello no necesita ni proteccion ni recompensa. Cuanto mas numerosa es la sociedad, mayor es tambien el interés que tiene en perfeccionar y en estender su trabajo, y es una verdad constante que todo aquello que tira á aumentar la poblacion, cede en beneficio de la poblacion campestre.

Estas observaciones, cuya exactitud creo indisputable, serian completamente falsas aplicadas á la industria. Cultiva el labrador su campo porque la necesidad le obliga á ello: sin embargo, para él esta ocupacion es antes una distraccion que un trabajo, y desde la infancia ha contraido el hábito y la aficion á este trabajo sencillo y fácil. No sucede asi respecto de las profesiones industriales: son lentos sus progresos, y menos estimados sus servicios. Muchos siglos han debido correr antes que hayan podido los hombres sujetarse á los trabajos asiduos y uniformes que la industria exige, y esta es la razon porque apenas hay nacion alguna en que no haya prosperado la agricultura, y hay tantas en que la industria no ha salido jamás de la infancia.

Ademas la agricultura se perfecciona por sí misma porque sus métodos y procedimientos son sumamente sencillos: es una ciencia por decirlo asi, local, no conoce mas reglas que la práctica, varía segun los paises y los terrenos, y se burla de las vanas teorías del gabinete: no necesita libros para estenderse ni ministros que la dirijan: basta que el labrador pueda seguir en paz las lecciones de su propia esperiencia. No le quiteis la tercera parte ó la mitad de lo que llamais su producto líquido, so pretesto de librarle de la sobre carga de las contribuciones indirectas; cuidad, sí es posible, de que no le falten capitales para crear ni bocas que consuman; y el labrador os bendicirá de corazon sin envidiar á los fabricantes de las ciudades, por grande que sea la proteccion que á estos dispenseis.

Pero ni la industria ni el comercio pueden caminar de un modo tan uniforme que pueda el gobierno dispensarse de todo cuidado; porque sus progresos dependen de los de la civilizacion, de las artes, de las ciencias, de la navegacion. El gobierno que no puede hacer casi nada en favor de la agricultura, lo puede casi todo respecto de la industria. Si dominan en la nacion hábitos y gustos capaces de retardar sus progresos, debe procurar con toda eficacia que desaparezcan; y si una máquina nueva proporciona el

medío de simplificar el trabajo, debe recompensar al inventor, asi como debe escitar la emulacion de los operarios cuando su talento y su habilidad dejan todavia algo que desear. Asi pues, se vé forzado el gobierno á tener siempre la vista sobre la industria, porque lo incierto y caprichoso de sus pasos exije frecuentemente direccion y muchas veces apoyo.

Ceñida la agricultura en sus progresos, como hemos visto, lo está tambien y de un modo invariable, por la estension del territorio. Cuando todo el terreno está cultivado, parece que ya en esta parte no se puede aspirar á mas. Aun concediendo que puedan mejorarse mucho los métodos de la labor, es preciso convenir sin embargo en que ha de llegar un momento en que no pueda adelantarse nada ó casi nada; y entonces ¿en qué se ha de ocupar la poblacion del pais?

La industria no conoce límites ni en sus progresos ni en sus medios de adelantamiento, porque dispone no solo de las producciones indígenas, sino de las de todo el mundo, aumentando diez y cien veces su valor. Su dominio se estiende á proporcion que se multiplican las necesidades y tan vasta como la imaginacion, y tan inconstante y fecunda como ella no reconoce su potencia creadora mas límites que los del ingenio humano, del cual recibe cada dia nuevo lustre.

Infiérese naturalmente de estas comparaciones, que la agricultura debe llamar la atencion del gobierno menos que las fábricas. Ahora me falta demostrar hasta qué punto se opone esta consecuencia á la opinion de Smith.

"En la mayor parte de Europa, dice este escritor (1), el comercio y las fábricas de las ciudades en vez de ser efecto del cultivo y de las mejoras de los campos han sido por el contrario su ocasion y su causa." Esto es muy favorable á las manufacturas; pero leamos lo que sigue: "como este orden es contra el curso natural de las cosas, es por necesidad al mismo tiempo, lento é incierto.... Compárese la lentitud de los progresos de estos paises de Europa, cuya riqueza depende en gran parte de su comercio y de sus fábricas, con los rápidos progresos de nuestras colonias, cuya riqueza se funda enteramente en la agricultura &c. &c." Dice en otro lugar, que la causa principal de la riqueza de las colonias es el no tener fábricas (2).

Conviene Smith en que en todos los estados de la Europa moderna se deben á las fábricas las mejoras del cultivo de los campos; y añade que esto es contrario á la naturaleza de las cosas. Mas si esto fuese cierto no hubiera sucedido ni se hubiera verificado á la

(1) Tomo 2 pág. 480.
(2) Tomo 2 pág. 384.

vez en todos los estados de Europa. Pero solo se opone á la naturaleza de las cosas, lo que forma escepcion á la regla general; y aqui toma Smith otra vez la ley general por una escepcion.

El ejemplo de las colonias que deben su prosperidad á la agricultura, está malamente escogido y nada prueba, porque no puede compararse una colonia con la metrópoli. En la colonia hay veinte y aun cien veces mas tierras que las que se pueden labrar, todas vírgenes y fertilísimas; el mundo entero es mercado de sus producciones; en las colonias no seria posible establecer fábricas sin quitar los brazos á la agricultura, ni se puede pensar alli en fábricas, porque en un terreno semejante la mejor fábrica es la tierra. Lo contrario sucede en la metrópoli; no hay tierras incultas, son limitadas las producciones del pais, se consumen alli mismo, y muy lejos de que las fábricas quiten brazos á la agricultura, no bastan á dar ocupacion á los ociosos. Dígaseme otra vez ¿á dónde nos llevaria esta comparacion?

Cita Smith la China como un pais en que siempre se ha dado la preferencia á la agricultura sobre la industria, y este ejemplo por lo menos no es contrario á la naturaleza de las cosas; ¿pero qué ha producido este orden tan maravilloso? "El hombre, que despues de estar cavando todo el dia gana en la Chi-

na lo suficiente para comprar por la noche un poco de arroz, está muy contento (1). Y todavia es peor la suerte de los artesanos..... Andan continuamente corriendo por las calles con sus herramientas al hombro, ofreciendo su servicio y mendigando el trabajo. La pobreza de las clases ínfimas del pueblo en la China es muy superior á cuanto se puede ver en las naciones mas miserables de Europa.... ni el matrimonio encuentra alli un estímulo en la utilidad que proporcionan los hijos sino en la facultad de abandonarlos..." ¿Y es el mismo Smith el que nos dá estos espantosos por menores? ¿Y nos pinta la China como uno de los paises mas ricos del mundo? En verdad que no habria remedio mas oportuno que este espectáculo para curar á una nacion la sed de la riqueza.

Pero todavia es mucho mas estraordinario que este pueblo, cuya agricultura ha seguido el orden natural de las cosas, *hubiera no obstante llegado á ser mucho mas opulento con otras leyes y otras instituciones* (2); *si se hubiera aplicado mas, por ejemplo, al comercio estrangero*. No cabe duda. Pero entonces no hubiera sido un pueblo agricultor por escelencia; y no os hubiera merecido mas consideracion que las naciones europeas, en las cuales ha prosperado la agricultura, siguiendo

(1) Tomo 1 pág. 144. Tomo 3 pág. 541.
(2) Tomo 1 pág. 194.

tro numerario; antes bien con mas razon pudiéramos decir que le aumentó. El banco de Francia tambien le aumentó ficticiamente, respecto á una sola ciudad, es cierto, pero una ciudad que por la interrupcion de las comunicaciones marítimas, era el depósito de un comercio inmenso, y residencia de una multitud de fábricas, tanto mejor situadas en ella cuanto recibian de la perfecta aplicacion de las ciencias á las artes industriales una infinidad de elementos de prosperidad, mal aplicados ó desconocidos antes. A esta reunion de circunstancias diversas debe la Francia los progresos de su comercio interior; y acaso en adelante deberá tambien á la misma circunstancia no tener que temer la concurrencia en pais estrangero. No hubieran bastado sin embargo si el gobierno no hubiera asegurado á los productores el mercado interior. Este es el fomento decisivo, el único cuya presencia sola podia fecundizar los otros; porque en efecto la gran dificultad en que tropieza toda industria naciente es la de hacer las primeras anticipaciones, y despues de hechas estas, cubrirlas con las utilidades de la empresa. Esta es la razon por qué van siempre en diminucion las utilidades, muy crecidas en un principio. ¿Pero cómo han de ser crecidas, ó en otros términos, cómo ha de querer pagarlas el consumidor si pudiese proporcionarse el mis-

mo género comprándole mas barato del estrangero? Y citando un solo ejemplo en apoyo de este raciocinio, ¿se puede creer que Mr. Chaptal habria sacado tanto partido de la fabricacion del azucar de remolachas, si por un efecto de las circunstancias no hubiera podido vender por muchos años cada libra á cinco francos (1)?

(1) Mr. Say desaprueba que se haga azucar de remolacha. Quiere que cojamos vino, y que con el vino compremos azucar de caña (tercera edicion tomo 1, pág. 169: cuarta edicion tomo 1, pàg. 178). Mr. Say discurre como si la cuestion que debe examinarse fuese la siguiente: ¿qué vale mas, dejar subsistir los viñedos de Bougeot, ó substituir el cultivo de remolachas? Pero no tratamos de eso.

¿Por su precio y su calidad puede el azucar de remolachas sostener la concurrencia con la azucar de cañas?

¿El cultivo de la remolacha es favorable al de los cereales como lo sostiene Mr. Chaptal, y como al parecer lo confirman siete años de esperiencia? ¿Puede aquel cultivo fomentar el desmonte de los terrenos incultos?

¿El cultivo de la remolacha y la fabricacion de azucar de esta planta, ocupan tierras y brazos que sin él quedarian ociosos?

Suponiendo que se empleasen en otra cosa estas tierras y estos brazos, ¿es seguro que los estrangeros comprarian los frutos de este nuevo trabajo en cambio del azucar que les comprásemos?

Habiendo perdido la Francia sus mejores colonias, ¿le conviene proporcionarse en su mismo suelo una produccion que se ha hecho de primera necesidad, y respecto de la cual está espuesta á verse pronto á merced de los estrangeros?

La proteccion que el gobierno debe en general al comercio se reduce á un solo punto, á fomentar la produccion. Todos los escritores convienen en esto, si bien no pueden estar acordes sobre los medios de conseguirlo. En este capítulo trataré en particular de los que dicen relacion al comercio interior.

Como el territorio que ocupa una nacion es el elemento fundamental de su riqueza, de aqui es que el primer objeto de la solicitud de todos los gobiernos es el aumento de las producciones de su suelo. Colbert protegió la agricultura por su celo en multiplicar las fábricas, porque estas empleaban primeras materias que la agricultura habia de proporcionar, y por lo mismo debia esta producir mas, y de este modo encontraba fomento. Tambien lo encontraba en el mayor consumo de los nuevos trabajadores, porque la tierra al fin habia de producir tambien para alimentarlos.

¿No crecerá este interés con la sola posibilidad de una guerra matítima, que interrumpiendo de repente nuestras relaciones con nuestras colonias, nos obligaria á comprar la azucar á los estrangeros, debiendo pagarla mas cara?

Sin duda que podria disputarse sobre muchas de estas cuestiones. No las discuto: no hago mas que presentarlas para que el lector examine la importancia y decida, si es posible, resolverlas por medio de principios generales aplicables á todos los tiempos y á todas las naciones. *Nota de la segunda edicion.*

. Los gobiernos influyen de otros varios modos en el aumento de las producciones del terreno: facilitan su circulacion por medio de la construccion y abertura de caminos y canales; y aun por eso los paises que tienen rios navegables gozan sobre los otros una gran superioridad natural. En este caso se halla la Francia. Por el contrario, como la Italia es un pais muy quebrado por sus montañas, y cortado por los torrentes, presenta grandes obstáculos al comercio en sus comunicaciones. Tambien enriquecen el suelo los gobiernos fomentando los desmontes, las desecaciones de pantanos, y procurando aclimatar las plantas exóticas: asi ha introducido la Francia el cultivo del tabaco, y el reino de Nápoles el del algodon; los arenales incultos de Burdeos, poblados poco á poco de pinos, producen hoy una resina, que perfeccionados los métodos de estraccion rivaliza con la del Norte. Continuados con mejor direccion los trabajos emprendidos por Pio VI para la desecacion de las lagunas pontinas, adquirirá el estado romano un inmenso territorio, cuya pestilente esterilidad está siendo de muchos siglos á esta parte un azote horrible. He aqui unas nobles conquistas dignas de la ambicion de los soberanos, porque á lo menos ni la humanidad ni la justicia tendran por ellas que llorar.

Protejer la propiedad, honrarla, gravar-

la poco para inspirar aficion á ella y que se mejore, no distraer los capitales que se aplican á sus adelantamientos, son los principios con que un buen gobierno multiplicará incesantemente los productos. Casi todos los gobiernos han violado estos principios en estos últimos tiempos; pero restablecida la paz volverán á ellos sin duda. Cansada de guerras la Europa, debe reanimar la propiedad abatida, pues todo sistema dirijido á sobrecargarla seria hoy mortífero para los pueblos, y señaladamente para la Francia; en donde de treinta años á esta parte ha sufrido la propiedad una tormenta desecha.

La riqueza que nace de la tierra es la que conviene mas aumentar en todos tiempos, porque el terreno está á cubierto de las revoluciones que esperimenta el comercio; pero aqui se ofrece una consideracion importantísima. En la antigüedad, y casi hasta nuestros dias, se dividian los pueblos en las dos clases de pueblos agricultores y pueblos comerciantes. Los pueblos comerciantes se habian ocupado principalmente en recoger los productos del trabajo, y para esto iban á buscarlos al lugar de la produccion. Asi se formaron entre los antiguos y entre los modernos estos grandes depósitos de mercancías, de donde se surtian todas las naciones. Esto hicieron los fenicios; esto han hecho despues los holandeses. Sin embargo, ha sido

tan rápido el movimiento que han tomado en estos tres últimos siglos todas las artes industriales, y han sido tales las utilidades que todas las naciones han sacado de la multiplicacion de los productos del trabajo, que poco á poco ha llegado cada una á querer crear la mayor parte de las cosas que consume; y por una consecuencia precisa dentro de poco quedará reducido el comercio de nacion á nacion á solo aquellas producciones que no se pueden naturalizar en otros paises por la diferencia de climas, de terrenos, ó por otros obstáculos; y ya se puede casi decir que no existen pueblos comerciantes en la acepcion que hemos dado á esta palabra, esto es, pueblos, cuya principal industria consiste en reunir las cosas producidas, acercarlas á los consumidores, y por último, á hacer respecto de las naciones lo que respecto á los individuos hacen en cada nacion los mercaderes, que sin crear cosa alguna tienen sin embargo almacen de todos los productos del trabajo.

Este es el punto de vista bajo del cual deben ser consideradas de hoy mas las naciones europeas. Todas son agricultoras y fabricantes, y en el actual estado de civilizacion de Europa la agricultura y las fábricas son ya dos principios inseparables de la riqueza, y todo el arte de una buena administracion está cifrado en hacer que uno de estos principios fecundice al otro.

Por eso todos los gobiernos de Europa han reconocido unánimemente la necesidad de reservar para la industria de su propio pais los productos rurales en que con mas utilidad puede emplearse. Asi no estraen los ingleses sus lanas sino los tejidos, cuya primera materia es la lana, y no solo recogen toda la lana que puede producir el pais, sino que ganan ademas tejiendo paños todo el valor que la mano de obra añade á la misma lana.

Razones de la misma especie inclinan á todos los gobiernos á alejar de su territorio los productos de la industria estrangera, que no son de una indispensable necesidad, y esto sin mas razon que la de proporcionar trabajo á sus respectivos súbditos.

Tambien se han creado, con el mismo fin de multiplicar los productos del trabajo, todos los establecimientos que tienen por objeto el comercio interior; porque ademas de que la moral pública se interesa en que se impida á los fabricantes que engañen al público, en impedírselo se favorecen los progresos de la industria. El mercader que usa pesos falsos, no siempre se beneficia; porque ademas de la pena á que se espone, pueden sus parroquianos descubir el dolo, y al momento se proveen de otra parte; y por lo mismo su verdero interés, bien entendido, seria no engañar á nadie. ¿Y esto impide que

se cometan muchos fráudes? No, cométense muchos en toda clase de fabricaciones, pues que se engaña en la cantidad de las primeras materias que exijen, en la calidad, en la medida, en el peso, en el color, porque rara vez tiene el consumidor los conocimientos necesarios para valuar bien lo que compra. Asi que no era una inútil seguridad la que daba el gobierno con su interposicion entre el consumidor y el productor, con la mira de impedir que se vendiesen productos imperfectos, ó que á lo menos se mezclasen los buenos con los malos; mezcla perjudicial á los buenos, porque tendia á su descrédito (1). Los aprendizages, contra los cuales

(1) La necesidad ha obligado á volver á seguir el mismo sistema; como lo demuestra la ley que obliga á los fabricantes de jabon de Marsella á poner una marca en sus jabones. Al mismo resultado ha contribuido el restablecimiento de los prohombres Aunque Mr. Say no quiere maestrías ni gremios, porque no vé mas que la parte material de la industria, aprueba sin embargo los reglamentos contra los fráudes en la fabricacion; pero despues de haber reconocido que es útil la intervencion del gobierno, se apresura á decir (tercera edicion tomo 1 pág. 234: cuarta edicion tomo 1 pág. 251) *que esta intervencion aunque útil es un mal*; tan cuesta arriba le viene á Mr. Say conceder alguna vez la razon al gobierno, y tan fácilmente une las mas contradictorias espresiones.

"Es casi imposible, dice en otra parte Mr. Say (tercera edicion, tomo 1 pág. 206, cuarta edicion, tomo 1 pag. 220), que el gobierno pueda no ya ocuparse con utilidad en los negocios de la industria, sino

se ha declamado tanto, producian tambien muy morales resultados. Colocado el jóven artesano bajo la influencia del buen ejemplo en aquella edad en que las primeras impresiones deciden de toda la vida, aprendia á portarse honradamente aun mas que á trabajar bien. El aprendizaje le acostumbraba á la subordinacion, le hacia cobrar cariño á sus maestros, y no le permitia hacerse independiente sino cuando no podia ya temerse que abusase de su independencia. Quieren decir que en esto se violaban todos los derechos naturales; pero yo sostengo que los artesanos eran entonces mas felices, porque debian á estos reglamentos, cuyo yugo era sin embargo bien suave, la imposibilidad de dañarse á sí mismos. Establecidos los artesanos demasiado pronto, y casados demasiado jóvenes, ¿á qué embarazos no se verian espuestos? ¿Se sabe hoy cuántos son los artesanos que gimen en la miseria? El mismo objeto de utilidad tenian todos los gremios, y aun de una utilidad mucho mayor, porque reunian hombres mas acomodados que en algun modo respondian por

dejar de causar males cuando lo hace." ¿Y adivinará nadie con qué motivo condena de este modo á todos los gobiernos pasados, presentes y futuros?

Con motivo de un decreto de la convencion. Bien punzante debe ser el prurito de acriminar á los gobiernos para ir allí á buscar motivos de acusacion contra ellos. *Nota de la segunda edicion.*

los otros. Como todos los individuos del gremio estaban constante é individualmente bajo la inspeccion comun, esperimentaba cada uno la necesidad de la estimacion de todos: y esta estimacion se convertia en recompensa del trabajo honrado. Era un vehículo mas para la produccion, que decae cuando la acompaña el engaño, porque el fraude asi envilece á los que le cometen como arruina y desalienta á los que se avergonzarian de cometerle. Por este sistema de corporaciones que con diversos nombres se estendian en Francia á algunas de las primeras clases de la sociedad, forma una nacion, por decirlo asi, un agregado de familias, cuyos intereses, aunque diversos, conspiran sin embargo á un fin comun, cual es el mayor desarrollo posible de las facultades morales del hombre, fundado en la necesidad que todos tienen de lo que por mucho tiempo se ha llamado estimacion. La generacion actual no puede saber cuántos hombres de estimacion habia en otro tiempo en Francia, no ya solamente en las clases superiores, sino en todas. No tardará mucho tiempo en perderse el significado de la palabra estimacion. A los moralistas corresponde esplicar el por qué (1).

(1) Duclos define la estimacion un sentimiento de aprecio con una especie de respeto que uno inspira en favor suyo; pero yo prefiero el dicho de Madama de Lambert, la estimacion es la renta del mérito de toda la vida.

No se entenderia lo que quiero decir si se infiriese de todo lo que antecede, que yo en favor de la autoridad solicito el restablecimiento de la antigua policía industrial de Francia. Hay palabras desgraciadas, pues no es posible pronunciarlas sin poner en agitacion las pasiones, sin duda porque cada uno les da diversa acepcion. ¿No es cosa bien particular que escritores que no gustan de corporaciones gremiales sostengan que su supresion ha tenido funestas consecuencias?... Véase la nota que va al fin de este capítulo.

Yo creo en mi particular que á menos de hacer muy grandes alteraciones, no seria posible volver á restablecer ninguno de nuestros antiguos reglamentos de policía industrial; y desde luego desapruebo especialmente todos los que fijaban los métodos de fabricacion. Impedir los fraudes y enlazar los intereses semejantes es lo que debiera haberse conservado de todos los reglamentos antiguos, mejorándolos, menos en favor de la industria que para asegurar la sociedad; porque, ¿qué viene á ser la sociedad cuando no se vé en ella mas que indivíduos (1)?

(1) Cuando se trata de la industria es Mr. Ricardo como Smith y como Say, sumamente enemigo de toda especie de trabas. Pero he aqui el remedio que propone contra la miseria de los artesanos de su pais: *que procure la legislacion arreglar su número disminuyendo entre los artesanos la frecuencia de casamientos* (tomo 1, pág. 153). Y es cosa bien singular no que-

rer que se pongan trabas á la industria y pedirlas sin embargo para los casamientos. En la nota del tomo 1 página 154 dice Mr. Say: *estas miras no solo son dignas de un filantropo, sino de un filántropo ilustrado*; *y en seguida habla de la imbecilidad de los principes que solemnizan los acontecimientos felices de su reinado casando doncellas pobres.* Paréceme que cuando los principes casan doncellas pobres, las dotan, y por consiguiente las ponen en estado de poder trabajar y prosperar. Tambien á veces hacen esto mismo los particulares ricos, y si estos casamientos salen mal no debe por lo menos atribuirse á que han sido contraidos por gentes miserables. Por lo demas esta es la primera vez que un acto de beneficencia ha sido pintado cómo un acto de imbecilidad. Semejantes actos serán siempre raros; pero siempre admirables por su objeto; y asi se debe siempre hablar de ellos con respeto. Y podria creerse que el mismo Mr. Say, que no quiere que los príncipes doten y casen doncellas pobres, aconseje á los ricos que no dejen de hacer testamento, y dejar buenos legados á los autores recomendables (cuarta edicion, tomo 1 pág. 116. Nota).

Lo siguiente parecerá bien singular. Mr. Say, que alaba las miras filantrópicas de Mr. Ricardo con ocasion *de los casamientos pobres que la legislacion deberia arreglar*, censura sin embargo en Mr. de Sismondi una proposicion exactamente semejante; y la tiene por inadmisible en la práctica, pues se le representa "como un acto arbitrario, una usurpacion de la mas sagrada de todas propiedades, cual es la de la propia persona" (cuarta edicion, tomo 2 pág. 119).

Por esta vez soy del mismo parecer que Mr. Say. Creo como él que seria una dureza y una tiranía someter los casamientos de los pobres á restricciones directas y absolutas, y que por lo mismo deberia modificarse y no destruirse el sistema de gremios, puesto que los artesanos le toleraban, y era en verdad mucho menos rigoroso que el que nuestros filantropos pretenden substituir. Reconoce sin dificultad Mr. de Sismondi que el sistema de los aprendizajes y gremios producia el resul-

tado de proporcionar el número de los artesanos con la cantidad necesaria de los artefactos. Conviene *en que por lo general no se casaba el artesano hasta despues de haberse recibido de maestro* (tomo 1 pág. 399), y en seguida dice *que la gran desgracia del órden social consiste hoy en el aumento que ha tenido la poblacion á causa de los casamientos de los artesanos pobres*; (tomo 1 pág. 407). En otro lugar habla de la grande variacion que ha sufrido la suerte de los artesanos en parte por la abolicion de las corporaciones gremiales, (tomo 2 pag. 343): y sin embargo de todo esto sostiene Mr. de Sismondi que solo claman por el restablecimiinto de los gremios aquellos hombres que llevan por divisa *placet quia absurdum.* ¡Quién lo creeria! ***Nota de la segunda edicion.***

Este ardor con que hombres de gran ingenio y talento claman contra las corporaciones gremiales depende de una sola causa. Pedir esta institucion es á los ojos de muchas personas preocupadas querer volver al antiguo régimen. Yo no pienso en el antiguo régimen, pero creo que el nuevo se hallaria muy bien con un sistema que reuniese los intereses analogos. Quiérese suponer que las corporaciones gremiales no se compadecen con el gobierno representativo; pero basta citar el ejemplo de la Inglaterra, que sin dud ano las tiene, y la Turquía, en donde probablemente habrá muchas.

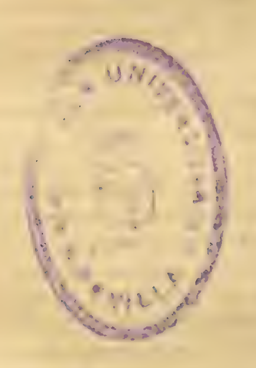
Dos son las cuestiones que hay que resolver. Primera, que debe merecer la preferencia; ¿si una libertad con la cual cada trabajador está, por decirlo asi, como solo en el mundo, ó un sistema que le proporciona una familia, apoyos si los ha menester, distinciones si sus cólegas le creen merecedor de ellas, y un sistema en fin que le hace amar su profesion, que conserva su espíritu y sus costumbres, y que limita las ambiciones á lo que tienen de útil y laudable?

Segunda, qué vale mas; ¿una moderada poblacion pero acomodada, ó una poblacion inmensa cuya miseria y cuyo progreso numérico crecen á la par?

Un escritor muy distinguido, cuya vigorosa fran-

queza me complace sobre todo, pronunciàndose recientemente contra las corporaciones gremiales (y acaso contra mi que las creo útiles) ha invocado el Dios de las familias. *Dios de las familias* esclama, *¿quién se ha de atrever en adelante en nombre de las buenas costumbres á pedir la renovacion de los privilegios?* ¡y olvida este escritor que para reemplazar los buenos efectos de las corporaciones sobre la poblacion, Sismondi y Ricardo quieren que se pongan trabas á los casamientos de los pobres! Proyecto bien favorable á las buenas costumbres y bello modo de honrar al Dios de las familias.

FIN DEL PRIMER TOMO.



INDICE

DE LOS CAPÍTULOS QUE CONTIENE ESTE PRIMER TOMO.

LIBRO PRIMERO.

DE LA RIQUEZA DE LAS NACIONES.

LIBRO II.

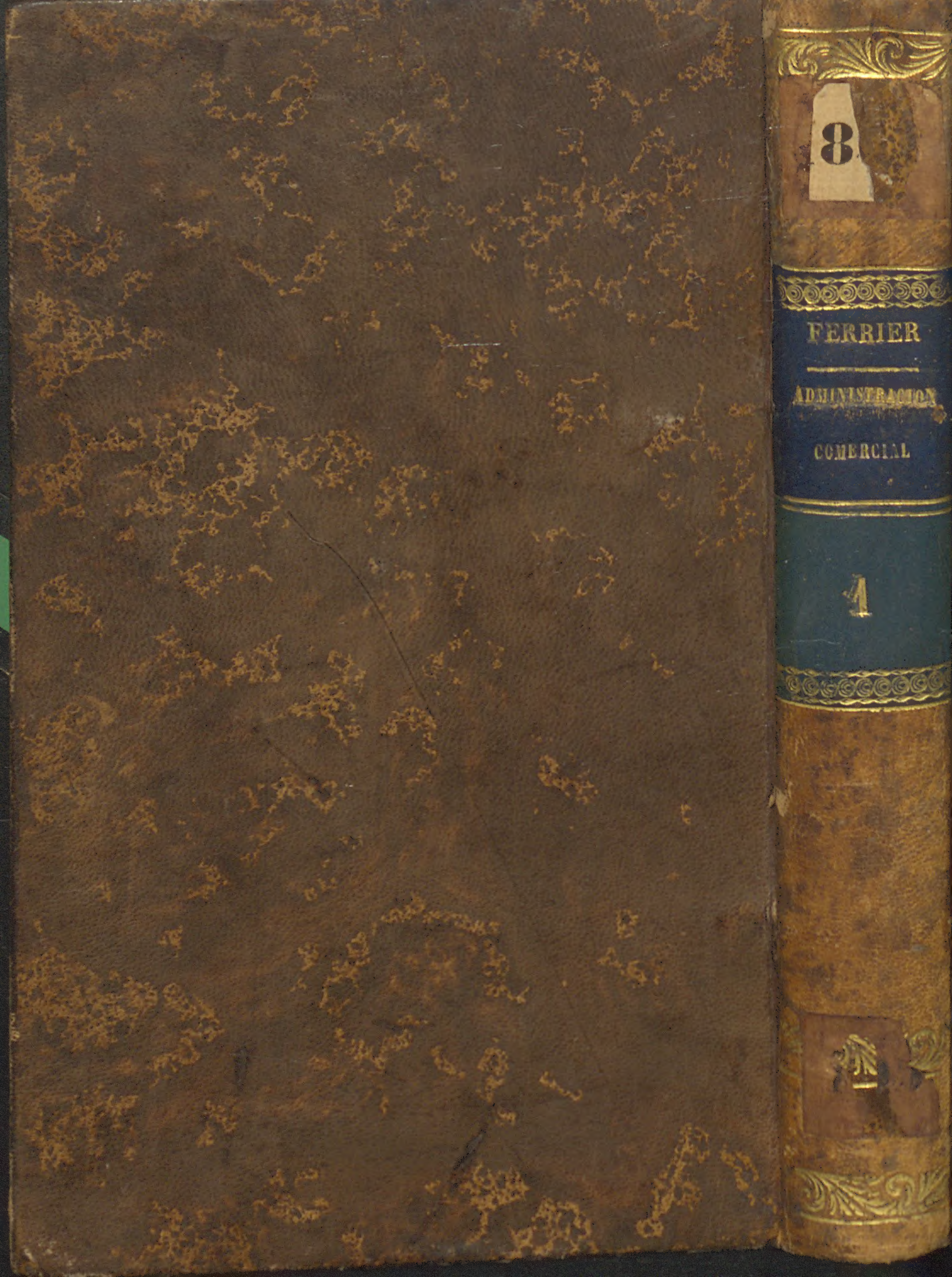
DEL DINERO CONSIDERADO BAJO EL ASPECTO DE SU INFLUENCIA SOBRE LA REPRODUCCION.

LIBRO III.

DEL COMERCIO.






8
FERRIER
ADMINISTRACION
COMERCIAL
1


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm